

BUSCÁNDOTE
A TI

KATE PERRY

BUSCÁNDOTE A TI

Gwendolyn Pierce tiene un secreto. Un gran secreto.

Nadie sabe que esta pintora de calabazas en realidad es la Princesa Perdida de la Uva—la heredera de un emporio del vino que desapareció catorce años atrás. Y eso es lo que Gwen prefiere. Así evita a los paparazzi que ya no registran cada error que comete, además su familia tampoco puede reprobar su vida. Ella tiene su tienda en Laurel Heights y vive feliz y en paz.

Hasta que conoce a Rick Clancy.

La última persona con la que ella debiera involucrarse es con un detective privado que sospecha de ella pero que también la considera ser demasiado sexy. El problema es que ella no puede evitarlo, pero no sabe si puede confiarle sus secretos—y poner su corazón en sus manos.

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

[THE DESTROYER OF KINGS](#)

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

PARA SABER MÁS ACERCA DE KATE...

Visita las páginas:



BUSCÁNDOTE A TI

UNA NOVELA DE LAUREL HEIGHTS LIBRO 4

KATE PERRY

Traducido por
GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Soñarte a ti](#)

[El estante de Kate](#)

[Looking for a series to binge?](#)

[Something mystical to go with your romance?](#)

[Looking for something new?](#)

[About Kathia](#)

[Don't forget to sign up for the newsletter!](#)

© 2015 Kathia Zolfaghari

ISBN: 978-1-944560-38-6

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier similitud con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

www.kathiaherself.com

BUSCÁNDOTE A TI

CAPÍTULO UNO

ERA una noche oscura y tormentosa.

Gwen rio entre dientes y se echó encima su impermeable rojo. Menos mal que era artista plástica y no escritora. Si tuviera que vivir de palabras, sería dueña de apenas una caja de cartón y no de una encantadora tienda en Laurel Heights.

Se ajustó las cintas de los patines y rodó por su tienda, Mi Maceta, apenas deteniéndose brevemente para acomodar uno de los aparadores. Aún no podía creer que ella hubiera hecho todo esto. Diez años atrás, si alguien le hubiera dicho que terminaría trabajando como artista, de inmediato habría llevado a esa persona al hospital psiquiátrico.

Si su familia supiera cómo se ganaba la vida, *definitivamente* la encerrarían. Ningún De la Roche consideraría ser algo tan vulgar como artista, mucho menos si pintaba calabazas. Los paparazzi habrían hecho de las suyas.

Y por eso ella había huido y se había convertido en Gwendolyn Pierce, un espíritu libre y anónimo.

Esa había sido la mejor decisión que pudo haber tomado, y todo se lo debía a su abuela. Si Mamie Yvette no la hubiera motivado a dejar el nido y aprender a volar, se hubiera sentido miserable y atrapada en vez de feliz y plena. Gracias a eso se había encontrado a sí misma. Si tan sólo Mamie Yvette pudiera verla ahora, la abuela le guiñaría el ojo de forma traviesa y le preguntaría a qué sabe la libertad.

Sabía deliciosa.

Todo sería perfecto si no fuera porque Gwen no podía decirle a nadie quién había sido antes. *A nadie*. Entre más gente lo supiera, más probable sería que su secreto dejara de serlo.

Se detuvo, con la mano sobre el apagador de la luz, y vio su tienda. Si el secreto se llegara a saber, perdería todo. Perdería su independencia y su privacidad. La prensa... se estremeció nada más de pensarlo. Sus amigos la verían con otros ojos, y ella dudaría de las intenciones de todo el que quisiera acercársele.

Tan sólo pensarlo era devastador.

A veces sentía ganas de gritarlo. Causar un escándalo en lugar de vivir en silencio, entre sombras.

Quería que la vieran, que la reconocieran; pero por sus propios méritos, no por su apellido.

Quería aceptar la oferta que le había hecho el Museo Young.

Ese día la habían llamado de nuevo. Querían que participara en una exhibición especial: "Artesanos de las Américas: Pasado y Presente". Le habían pedido que preparara un proyecto moderno a partir de las calabazas antiguas que el museo tenía en exhibición. Otros artistas participarían, y al final elegirían uno de los proyectos para formar parte de la exposición

permanente.

Con tan sólo pensarlo, brincaba de emoción. ¡Qué increíble sería exponer su trabajo en uno de los principales museos del mundo! Su abuela se hubiera sentido orgullosa.

Pero no podría hacer eso.

No podría arriesgarse al reconocimiento y la atención que obtendría a cambio. ¿Qué tal si alguien la reconocía como Geneviève de la Roche y la desenmascaraba?

Detestaba estar escondida.

Desafortunadamente, era mejor permanecer oculta que vivir de nuevo bajo el microscopio.

Gwen apagó la luz y salió a enfrentarse a una inusual tormenta de agosto.

Antes, como Geneviève de la Roche, no le hubieran permitido patinar, mucho menos si llovía.

"El pasado ya no existe", pensó y cerró la puerta.

El sonoro ruido del candado al cerrarse fue como el pasado que quedaba cancelado detrás de ella. Los recuerdos no siempre se desvanecían, pero entre más se alejara, más distantes parecerían.

Y ella tenía toda la intención de permanecer distante, porque de ninguna manera iba a volver. De todos modos, su familia no la recibiría.

Excepto Mamie Yvette; su abuela la recibiría con los brazos abiertos, con una taza de *chocolat chaud*, dispuesta a escuchar todas las aventuras de aquellos catorce años de ausencia.

Con el paso del tiempo, se habían comunicado de vez en cuando —llamadas breves e insatisfactorias de teléfonos desechables y cosas parecidas—, pero en raras ocasiones. Cuando Gwen se mudó a San Francisco, Mamie Yvette le había pedido que no arriesgara su felicidad y dejara de telefonearla, por temor a que descubrieran su ubicación. Habían pasado tres años desde su última conversación.

A veces extrañaba a Yvette de la Roche.

Gwen se sacudió la melancolía, se sacó de la cabeza los recuerdos de su vida pasada y se lanzó a la tormenta. Con los brazos abiertos, recibió la lluvia y dejó que el agua se llevara sus pensamientos; decidió concentrarse en las pequeñas cosas que tanto le gustaban: el ruido del agua al caer en su impermeable, la sensación de las gotas que hacían sus rizos más pesados y resbalaban por su cuello, la anticipación de un baño caliente que se daría al llegar a casa.

Con cuidado, avanzó por la acera resbalosa. No había caminado dos cuadras cuando se le acercó un auto, moviéndose a la velocidad de un caracol.

Normalmente, lo hubiera ignorado hasta que el auto se retirara, pero era el tipo de vehículo que siempre había soñado tener; una de esas viejas tanquetas americanas restaurada a su glorioso estado original. Aun con el diluvio, alcanzaba a ver el brillo de la pintura oscura y los sofisticados rines. Caminó más despacio para admirar aquella belleza.

La ventanilla descendió. Gwen comenzó a sonreír en automático, pero luego vio el rostro del conductor y la sonrisa desapareció, para ser reemplazada por un nerviosismo en la boca del estómago y un sudor en las manos. Por alguna razón, estar cerca de Rick Clancy siempre le provocaba esa reacción.

Por supuesto que sí. Rick era investigador privado y ella una mujer con un secreto.

El hombre se inclinó sobre los asientos en forma de banca y se asomó por la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a mi casa —dijo ella, con ganas de golpear su apuesto rostro. Y no que fuera a admitir que le llamaba la atención su físico misterioso y atractivo.

Esa cara, masculina y perfectamente cincelada, ahora la observaba igual que siempre: con

desagrado.

—Está lloviendo —reprendió, como si ella tuviera cinco años.

—Con razón eres detective privado. —La lluvia dejó de ser vigorizante y empezó a darle frío. Gwen se cerró el abrigo hasta el cuello—. Eres tan inteligente.

Él la estudió detenidamente.

—Sólo una loca podría salir a patinar con esta tormenta.

Ella se encogió de hombros, sabiendo que eso lo irritaría.

—Nadie me ha dicho que sea una mujer cuerda.

—Súbete.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿A tu auto?

—Sí. —Parecía que a él tampoco le encantaba la idea.

—¿Por qué? —preguntó suspicazmente. Ellos no se llevaban bien. Nunca habían simpatizado desde que su amiga en común, Olivia, los había presentado. Ella pensaba que él era avasallador y mandón, y él pensaba que ella estaba loca. Y a Gwen no le importaba lo que él pensara. Bueno, no mucho.

—No te caigo bien.

—No confío en ti. Es diferente.

Dio un paso atrás, alejándose de su mirada analítica. Él era demasiado observador, y ella tenía un pasado que no quería que nadie descubriera. Lo último que deseaba era poner en riesgo su nueva vida, misma que adoraba, haciendo amistad con alguien que se ganaba el pan indagando los secretos de los demás, no importaba qué tan atractivo fuera.

—Yo tampoco confío en ti —dijo finalmente.

—Que bueno, es unánime. —Se inclinó hacia enfrente—. Mira, sólo me estoy ofreciendo a llevarte porque si Olivia se entera de que te dejé caminar bajo la lluvia, se enojará conmigo. Ya conoces a Olivia.

Gwen no conocía a Olivia de mucho tiempo atrás, pero sabía que tenía sus ideas, una de ellas era que Rick debía ser su pareja. Así que, claro, Olivia le hubiera insistido a Rick que la llevara a casa.

Por supuesto, Olivia no sabía nada del pasado de Gwen; tampoco sabía que no quería relacionarse con un investigador privado por ningún motivo. La joven negó con la cabeza y dijo lo único que haría desaparecer a Rick.

—Olivia cree que tú y yo deberíamos salir.

—No entiendo por qué. —Su expresión no cambió.

—Porque soy un súper prospecto. Ella cree que te vendría bien.

—¿Y tú qué piensas?

En lo que ella estaba pensando era en desnudarlo y untar chocolate por todo su cuerpo. Pero qué estupidez sería invitar a su vida a un detective privado.

—No me cabe la menor duda.

—Quizás el súper prospecto soy yo.

A él sí valía la pena atraparlo. Ella siempre lo había creído, aunque nunca lo había admitido verbalmente. Exitoso y bien preparado. Centrado, con buen sentido del humor e inteligente. Y si no bastara con eso, era alto y esbelto, sin dejar de ser masculino. Cada vez que lo veía, se sentía candente y atrevida.

Eso le molestaba.

Entonces rio al escuchar lo que él le había dicho. Por la expresión que puso el hombre, la risa

de Gwen había sido convincente. ¿Y por qué no habría de ser así? A ella le habían enseñado a ocultar sus pensamientos y sus sentimientos desde antes de que aprendiera a caminar.

Rick la miró desconfiado.

—Mira, se está mojando mi auto. Ya súbete, con un demonio.

—Puedo llegar a casa sola.

—No me importa. Yo te llevo.

—¿Por qué?

Él salió por la ventana.

—Que te *subas*.

La expresión de su rostro debía haberla asustado, pero, extrañamente, se emocionó igual que en el día en que huyó de casa. Emoción pura mezclada con un poco de miedo, al saber que su vida no volvería a ser la misma a partir de ese día.

—Es absurdo —murmuró. Aceptar que Rick la llevara no se comparaba a haber tenido que huir de su familia.

—Sí, *es* absurdo —gruñó él—. Los dos nos estamos mojando, y tú ahí parada como una loca necia. Es la última vez que te digo que te subas al maldito auto.

Ah no, pensó ella, pero cuando abrió la boca sólo dijo: —Okey.

CAPÍTULO DOS

ÉL LE HABÍA MENTIDO.

Rick apretó el volante, muy consciente de la mujer que estaba a su lado. Le había dicho a Gwendolyn Pierce que le hacía el favor porque Olivia se hubiera molestado con él si no lo hacía, pero no era verdad. Sí, Olivia lo regañaría, pero en dos segundos se le pasaría. En realidad, le había ofrecido el aventón a Gwen porque no había podido evitarlo. Evidentemente, había sido un momento de locura.

La miró con agudeza. Ella iba viendo hacia delante con la mirada perdida, aparentemente sin importarle que la lluvia corriera por su rostro. Sus grandes ojos azules eran cristalinos y lúcidos, lo cual le pareció raro. Él había conocido a uno que otro artista y éstos tendían a vivir alterados la mayor parte del tiempo. Ella traía uno de esos impermeables de hule que usan los niños, pero por alguna razón se veía sexy y no tonta. Sus labios dibujaban una encantadora media sonrisa.

Él quería besarla. Y eso no era nada bueno.

Su deseo demostraba lo loco que estaba, porque si había una mujer que él no debía buscar, ésa era Gwendolyn Pierce. De nuevo la observó. ¿De qué color era su pelo esta semana? La última vez que la había visto, era espeluznantemente rosa. Ahora tenía rayos rojos y anaranjados entre los enloquecidos bucles. Hasta con el pelo mojado, los rayos se veían interesantes. Bonitos, como el amanecer. Antes se veía como una Shirley Temple sicodélica, con sus rizos de arcoíris, y ahora que traía el pelo por debajo de los hombros, se veía...

De hecho, sexy.

Pero seguía siendo rara. Rara era la palabra perfecta para describir a Gwendolyn Pierce. Rick meneó la cabeza y dijo:

—Cuando el clima esté así, mejor deberías manejar.

—No tengo auto —dijo ella con su voz sorprendentemente gruesa—, y aunque tuviera, no podría manejar porque no tengo licencia.

Él se detuvo en el semáforo y la miró.

—¿Cómo es posible?

—Nunca la he necesitado —se encogió de hombros.

—Todo el mundo necesita una licencia de conducir.

—¿Para que los fisgones como tú la usen para acosarme? —Ladeó su cabeza, con las cejas arqueadas—. El semáforo está en verde.

Él la miró fijamente sin saber qué deseaba hacer más: darle unas nalgadas o besarla. *Jamás* consideraría hacer ambas cosas al mismo tiempo. Rick se volvió a concentrar en el camino para llevarla a casa, sabrá Dios dónde quedaría.

Como si ella le hubiera leído la mente, le dijo con su tono sensual:

—No me has preguntado dónde está Narnia.

—¿Narnia? —la miró desconfiado sin soltar el volante.

—Mi departamento. —Gwen lo miró como esos ojos de niña abandonada que podían hacer que cualquier hombre se arrodillara y le prometiera el cielo y las estrellas—. Le digo Narnia porque cuando cruzas la puerta, entras a un mundo mágico. Es el *atelier* perfecto para un artista.

—¿Atelier? —arqueó la ceja. Ella había dicho aquella palabra con acento francés perfecto.

—Ático. Taller. O lo que quieras. —Hizo un gesto delicado con la mano.

—Claro, lo que tú digas.

—Ve hasta Masonic y da vuelta a la derecha al llegar a Page —instruyó ella—. Un par de edificios más, en la siguiente calle, Ashbury, justo después de Haight.

La parte superior de Haight era una zona de alquileres exclusivos, y Laurel Heights era una de las áreas más caras de San Francisco. ¿Cómo es que una artista podía pagar rentas en ambos sitios?

—¿Compartes tu departamento? —preguntó Rick.

—No.

—No me digas que la gente compra tus verduras pintadas.

Ella lo encaró. Él no la miró, pero pudo sentir su mirada penetrante al otro lado del coche, en la oscuridad.

—Son calabazas, y mi trabajo es bueno, habrás de saberlo.

—Parecen calabazas huecas y deformes. —De hecho, una vez Olivia lo había obligado a ir a Mi Maceta y, cuando nadie lo veía, había examinado una de aquellas cosas. La pintura que tenía era de un gusto exquisito. Pero él jamás lo admitiría.

—No son calabazas deformes. Es arte —declaró con orgullo—. Incluso, el Museo Young me ha pedido que participe próximamente en una exposición: “Artesanos de las Américas: Pasado y Presente”.

—Impresionante. Tiene sentido. Las calabazas de Halloween son un símbolo de los Estados Unidos.

—No son calabazas de Halloween, pero entiendo que tú no sabrías emitir una opinión informada en cuestiones de arte.

—¿Por qué supones eso? —Él había estudiado criminología, pero también había tomado un curso de historia del arte, sobre todo para conocer chicas, pero sorprendentemente, le había gustado.

—Porque eres tan promedio.

Ni siquiera él pudo evitar hacer una mueca ante un comentario así.

—¿Eso te molesta? ¿Acaso a la princesa le gustan los hombres de la clase trabajadora?

Gwen se endureció.

—No me digas así. —¿Princesa? Él quería preguntarle por qué le molestaba el piropo, pero ella lo enfrentó—: ¿Por qué quisiste llevarme? Obviamente no te simpatizo, y Olivia no se habría enterado de que pasaste a mi lado. ¿Entonces por qué hiciste esto?

Así de alterada, su voz casi parecía tener un acento extranjero. Era leve, pero podría apostar su impecable trayectoria de detective privado que no se lo estaba imaginando. Ahí había un toque francés.

—Porque estabas patinando bajo la lluvia —le respondió.

—¿Y?

—Es una locura. ¿Quién hace eso?

—Yo —se endureció—. Hago lo que quiero. Ya no tengo que darle explicaciones a nadie,

mucho menos a ti.

¿A quién le daba explicaciones antes? ¿A un hombre? ¿Y por qué a él le molestaba tanto que hubiera un hombre en su pasado? De hecho, no debía importarle nada en relación a ella.

—Es peligroso —carraspeó—. Patinar de noche es muy riesgoso, sobre todo por las áreas que transitas; con lluvia, y con la forma en que la gente conduce en esta ciudad, pones tu vida en riesgo.

—San Francisco es una de las ciudades más seguras que he conocido en todo el mundo. Y no entiendo por qué te importa.

Él tampoco lo entendía. Rick probó otra táctica para sacarle información.

—¿Cuál es la ciudad más insegura en la que has vivido?

Ella lo miró siniestramente. Esos ojos eran letales. Rick meneó la cabeza y siguió viendo hacia adelante.

—De seguro siempre tuviste todo lo que querías de niña.

—Ojalá fuera cierto.

—Fuiste una niña consentida; podría apostar a Lance.

—¿Lance?

—Mi auto.

—Porque estás siendo amable conmigo —dijo burlonamente—, y porque me estás dando un aventón a casa, que yo no te lo pedí, por cierto, no comentaré nada sobre Lance. ¿Los autos nunca tienen nombres de mujer?

—Después de sentir lo poderoso que es el motor de Lance, no dudarás que es todo un varón. —Acarició el tablero.

—Los hombres y sus juguetes.

Él percibió una sonrisa coqueta dibujándose en sus labios y se perdió en un sueño carnal que involucraba aquella boca y cierta parte de su anatomía masculina.

—Me estabas platicando de tu niñez —carraspeó.

—No es cierto. —Su sonrisa desapareció, cruzó los brazos y se asomó por la ventana.

Entonces no había tenido una infancia feliz. ¿Pero por qué? ¿Su familia había sido muy dura con ella, o acaso era huérfana? Se lo preguntaría a Olivia, aunque luego ella pensaría que estaba interesado en Gwen, y no quería problemas por ahí.

Así que probó otra estrategia.

—Te aseguro que a tus padres no les gusta que patines de noche.

Junto a él, Gwen empezó a marchitarse, empezó a ensimismarse, pequeña y fría, como una huérfana.

Dios mío... quizás sí era huérfana. Sintió remordimiento y el deseo de tomarla entre sus brazos y reconfortarla. Antes de que pudiera decir algo, ella apuntó hacia la izquierda, por la intersección, y dijo:

—Párate ahí. —Él obedeció y estacionó el carro. Luego la vio de frente —.

No me digas nada. —Gwen sacudió la cabeza—. Ya me trajiste a mi casa, muchas gracias y me voy a dar un baño.

La imagen fue instantánea: ella, remojándose en una amplia tina, el cuerpo cubierto por un millón de burbujas, con los dedos de los pies asomando. Una parte de él, que no podía controlar, se interesó demasiado en el tema.

—Pues, gracias —dijo la joven con una sonrisa forzada y abrió la puerta. Él le alcanzó a agarrar la manga del saco, sorprendiéndolos a ambos—. ¿Qué? —Gwen parpadeó con sus increíbles ojos.

Antes de poder contenerse, se inclinó y la besó. Sus labios eran suaves. Eran inocentes. Y *candentes*.

Él se quedó inmóvil, vio sus ojos asustados como los de un venado atrapado en una red, y supo que lo había echado a perder. Con un gruñido, enterró los dedos en el pelo de la muchacha y alzó su boca para acercarla a sus labios.

Ella lo aceptó, con menos delicadeza que deseo. Lo quemó con sus labios y el roce prometedor de su lengua, con sus manos hambrientas que provocaban su piel y le erizaban el pelo.

Algo despertó dentro de él que le gritaba a la vida, que lo incitaba a tomarla con urgencia. Fue inesperado, sorprendente y emocionante a la vez.

Ella se sentó, con los labios ardiendo, los ojos amplios por la impresión que sentía. Tragó saliva sin dejar de ver su boca. Luego, sin decir palabra, se bajó del auto, cerró la puerta y patinó hasta el siguiente edificio.

Rick se sentó y vio que ella tecleaba una clave para abrir la puerta de su casa. Esperó hasta que entrara y ya no pudiera verla.

Apretó el volante para no correr detrás de ella. Había sido una mala idea. Gwendolyn Pierce era la última mujer que debía querer. Ella ocultaba algo.

Pero qué manera de besar...

Meneó la cabeza. No debía hacerlo. Todavía.

Había sido detective mucho tiempo. Vivía de sus instintos y ahora éstos le decían a gritos que algo estaba mal.

Algo no cuadraba con esa Gwen.

¿Quién era ella?

Se sentó en el coche, impactado por aquella presencia. Él nunca metía la nariz en los asuntos de la gente que conocía. Era muy fácil acabar enredado en la desconfianza que todo investigador siente por los demás. Toda la gente siempre oculta algo. Todos tienen secretos.

Pero Gwen encendía sus alarmas. Y de qué forma.

La investigaría. Sólo un poco. Quizás no encontraría nada.

Pero él creía lo contrario.

CAPÍTULO TRES

EL CAOS y Camille no se llevaban bien.

Los teléfonos sonaban, la gente gritaba de un cubículo a otro, las impresoras no dejaban de escupir hojas... Con toda aquella locura, le sorprendía que más reporteros no se hubieran convertido en asesinos seriales.

Se sumió en su incómoda silla de trabajo y trató de concentrarse en el artículo que se suponía que debía entregar esa tarde. Fijó la mirada en su ancestral monitor y en el documento en Word que ahí estaba. Sólo había escrito un párrafo, y ni siquiera era bueno. Trataba de imprimir algo de emoción al fenómeno de la apicultura, que se estaba extendiendo en San Francisco, pero las palabras no le salían.

No estaba segura de que alguien pudiera culparla por aquella falta de inspiración.

—¡Bernard!

Se encogió con aquel grito estridente y luego alzó la cabeza cautelosamente para mirar por encima de las paredes de su “oficina.”

Su jefe estaba en la entrada de su oficina; una oficina de verdad, con paredes de verdad y puerta de madera. Estaba sacudiendo una hoja impacientemente.

—Ven aquí, Bernard.

Suspirando, Camille se paró y se acomodó la falda. Tomó una libreta y una pluma y fue a ver qué tipo de tortura Mac Murray le impondría ahora.

Cuando ella entró, Mac no dejó de mirar su teclado.

—Cierra la puerta —ladró, mientras escribía cartas usando nada más sus dos dedos índices.

Cómo un editor podía ser tan malo para mecanografiar, ella no lo entendía. Verlo era doloroso. Supuso que ésa era la razón por la cual Mac parecía la caricatura de un periodista. El peinado “de queso Oaxaca”, para disimular la calvicie, desaliñado, con su camisa de botones y una panza prominente que tapaba el cinto, le daban legitimidad.

Camille se sentó en la silla frente al escritorio y esperó su próxima tarea, preguntándose qué podría ser. ¿Un reportaje para sacar la verdad sobre las comidas escolares? ¿Algo para salvar a los leones marinos de San Francisco? ¿El impresionante número de sudaderas que cada año compraban los turistas porque ninguno esperaba que el clima sería frío en agosto?

Camille meneó la cabeza. No eran temas lo suficientemente mundanos. Mac tenía un talento especial para asignarle los temas más aburridos del mundo.

—Bernard —dijo Mac, haciendo a un lado el teclado—, quiero que escribas un artículo sobre el feng shui.

—¿En serio?

—No, estoy bromeando. —Desvió la mirada exageradamente—. Sí, *en serio*. Son las cosas

que a la gente le interesan en San Francisco. Eso y el reciclaje.

Se dijo a sí misma que tenía suerte de no verse obligada a escribir sobre botellas de plástico.

—¿Es todo?

—No. —Mac buscó entre los papeles—. También quiero que cubras una exposición en el Museo Young. Es algo sobre las reliquias del continente americano desde la perspectiva de los artistas locales.

—Okey. —Eso parecía más interesante.

—Le pidieron a unos artistas que participaran, pero tú verás quién aceptó y quién no. Tengo los nombres de algunos que quizás sí acepten la invitación. —Triunfalmente le mostró una hoja—. Aquí tienes.

Ella tomó la hoja y leyó.

—¿Un tejedor de alfombras? ¿Una artista de *calabazas*? —Odiaba este trabajo.

—Sí, no tengo la menor idea de qué demonios es eso. —Alcanzó su teclado—. Entrevístalos y también al director del museo. Primero entrega la nota sobre el feng shui y luego sigues con esto.

Si Camille fuera su mamá, la periodista premiada con el Pulitzer, Elizabeth Bernard, le aventaría la hoja a Mac en la cara y le exigiría una misión decente. Algo importante, como las prostitutas adolescentes de las calles de San Francisco o la corrupción del gobierno local. Su madre ni siquiera le echaría *un vistazo* a un tema relacionado con alfombras y calabazas. Su madre la vería con dureza y le diría que se armara de valor y exigiera lo que quería.

Elizabeth muchas veces se había sentido decepcionada de ella.

—Puedo hacer las dos notas, Mac —carraspeó Camille—, pero quizás también podría hacer un reportaje amplio, tal vez algo sobre...

—No. —Mac alzó la cara y la puso en su lugar con la sola mirada—. Mira, Bernard, sé que quieres hacer otro tipo de notas, pero estás empezando. Debes hacer este tipo de artículos y poco a poco ascenderás.

—¿Igual que Leona James? —preguntó con más sarcasmo del que solía usar. No pudo evitarlo. Leona le había dicho que Mac le había lanzado el mismo anzuelo. Pero ya habían pasado veinte años, y Leona seguía cubriendo temas de gaviotas en el estadio de los Gigantes. Lo cual ponía en cruel perspectiva los cinco años que llevaba Camille en el periódico.

—¿Estás renegando, Bernard? —Mac frunció el ceño—. Sabes que allá afuera hay muchos muchachos a quienes les fascinaría tener tu puesto.

—No —recapacitó rápidamente—. Claro que no. Empiezo ahora mismo.

—Bien —gesticuló con la mano para indicarle que podía retirarse y tomó el teléfono—. Desaparece de mi oficina.

Ella se puso de pie, tiesa como una vara, y se retiró. En cuanto entró al área común, sus oídos zumbaron con todos los teléfonos.

Lo que más odiaba era los teléfonos. Se estremecía cada vez que sonaba un timbre mientras encontraba el camino entre el laberinto de cubículos.

En un mundo perfecto, hubiera tenido su propia oficina, apenas iluminada por la luz indirecta del sol y sin nada de ruido, excepto Bach susurrando desde las bocinas de la computadora. Una vez había recorrido la oficina después que todos se habían ido y había desconectado todos los teléfonos. Al día siguiente prevaleció un bendito silencio hasta que los demás se dieron cuenta de su hazaña.

Volvió a su escritorio, lista para enfrentar su artículo sobre abejas, y sacó el celular. Había un mensaje de texto de Dylan que decía que se encontraba en Cuatro Barriles, por la Misión, y que

debía ir a verlo para escribir juntos.

A ella le encantaba ver a Dylan. Era uno de sus mejores amigos; en realidad, uno de sus pocos amigos. Se habían conocido en una firma de libros, justo cuando ella se graduó. Ella había ido porque la autora era una de sus maestras, y Elizabeth le había dicho que debería relacionarse. Dylan estaba ahí porque había salido con la maestra.

Dylan también era escritor. Un escritor de novelas de suspenso consideradas como best-sellers. Cuando se conocieron, los había unido su gusto por Stephen King, los mini quiches y su mutuo desdén por los críticos. Se hicieron amigos, y de vez en cuando se reunían para escribir y asistir a conferencias. Aunque él y la maestra habían terminado, ellos dos siguieron siendo amigos. Era algo muy bello.

Pero, últimamente, él le había insistido que escribiera. Por eso quería evitarlo, aunque la distancia la entristecía, porque le gustaba estar con él.

Ella comenzó a escribir *No puedo... gracias*; pero ahora la idea de quedarse a trabajar le ponía con los pelos de punta, así que tomó su bolsa y se dirigió al BART, el Distrito de Transporte Rápido del área de la Bahía.

En cuanto pisó la plataforma hizo su arribo el tren BART que iba a Colma. Viajó hasta la calle 16, se bajó y caminó unas cuadras hasta el café favorito de Dylan.

Dylan estaba sentado junto a la ventana, como siempre, con su laptop abierta y el ceño fruncido, trabajando en su libro más reciente. A veces ella se burlaba de él y le decía que se parecía a Hugh Grant, por la forma en que su pelo castaño le caía sobre la frente, y el hecho de que lo compararan con un actor bonito lo ponía de malas.

En realidad, Dylan era mucho más guapo que Hugh Grant. Ella lo sabía porque había conocido al actor en persona, cuando su madre lo había entrevistado unos años atrás.

Se dirigió a él y puso su bolsa en la mesa.

—Hola.

Él alzó la mirada, con esa sonrisa que encendía todo su ser.

—Hola. Llegaste rápido.

—Me escapé de la oficina.

—Espera. —Él se retiró del banco y metió una mano en su bolsillo—. Necesito otro café expreso. ¿Quieres un mocha?

—Por favor. —Ella lo vio dirigirse al mostrador y ordenar sus bebidas.

Las mujeres que estaban a su alrededor también lo siguieron con la vista. No podía culparlas. Dylan era un tipazo. Al ser un alpinista muy comprometido, Dylan tenía un cuerpo pincelado. Una vez ella había dormido en su sillón y en la mañana él había entrado vistiendo sólo unos shorts, así que había podido atestiguar su estupenda figura con sus propios ojos.

Pero su cuerpo no era lo que lo hacía tan atractivo. Tenía un magnetismo que jalaba a la gente. Bueno... al menos a las mujeres. Podía taparse la cabeza con una bolsa y eso no cambiaría. Tenía una manera de ver a una mujer como si fuera la única persona que existiera en ese momento.

Estar tan cerca de él no era cosa fácil; pero ella sabía que sólo eran amigos. Él nunca intentaría nada con ella. Ella no sabía por qué; quizás porque era nueve años menor que él o porque quizá no era su tipo. Él salía con mujeres sensuales y seguras de sí mismas, de esas que dominan el mundo.

Camille no dominaba nada.

Una vez que hubo superado la frustración de entrar en la categoría de amiga, había sentido alivio. Así era mejor.

Él volvió a la mesa y puso su mocha con cuidado frente a ella.

Camille tomó un sorbo y suspiró.

—Me hacía falta esto. El trabajo me estaba volviendo loca.

—El trabajo siempre te está volviendo loca —recalcó él.

—Hoy fue peor. Mac quiere que entreviste a un tejedor de alfombras y a una artista calabacera.

—¿Calabacera? —parpadeó Dylan.

—Exactamente.

—¿Y no le has dicho a tu jefe que te gustaría tener otras asignaciones?

—Sí. Hoy le dije. En pocas palabras, me sobó la cabeza como a un perro y me dijo que me fuera y me portara bien. —Hizo un puchero—. Estoy harta. Quisiera decirle que se fuera al diablo, pero necesito el trabajo.

—¿Por qué?

Ahora le tocó a ella parpadear, muy confundida.

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué lo necesitas? —se encogió de hombros—. Tómame un sabático y escribe un libro. Siempre has querido hacerlo.

Otra vez ese tema, no. Agarró su taza con fuerza.

—Quiero ser periodista.

—No, eso es lo que quiere Elizabeth. —Él la vio con esa mirada nublada que ella tan bien conocía—. ¿Qué pasó con el libro que comenzaste a escribir cuando terminaste la universidad y nos conocimos?

—¿Qué tiene el libro?

—Quizás deberías retomarlo.

—No. —El libro había sido un error. De sólo pensar en retomarlo sintió que se congelaba por dentro.

—¿Por qué no? No estás contenta en tu trabajo, y eres buenísima para contar historias. —Le empujó la pierna con la rodilla—. Sabes que eso no se lo digo a cualquiera.

Eso era verdad. Él era brutalmente honesto cuando un escritor incipiente le pedía su opinión.

Pero su madre no opinaba lo mismo. Cinco años atrás, Elizabeth le había encontrado el borrador de un manuscrito. Camille no lo supo hasta que encontró las páginas rayadas sobre su cama. Las páginas estaban marcadas con rojo. Un comentario destacaba: era la palabra SUPERFICIAL escrita con mayúsculas en la primera página.

—Yo no escribo ficción —meneó la cabeza—. Además, tengo un sueldo y todas las prestaciones en el periódico.

—Sé que no me crees, pero serías más exitosa si le hicieras caso a tu vocación. Y más feliz.

Eso era debatible; además, Elizabeth ciertamente no la dejaría en paz si decidiera renunciar al periodismo.

—Sólo piénsalo, Camille. —Dylan terminó su café exprés y puso la taza a un lado—. ¿Lista para escribir?

—No traje mi laptop ni mi libreta. —Para contrarrestar la obvia desilusión que se reflejó en su cara, le dijo lo más animada que pudo—: Sólo quería verte. Ya pasó mucho tiempo. ¿Cómo vas con el libro?

—Lento. La fecha de entrega se acerca y siento que sólo estoy dando vueltas.

—Siempre dices lo mismo. Luego haces un milagro y entregas un best-seller. Te odiaría si no te quisiera tanto —bromeó.

Él no sonrió; en lugar de eso la miró con ese aire tan analítico que adoptaba. Normalmente ella no le hacía caso cuando se ponía así. Esta vez sí se sintió nerviosa. Al fin, le dijo:

—Si me quisieras, me harías caso y escribirías más. Para ti, no para el periódico. Encontrarías tu verdadera voz.

Ella se estremeció al notar la desilusión en su voz.

Estaba acostumbrada a que su madre le expresara su frustración. Camille no necesitaba gastar miles de dólares en terapia para saber que todo lo que hacía en el trabajo era para conseguir la aprobación de Elizabeth.

Pero no soportaría desilusionar a Dylan, y eso cada vez sucedía con más frecuencia. Parecía que él estaba perdiendo la paciencia, pero ella no sabía por qué.

Pero buscaría una salida. Haría que él se sintiera orgulloso de ella, al igual que Elizabeth. Ella era inteligente; descubriría cómo hacer lo imposible.

—Tengo que trabajar en este capítulo. —Dylan señaló su computadora.

—Yo tengo cosas que hacer. —Camille terminó su mocha y se puso de pie, tratando de no sentirse lastimada—. Debo terminar mi artículo.

—Okey, claro. Como quieras —se encogió de hombros.

Camille quería asegurarle que algún día le daría gusto, pero mejor había que predicar con el ejemplo y no sabía qué proponerle. Así que se fue del café sintiéndose más miserable que en la oficina.

CAPÍTULO CUATRO

—¿QUÉ estás dibujando? —dijo Laurel mientras jalaba una silla y se sentaba al lado de Gwen.

Gwen no se había dado cuenta de que había dibujado algo. Se había dado una vuelta a El Elefante Morado, la fundación de arte para niños que ella había iniciado un par de años atrás, esperando que el trabajo voluntario le permitiera sacar a Rick de su mente y no pensar más en cómo la había besado.

No tuvo suerte. Ese beso controlaba sus pensamientos.

—Nada en realidad, sólo estaba jugando —suspiró.

—Pues para ser un juego te salió muy bien.

Estudió su boceto. Aparentemente, el beso también dominaba el dibujo. La pareja que había dibujado se besaba apasionadamente. Era distinto a su trabajo habitual; más elegante, más abstracto, más pasional. Ella jamás había hecho algo así.

Laurel tenía razón. Gwen se estremeció de pies a cabeza, igual que cuando sabía que algo había hecho *bien*. Sería perfecto para el Museo Young.

Y no es que fuera a aceptar la encomienda; no importaba cuánto deseara hacerlo.

—No podría dibujar eso ni aunque me lo propusiera —continuó Laurel.

—Eso no me dice nada. —Gwen jaló la cola de caballo de la chica—. *Tú* reprobaste la materia de arte.

La adolescente torció los ojos.

—¿No se supone que los maestros no pueden torturar a los alumnos?

—Yo no soy maestra, y tú vienes aquí porque quieres. —Laurel había comenzado a ir al Elefante Morado al inicio del verano porque había reprobado la clase de arte en la secundaria. Su padre, un hombre creativo, consideraba importante que ella aprendiera a dibujar. Laurel ni siquiera sabía hacer rayitas.

Pero la chica hacía lo que quería con la tecnología, y por eso Gwen la había puesto a rediseñar el sitio web del Elefante Morado. Así, todos contentos, excepto el padre de Laurel, que seguiría creyendo que su hija tomaba clases de dibujo. Gwen hubiera querido decirle la verdad, pero Laurel le suplicó que no lo hiciera.

Así que Gwen había cerrado la boca. Sabía muy bien lo que eran las presiones de los padres y la necesidad de vivir cada quien su propia vida.

Laurel apretó los labios al ver el dibujo desde otro ángulo.

—¿Están haciendo el amor?

—¿Qué sabes tú de hacer el amor?

—Tengo catorce años —dijo, como si eso lo explicara todo.

Ahora fue el turno de Gwen de torcer los ojos.

—¿Alguna vez te han besado?

—Sí. El año pasado. —Frunció el ceño.

—Como que no fue un beso muy bueno que digamos.

Laurel la miró como si le acabara de decir que era de Marte.

—Fue *increíble*. Pero él no sabe patinar, y cuando traté de enseñarle se cayó y se raspó los codos. Desde entonces no me habla.

Gwen le quitó un bucle de la cara.

—Él no te merecía.

—De veras que no —aceptó Laurel—. Pero mejor que pasó así, porque sólo teníamos dos cosas en común, y todo mundo sabe que necesitas compartir al menos cuatro cosas con alguien para que una relación funcione.

—Eso no lo sabía.

—Es que tú eres medio despistada. —La adolescente arrugó la nariz, apenada—. Mira, lo siento, pero no puedes negarlo. ¿Cuándo fue la última vez que un chico te besó?

Anoche, quería presumirle; y además había sido increíble. De sólo pensarlo la piel se le puso de gallina. Él era como uno de aquellos héroes de las novelas de romance que escribía su amiga Lola. Diestro. Seguro de sí mismo. Ardiente.

Gwen no estaba acostumbrada a sentirse así, aquel dolor en la boca del estómago y la inquietud. Le habían gustado algunos hombres, y había tenido un par de novios, pero hacía mucho tiempo de eso. Francamente, era difícil tener intimidad con alguien cuando se trata de ocultar el pasado. En fechas recientes, se había concentrado tanto en consolidar Mi Maceta que no había pensado en salir con nadie.

Y no es que pensara salir con Rick. Ella sólo quería atarlo a la cama y hacer con él lo que quisiera.

¿Acaso los investigadores privados usaban esposas?

—Tierra a Gwen. —Laurel tocó su brazo—. ¿*Tanto* tiempo ha pasado desde que un chico te besó?

—¿Y crees que voy a decirte?

—Porque probablemente fue en los años ochenta.

—Yo era una niña en los años ochenta.

—Por eso digo. —Laurel meneó la cabeza—. En serio, deberías salir con alguien. Eres bonita e inteligente. A cualquier hombre le gustaría eso.

—Gracias... supongo. —¿*Por qué* la había besado Rick? ¿Qué significaba ese beso? A él no le caía bien. Al menos eso era lo que ella creía.

Ahora tenía sus dudas. No puedes besar a alguien que no te simpatiza; al menos no así. Ella había sentido ese beso hasta el dedo gordo del pie. Ni siquiera en la tina de baño pudo relajarse después del beso de Rick. Esa noche se había acostado agitada y perturbada.

Llena de deseo.

—Pero debes tener cuidado con quien andas, porque no querrás después sentirte miserable. —La cara jovial de Laurel lució cansada.

Gwen quiso borrar las preocupaciones de su rostro. Laurel le había dicho una vez que sus padres se peleaban mucho. Esos problemas desgastan a todos en un hogar, especialmente a una adolescente. Sus propios padres nunca habían peleado, pero Gwen comprendía el daño.

—Por eso tienes que hacer las preguntas correctas —dijo Laurel con toda su sabiduría adolescente—. Por ejemplo, si le gusta la opera.

—¿La ópera?

La chica asintió con la cabeza.

—Si te gusta la ópera y a él no, será motivo de pleito. Vas a querer que te acompañe pero él te dirá que es como perder tres horas de su vida, y luego tú te enojarás y lo obligarás a dormir en el sillón.

—Qué duro —parpadeó Gwen.

—Es cierto.

—No me gusta la ópera.

—Mejor. —Laurel asintió con la cabeza en señal de aprobación—. Ahora asegúrate de que a él tampoco le guste.

Gwen trató de imaginarse a Rick en la ópera, jorobado en una estrecha butaca sin espacio suficiente para acomodar sus largas piernas. Pero sí lo visualizaba con esmoquin, devorándola con sus ojos oscuros e intensos, acorralándola y besándola hasta obligarla a pararse de puntitas.

—¿Y qué más debo saber? —carraspeó.

—Si es vegetariano, porque te molestarás si quieres hacer carne para la cena, y él sólo quiere espinacas.

Gwen hizo una mueca.

—Qué asco.

—Lo sé, ¿entiendes?

—Pero yo no cocino.

—Eso es bueno, a menos que él tampoco cocine. ¿Entonces qué comerían?

—Podemos pedir comida.

—Buen punto.

—Has pensado mucho en esto —rio Gwen.

Laurel se encogió de hombros.

—Quiero estar preparada por si conozco a alguien.

—Buena decisión. Gracias por los consejos. —No es que ella los necesitara. Planeaba mantenerse lejos de Rick Clancy. Él no estaba interesado en *ella*; lo que él quería era sacarle todos sus secretos. Así era él, siempre necesitaba descifrar un misterio—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí hoy?

—Lo más que pueda —Laurel hizo una mueca—. Mi mamá está trabajando en la casa.

—Ah. —Gwen frotó la espalda de la niña—. Es difícil, ¿verdad?

—Dímelo a mí. —Meneando la cabeza, Laurel se puso de pie y fue a revisar el trabajo de uno de los niños más pequeños.

Gwen observó a Laurel. La primera vez que había visto a la chica, había reconocido esa expresión en su mirada: la necesidad de cumplir las expectativas de sus padres. Al instante había decidido proteger a la muchacha, pero a veces, se preguntaba si en realidad era Laurel quien la cuidaba a ella.

Vio su dibujo una vez más y guardó su cuaderno y los lápices. En el trayecto a la parte trasera conversó con algunos de los niños que había conocido en el verano. Debía abrir su tienda —ya pasaba del mediodía—, pero siempre se daba un tiempo para saludar a los niños.

Además, en sus patines no tardaba mucho en llegar a Laurel Heights desde la Misión. En veinticinco minutos, más o menos, llegaba del Elefante Morado a Mi Maceta.

El beneficio real de andar en patines era que le permitía gastar algo de su abundante energía. El maestro de tai chi que había conocido años atrás en Oregón le había enseñado a canalizar y tranquilizar su “chi inquieto,” como él lo llamaba.

Por supuesto, en aquel entonces había tenido razones de sobra para estar inquieta. Se cuidaba

constantemente, esperando que en cualquier momento los paparazzi se lanzaran en picado sobre ella y la sofocaran.

Gwen odiaba a la prensa. Ese odio había empezado desde que tenía seis años cuando la habían llamado Princesa de la Uva, porque se había presentado a una rueda de prensa con la cara llena de mermelada.

Esa imagen la había perseguido hasta la adolescencia. Y lo que es peor, su padre la había castigado por ridiculizar el apellido De la Roche. Se había sentido muy avergonzada. Y culpable, porque habían despedido a su nana favorita por no cuidar que estuviera presentable.

A la fecha, pensar en eso la ponía de nervios.

Ahora ya no tenía de lidiar con la prensa. Había logrado desaparecer, cambiar de nombre y apariencia. Se había convertido en Gwendolyn Pierce, la bohemia. Nadie relacionaba a la Gwen que tenía su pelo con los colores del arcoíris, con la Princesa de Uva. Estaba segura que ni su madre la reconocería si estuvieran en la misma habitación.

Por supuesto, su mamá probablemente no la reconocería de todos modos. Ser madre no había sido una prioridad para Janine. ¿Por qué debía molestarse con el trabajo sucio de una madre cuando tenía un auténtico ejército de nanas a su disposición?

"Es en lo que menos debo pensar ahora", reflexionó mientras patinaba por la calle Sacramento. Vaya manera de quemar energías.

Para distraerse, por puro impulso patinó hasta el Café Sabio. Un cuernito y luego, juró, abriría la tienda.

Ya pasaba del mediodía, pero el café de Eve seguía lleno. Eve era una mercadóloga natural. Gwen había aprendido mucho de ella.

De hecho, de no haber sido por Eve y por Olivia, Gwen estaría desubicada. Ellas la habían protegido y le habían enseñado a ser una mujer de negocios. Olivia le había presentado a Rick.

Y Rick le había cortado el aliento la noche anterior.

—No digas nada —dijo al entrar. Patinó hasta el mostrador donde Olivia estaba hablando con Eve—. ¿Se puede?

—Tú siempre puedes. —Eve sonrió para darle la bienvenida, acomodándose su pelo lacio y rubio detrás de la oreja—. Te ves agitada. ¿Patinaste mucho?

—Sí —mintió y abrazó a Olivia. Bajo ninguna circunstancia les diría que la tenían inquieta ciertas ideas pornográficas que Rick hacía surgir en ella, o que su beso había trastocado su mundo. Sobre todo porque eso no volvería a suceder.

Su amiga estiró los brazos, la puso quieta y la estudió.

—Te ves distinta.

Gwen se llevó la mano a los labios. ¿Se notaba? No le sorprendería: aún sentía la boca de Rick sobre la suya.

—La semana pasada cambié mi color de pelo —respondió con la esperanza de disimular.

—¿Por qué te sonrojas así? —Olivia la estudió detenidamente—. Te ves culpable.

—Quizás tuvo una aventura con un galán —bromeó Eve.

La cara de Gwen se puso roja como un tomate.

—No... me... digas. —Atragantándose, Olivia puso su taza de café en el mostrador—. Es verdad. Por eso no apareciste en toda la mañana. ¿Quién es?

—Nadie, estoy roja porque vengo del Elefante Morado. —Luego, para desviar la conversación, improvisó—: Y estoy emocionada con mi nuevo proyecto.

—¿Otra serie de calabazas? —preguntó Eve.

Al recordar el dibujo que había hecho en el Centro sin darse cuenta, asintió con la cabeza.

—Creo que será todo un éxito.

Las mujeres intercambiaron miradas.

—No, no pienso hacer otro homenaje a Jerry Garcia —rio Gwen—. Ya me explicaron que no sería una buena idea.

—Lo peor de todo fue la calabaza gigantesca e inflable que pusiste en el techo —sonrió Eve.

No todas sus ideas eran buenas, pero al menos hacía el esfuerzo. Su abuela le había enseñado eso. *Pruébalo todo, Geneviève*, solía decirle Mamie Yvette. *Agárrate de la vida y no te sueltes. La aventura es maravillosa.*

—¿Cuál es tu nueva idea? —preguntó Olivia.

Gwen se sacudió el pasado.

—Es algo diferente. —Impulsivamente agregó—: El Museo Young me incluirá en una exposición. Quieren que haga una serie de calabazas inspirada en el arte de los primeros nativos americanos. Hice un diseño que funcionará muy bien.

—Eso es fantástico. —Los ojos de Eve se iluminaron, y era obvio que por su mente pasaron todas las posibilidades—. Esto te dará a conocer. Sólo piensa que te generará muy buenas relaciones públicas. Te ayudaré con los boletines de prensa.

Olivia asintió con la cabeza.

—Asegúrate de que tu contrato diga que venderán tus calabazas en la tienda del museo. Eso te servirá de promoción.

Gwen se tragó la ansiedad que sintió al pensar en la publicidad. Quería que su arte fuera reconocido, pero le asustaba tanta notoriedad.

—Aún no acepto la oferta.

Las dos mujeres fruncieron el ceño, pero fue Olivia la que habló.

—Tienes que aceptar. ¿Cómo puedes siquiera dudarlo? ¿Cuántos artistas tienen una oportunidad como ésta?

Gwen asintió con la cabeza.

—Lo sé, pero...

—No hay *pero*. —Olivia la miró fijamente—. ¿Qué pasa realmente?

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta de enfrente y sonó la campanita que indicaba que alguien acababa de entrar. Miró por encima de su hombro y se quedó helada al ver que Rick se acercaba.

De hecho, él no caminaba; más bien acechaba como un gato salvaje detrás de su presa. En ese momento, al ver que sus ojos oscuros la devoraban, ella supo quién era la presa.

De nuevo sintió un cosquilleo en los labios. ¿Algún nervio dañado? Tragó saliva y presionó sus labios con los dedos.

—¿Estoy interrumpiendo un aquelarre? —Besó a Olivia en la mejilla pero sin quitar la mirada de Gwen.

Ella perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en el mostrador. Ahora que sabía lo devastadores que eran sus labios, no entendía cómo Olivia podía mantenerse de pie.

Olivia la miró inquisitivamente.

—¿Estás bien, Gwen?

—Claro —chilló como globo. Pero rodó en sus patines un poco más lejos, por si acaso—. Ya me voy.

—Pero todavía no pides nada —dijo Eve con el ceño fruncido de preocupación—. ¿Un cuernito, como siempre?

Ir por uno de los cuernitos de Eve era parte de su ritual matutino. A ella le encantaban; eran

los mejores que había probado en este lado del Atlántico. Le recordaban a los cuernitos que su chef Jean-Marie preparaba para ella y su hermano, Roger, cada mañana.

—Sí, por favor.

—¿Y un chai?

—Sí, para llevar. —Odiaba el café, no por el sabor, sino porque su padre bebía café. El olor le recordaba cómo los criticaba a todos, especialmente a ella, a primera hora cada mañana. Por supuesto, ahora comprendía por qué había sido tan duro con ella, y francamente, no lo culpaba. No debía de haber sido fácil descubrir que su hija no era biológicamente suya, sobre todo para un hombre como Gautier de la Roche.

Ésa era la ropa sucia de su familia. Los De la Roche eran muy buenos para guardar secretos.

—No has ido a tu tienda en todo el día —observó Rick. Lo dijo en forma casual, pero ella sabía que estaba disimulando. ¿Para qué la estaba buscando?

¿Para besarla de nuevo?

Claro, diría Laurel. Probablemente él ya ni se acordaba del beso. Entonces ella arqueó la ceja fríamente, tratando de demostrar que no sentía nada, aunque era todo lo contrario.

—¿De qué me estás acusando?

—Sólo los que se sienten culpables se ponen paranoicos —respondió.

—Niños —Olivia puso orden—. Sean amables.

—Él empezó. —Gwen lo señaló.

Rick dejó escapar una carcajada. Eve le entregó a Gwen un cuernito y un chai.

—Es cortesía de la casa, Gwen. Para que aceptes la oferta del Museo Young.

—¿Aceptaste? —preguntó Rick, cruzándose de brazos.

Su tono de voz la hizo rechinar los dientes. Obviamente él no creía en su talento. Ella alzó el mentón.

—Lo estoy pensando todavía.

—Aceptará. —Olivia la miró severamente—. En cuanto llegues a la tienda les vas a hablar y aceptarás la propuesta.

—¿Tú estás enterado de la propuesta que el Museo Young le hizo a Gwen? —Eve se dirigió a Rick.

—Me enteré por ahí —respondió con cautela—. Pero se me hace difícil.

Gwen lo encaró, tirando un poco del té chai cuando sus patines la hicieron trastabillar. Se recuperó y lo enfrentó con la mirada.

—El hecho de que tú no sepas nada de arte no significa que la gente del museo también sea ignorante.

—Princesa, si las calabazas fueran arte, el Halloween se festejaría todo el año.

Gwen se acercó y le clavó el índice en el pecho.

—Eres un imbécil.

—Y tú eres...

—Lo haré —declaró impetuosamente, punzándolo de nuevo con el dedo porque quería volver a sentir su pecho. Era firme. Hacía ejercicio—. Y me ganaré la mención honorífica y te arrepentirás de lo que acabas de decir.

—¿Qué les pasa? —Olivia miró a uno y luego al otro—. No sé si deba mandarlos a sus respectivas esquinas o encerrarlos en una habitación para que saquen la tensión.

La mirada de Gwen penetró a Rick. Él también recordaba la noche anterior; ella lo supo al ver cómo se encendían sus ojos oscuros. Contuvo la respiración; podía jurar que sus labios habían empezado a palpar. Su mente creativa la ubicaba a solas en un cuarto, con él.

La imagen la hizo sonrojarse; las únicas palabras que se le ocurrían eran en francés. Tuvo que respirar y calmarse antes de poder gruñir, en inglés:

—Prefiero morir antes que entrar a una recámara con él.

—Pero anoche sí aceptaste que te llevara a tu casa —repuso Rick.

—¡Porque no me dejabas en paz! —Gwen volteó pidiéndole ayuda a Eve y a Olivia—. Casi me obligó a que me subiera a su auto.

Sus dos amigas la miraron con ojos de plato.

—¿Llevaste a Gwen a su casa, Rick? —Olivia fue la primera en recuperarse.

—Estaba patinando en medio de una tormenta —rio—. ¿Quién hace eso?

—Yo. —Gwen levantó el mentón con orgullo—. Llevo mucho tiempo sola y me va muy bien. No necesito que nadie me cuide.

Él rio de nuevo.

—Te demostraré lo equivocado que estás respecto a lo del museo —dijo Gwen afilando la mirada.

—Princesa, si tus calabazas ganan, me comeré una.

—Entonces empezaré a buscarte unas recetas. —Con un movimiento digno de cabeza, se despidió de Eve y de Olivia y salió del Café Sabio. Estaba dispuesta a callarle la boca a Rick.

Se detuvo un momento al pensar en la prensa, pero se quitó el miedo. Nadie descubriría que esta Gwendolyn Pierce, bohemia y extravagante, era en realidad Geneviève de la Roche, la Princesa de la Uva. No había razón para que la relacionaran con aquella heredera del vino que alguna vez fue.

Sí que le iba a callar la boca. De hecho, los sorprendería a todos. Le demostraría al mundo entero quién era realmente.

CAPÍTULO CINCO

COMO CADA NOCHE en Nelly's, su bar irlandés favorito de la ciudad, el lugar estaba repleto con los mismos comensales que todos los días llegaban para relajarse después del trabajo. Por lo general, Rick platicaba con ellos mientras esperaba a su amigo Treat. Esa noche estaba mirando el tarro de cerveza que tenía enfrente, con la mirada perdida.

No podía sacarse a esa mujer de la cabeza.

Gwendolyn Pierce, una contradicción andante. Una artista que vivía en un barrio aburguesado. Una mujer de negocios con un alto nivel de vida. Una hippie libre y amorosa que besaba como si fuera la última vez.

Una propietaria de un negocio ya establecido que siete años antes no existía en este mundo.

—Hola. —Treat sacó el banquillo que estaba a su lado—. ¿Acabas de llegar?

—No.

—¿Estás tan enamorado como dice Eve? —Treat arqueó la ceja al ver la cerveza.

—¿Qué? —protestó Rick.

—Ella y Olivia creen que Gwen Pierce te trae loco. —Treat le hizo una señal al cantinero.

—Esa mujer es una amenaza.

—Siempre he pensado que es muy tierna.

—¿Tierna? ¿Gwendolyn Pierce? —soltó la carcajada.

—Parece excéntrica, por lo que he visto. Sólo alguien especial se atreve a vender arte en calabazas. Pero Eve la aprecia, y Eve tiene buen ojo. —Treat asintió con la cabeza para darle las gracias al cantinero que le servía la cerveza—. Pero tú también tienes buen ojo. ¿Crees que hay algo raro en ella?

—¿Qué *no* es raro en ella? —Levantó su Guinness y le dio un gran sorbo. Luego dijo—: Revisé sus antecedentes.

—Mal cuento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Recuerdas a Brandy Welles, la chica de la universidad?

Claro que recordaba a Brandy. Alta, rubia y bien dotada.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—También revisaste sus antecedentes. —Treat arqueó la ceja—. Descubriste que era hija adoptiva; pero ella no lo sabía. Hasta que tú se lo dijiste.

—Ahora soy más prudente.

—Yo sé que eres un detective privado nato, tu papá también lo es. Pero debes aprender a sospechar menos de la gente.

Lo llevaba en la sangre. Siempre supo a qué se dedicaría al terminar la universidad. La única

tradición que había roto, fue mudarse a San Francisco desde Boston. Su mamá aún se lo reprochaba.

—No sospecho de la gente. Sólo observo muy bien lo que dice.

—Ajá —sonrió Treat.

—Y hay algo en Gwen que no me convence. Gwendolyn Pierce sólo ha existido durante siete años. Antes de eso no hay rastros de ella. No hay registros escolares, ni universidad.

—Es artista. Muchos artistas no van a la universidad.

—Pero ni siquiera hay un registro de su graduación de bachillerato. Es absurdo. Se ve que es una persona educada. Se nota por la manera en la que habla.

—Estás viendo moros con tranchete —repuso Treat—. Tampoco tiene un historial criminal, ¿o sí?

—No con el nombre de Gwendolyn Pierce. —Rick se acercó—. Vive en Ashbury, cerca de Haight.

—Buena zona. Perfecta para una artista.

—No para una artista sin dinero.

—¿No gana dinero con su tienda? La renta es algo cara en Laurel Heights. No podría sobrevivir sin un buen ingreso.

—Exacto. Pero paga dos rentas caras: la tienda y su departamento. Según sus declaraciones de impuestos, gana bien, pero no lo suficiente para cubrir ambas rentas.

—¿Revisaste sus declaraciones de impuestos? —protestó Treat.

—Es parte del trabajo.

—Estás analizando de más —dijo su amigo meneando la cabeza—. Su departamento probablemente tiene la renta congelada.

—Sólo ha vivido ahí dos años.

—¿Por qué te interesa tanto? —Treat lo miró con incredulidad.

—Curiosidad.

—Esto es más que curiosidad. Esto raya en obsesión.

Desde el momento en que la había besado, se sintió obsesionado; y eso no le gustaba.

—Ella no es lo que parece. Si la escuchas con atención, a veces tiene acento extranjero.

—¿Qué acento?

—Francés.

—Gwen es la persona menos francesa que he conocido. —Treat lo observó con una mirada seria—. Quizás deberías alejarte y dejarla en paz.

Rick hubiera querido hacer eso, pero era más fácil decirle a una luciérnaga que se alejara de la miel. Él tenía que saberlo todo.

Se deslizó fuera del banquillo, le dio un trago a su cerveza y puso el resto en la barra.

—Ya me voy.

—¿Tan pronto? —preguntó Treat—. No te acabaste la cerveza.

No tenía la paciencia suficiente para terminar de beber. Se sentía ansioso y no sabía por qué. Se paró y puso algo de dinero sobre la barra para pagar los tragos.

—Vete a casa con tu mujer. Luego nos vemos.

Treat lo sujetó del brazo antes de que pudiera irse.

—No vas a cometer una estupidez, ¿verdad?

—¿Me crees capaz? —Golpeteó el hombro de su amigo y se marchó.

Normalmente, después de echarse unos tragos en Nelly's, Rick se iba a casa. Vivía a cuatro cuadras de ahí, pero cuando llegó a su domicilio y vio a Lance, su auto, ahí estacionado, se alejó

de la puerta y se subió al vehículo.

“Sólo una vueltita rápida a la escena del crimen”, pensó al salir del coche.

Ya pasaban de las nueve, todas las tiendas habían cerrado. Lo cual significaba que Gwendolyn probablemente estaba en su Narnia.

—Narnia. —Meneó la cabeza al doblar la esquina hacia la avenida Lincoln y rumbo a Haight.

Dado a que no había estacionamiento disponible en la misma cuadra del departamento de Gwen, Rick dio varias vueltas hasta que encontró lugar a dos cuadras de ahí. Cerró a Lance, metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la casa de ella.

¿Qué rayos estaba haciendo? Esto era una locura. Treat tenía razón: Rick la estaba acosando. Que le pagaran por hallar información acerca de una persona era una cosa; hacerlo porque lo dominaba la curiosidad, era algo muy distinto.

La culpa la tenía Gwen. Ella era un enigma. Contradicción tras contradicción. El cielo y el infierno en un mismo paquete.

—Definitivamente me estoy volviendo loco —musitó, mirando la puerta exterior de su edificio.

Como si la hubiera invocado, la puerta se abrió y salió ella. Cabizbaja, cerró el portón y empezó a caminar por la calle en dirección contraria.

Él se llenó de agitación. Ella ni siquiera había volteado a su alrededor para verificar si había alguien en la calle. ¿Acaso no tenía instinto de supervivencia? ¿Qué tal que él fuera un asaltante? ¿O algo peor?

¿Y cómo iba vestida? Se esforzó por verla bien bajo la tenue luz de la calle. No había salido en bata, ¿o sí?

Pero eso era exactamente lo que llevaba puesto: una bata corta, con las piernas desnudas, y aparentemente nada debajo.

Ésa no era precisamente una imagen que lo ayudara a tranquilizarse.

Tratando de pasar desapercibido, empezó a seguirla. Gwen dio vuelta a la izquierda y caminó frente a otro par de edificios, antes de detenerse y asomarse entre las rejas.

¿A quién iba a visitar? ¿En bata? ¿Con —hizo una mueca— una toalla alrededor del cuello?

“¿Cita sexual?”, se preguntó. Sintiendo una oleada de rabia, se escondió detrás de un árbol y esperó a ver quién saldría a encontrarse con ella.

Nunca esperó que treparía el portón de hierro y brincaría al patio interior, mostrando gran parte de sus pálidas piernas.

Recuperándose de la impresión, Rick se apresuró hacia la reja y se asomó, justo a tiempo para ver la silueta de Gwen, que doblaba la esquina hacia la parte trasera de la casa. Miró el portón, luego volvió a fijarse en el sitio donde había desaparecido y se encogió de hombros. Sujetando las puntas de la reja, se apoyó en un pie y trepó el portón.

Cayó de pie y se lastimó las rodillas. Maldijo en silencio y siguió el sendero que Gwen había tomado. La otra mitad del camino llevaba a una entrada estilo victoriano.

Parecía ser la casa donde viviría una familia entera; cosa rara en San Francisco, donde la mayoría de las viejas casonas habían sido renovadas y convertidas en departamentos. En aquellos casos en que estas viviendas victorianas seguían intactas, era porque la familia original era aún la propietaria o porque alguna persona adinerada se la había comprado a la familia.

¿Acaso Gwen tenía un plateado pretendiente que la apoyaba económicamente a cambio de...?

La idea le disgustaba. Imaginarse a un viejo tocándola, succionando su juventud y vitalidad

para su beneficio.

Rick no lo soportaría.

Se detuvo donde terminaba el camino y empezaba el patio. Escondido junto a la casa, se asomó por la esquina.

El patio trasero tenía un frondoso jardín. A un lado había una cama llena de cojines, rodeada por una cortina pesada. Unas antorchas sin encender vigilaban, a intervalos, los alrededores. Por la espesa arboleda que cubría el patio trasero para que los vecinos no miraran, se filtraba tenue la luz de la luna.

La claridad se reflejaba en la superficie de la piscina. Él la vio al mismo tiempo en que escuchó el ruido del agua, provocado por un clavado que alguien se había echado.

Gwen. Podía ver su silueta, ágil bajo del agua como una sirena. La mujer salió a tomar aire y luego se sumergió de nuevo, como si fuera un ser acuático.

De pronto se detuvo, flotando en el centro de la piscina.

—¿Vas a espiarme toda la noche?

Él se encogió de hombros y salió de entre las sombras.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—¿Realmente creías que no notaría la figura de un hombrón siguiéndome en una calle desolada? —Se quitó el agua de los ojos y lo miró—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo. —Se acercó al filo de la piscina y se agachó—. Ésta no es tu casa.

—Eres un súper detective, ¿verdad? —preguntó sarcásticamente, jugando con el agua.

Él se mantuvo en silencio, observándola. Esperando.

Gwen suspiró profundamente.

—Es la casa de una amiga. Casi nunca está, pero me deja usar la piscina.

Amiga. El alivio de Rick fue instantáneo y notorio. Luego se pondría a analizarlo. Por lo pronto...

—Si te deja usar la piscina, ¿por qué te metes a escondidas?

Gwen frunció el ceño.

—No me metí a escondidas. Me brinqué la reja. —Rick levantó las cejas—. No encuentro mi llave.

Su instinto le dijo que estaba diciendo la verdad. Su papá le había enseñado a hacerle caso a su instinto, y nunca había dudado de él. Pero era tentador comenzar a hacerlo ahora.

—¿Entonces vienes aquí en bata y te pones a nadar?

—Así es.

—¿De noche? ¿En el frío?

—La alberca tiene calefacción. ¿Crees que estoy loca? —Gwen sacudió la cabeza—. No me contestes. Sé exactamente lo que piensas de mí.

¿Que era una seductora? ¿Qué otra explicación habría? Ella lo excitaba a pesar de sí mismo, por más que Rick quería evitarlo. Ella era un problema y él debía huir, pero ahí estaba, junto a la piscina, de noche, preguntándose cómo se vería en traje de baño.

—Creo que deberías salirte.

—¿Por qué? —se burló de él—. ¿Va a arrestarme, señor oficial?

—¿Ésa es una forma discreta de pedirme que me vaya?

Los ojos de Gwen se abrieron más, pero se volteó para que no viera su cara.

—Tú eres capaz de convertir un comentario inocente en algo sórdido.

—Princesa, no hay nada de inocente en ti.

—No me digas así. —Se hundió en el agua, dejando ver un poco de su blanquísima piel antes de desaparecer. Luego salió a la superficie, justo en la orilla de la alberca, y salió apoyándose con los brazos.

El agua se deslizó por su cuerpo, pero eso no lo distrajo. Él esperaba verla lucir un traje de baño conservador, como el de una abuelita; al menos uno feo, de una sola pieza.

Llevaba puesto el bikini más diminuto que hubiera visto en toda su vida. Amarillo brillante. Pequeños triángulos atados por un hilo. Cuerpo escultural, piernas esbeltas. Mucha piel mojada.

—¡Santos...! —dijo él tratando de no atragantarse, y luego se felicitó por no babear abiertamente.

—¿Qué? —preguntó ella suspicazmente, tomando la toalla que había puesto a un lado de la piscina.

Él la miró de pies a cabeza.

—Es un crimen ocultar todo eso debajo de la espantosa ropa que te pones.

—Si eso fue un cumplido, debes aprender a tener más tacto.

Él no sabía exactamente qué le pasaba. Sólo sabía que sentía como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

Gwen recogió su bata y la sacudió antes de echársela encima.

—Yo no sé por qué te empeñas en demostrar que soy nefasta, sólo pierdes tu tiempo.

—Tú estás ocultando algo. —Y no se refería a ese cuerpo fenomenal. Rick metió las manos hasta el fondo de sus bolsillos. Ahí estaban más seguras.

—Todo el mundo oculta algo. —Lo apuntó con el índice—. El problema es que tú asumes que todos tienen un secreto oscuro.

—En mi profesión, todo el mundo tiene secretos oscuros.

—Tu profesión apesta. —Tiró del cinturón de su bata y caminó hacia él—. Tal vez nadie hace arte con calabazas como yo, pero al menos estoy dándole algo bello al mundo. —Antes de que pudiera decir algo, Gwen levantó el mentón y dijo—: Envié mis trabajos al concurso del Museo Young. Y voy a ganar.

Por la manera como ella lo dijo, Rick le creyó. Aun así, no pudo evitar devorarla con la mirada.

—Pero eso no significa que ganarás un lugar dentro de la colección permanente del museo.

Ella se acercó a él.

—¿Quieres apostar que voy a ganar?

Una gota de agua cayó desde su pelo mojado hasta el escote de su bata. Él quería seguirla con la lengua, clavar la cabeza en su pecho e inhalar su aroma. Ella olería como un verano adolescente, a cloro e inocencia. Su pecho latía de deseo y con otra sensación que no podía identificar.

—¿Entonces? —dijo Gwen, enterrando su dedo en medio del pecho de Rick, donde él sintió el dolor más raro—. ¿Qué apuestas?

Ignoró el dolor y se concentró.

—Lo que quieras.

—Cien dólares si gano.

—¿Cien dólares? —Él había pensado en un beso, profundo, apasionado y envolvente, quizás con un poco de tacto. Cien dólares era mucho dinero para la mayoría de la gente. Pensó que para una artista que tenía que pagar dos rentas caras, la suma era mucho más pesada. Rick frunció el ceño, sintiendo esa molesta sospecha de que algo no encajaba con Gwen. La sensación eclipsó un poco la excitación que sentía.

Sin notar su duda, Gwen sonrió coqueta y eso lo hizo desear tumbarla y besarla.

—¿Te estás poniendo nervioso?

Los nervios eran el menor de sus problemas. Gwen era su principal dolor de cabeza, y él estaba decidido a descubrir quién era en realidad. Entonces extendió la mano.

—Trato hecho.

CAPÍTULO SEIS

LA CAMA ERA PESADA.

Camille trató de moverla con su peso, pero no pudo. ¿Quizás debería quitar el colchón?

Lo sacó del antiguo cajón de madera y lo puso contra la pared. Apoyó sus pies en el muro, con el trasero sobre el marco, y empujó.

Nada.

Se tiró al piso y se sentó sin saber qué hacer.

No podía mover su cama. Pero había estado leyendo sobre feng shui, para escribir el artículo que debía entregar a principios de semana, y comprendido que su carrera estaba estancada porque el espacio donde vivía era una locura. El espacio de los amigos era una torre de ropa sucia, la esquina de sus relaciones tenía un triturador de papel y no había prosperidad en ningún lado.

Con razón estaba batallando tanto en el trabajo.

Pensó que mover los muebles serviría. Ciertamente no la perjudicaría.

Pero su cama opinaba distinto. Y si ella no podía mover la cama, no habría forma de que cambiara de lugar el buró.

Al menos no sola, pero si le llamaba a alguien como Dylan entonces sería muy fácil.

Okey, quizás estaba buscando un pretexto para hablar con él. La última vez las cosas habían salido mal y eso le había dejado un amargo sabor de boca. No le agradaba sentir que lo estaba desilusionando.

Impulsivamente, tomó el teléfono y le marcó.

—Camille —dijo él al contestar.

Pronunciado por Dylan, su nombre era una caricia. Ella sabía que sólo eran amigos, así que nunca se *lanzaría*, pero esperaba que algún día pudiera conocer a alguien que la hiciera sentir como cuando él decía su nombre.

—Dylan, necesito ayuda.

—¿Voy para allá o vienes tú acá? —dijo sin preámbulos.

Era una de las razones por las cuales lo amaba. Claramente siempre le estaba dando molestias, pero aun así él siempre acudía. Sin vacilar.

—Ven acá. Estoy en casa.

—Okey.

—¿Qué traes puesto?

—¿No debería ser yo quien pregunte eso? —respondió. Ella pudo percibir la sonrisa en su voz.

—No, necesito que me ayudes a mover algo, y no quiero que te pongas, pues no sé, un traje.

—Como si usara tantos trajes. Te veré en quince minutos. —Colgó.

Rápidamente se deshizo del resto de la ropa que tenía aquí y allá. También guardó la novela de amor que tenía en la mesa; parecía como evidencia en su contra, por alguna razón. Escondió las últimas pantaletas rosas cuando sonó el timbre de la puerta.

Guardó la prenda en un cajón y bajó corriendo las escaleras para abrirle la puerta a Dylan.

Estaba parado en el porche, recargado en el marco de la puerta; vestía jeans y una camiseta y se veía como el sueño de toda mujer.

Camille se recordó que nada más eran amigos, porque él no tenía nada más qué ofrecerle. Esforzándose por sonreír, le indicó con la mano que pasara.

—Llegaste rápido.

—Quizás tenía muchas ganas de verte. —Ante su mirada incrédula, él la abrazó y la acomodó bajo su barbilla—. Tienes razón. Los asesinos seriales de mis libros son más guapos.

—He leído tus libros, y sé que es verdad —sonrió—. Sube. Necesito tu ayuda.

Él la siguió por la escalera.

—¿Dónde está Elizabeth?

—Salió. —Si no, jamás hubiera podido invitarlo. Cuando su mamá estaba en casa, era porque trabajaba, y cuando ella trabajaba, no podían molestarla a menos que se estuviera dispuesto a sufrir las consecuencias.

—Qué bien —fue todo lo que dijo Dylan—. Luego entró a su cuarto—. ¿Hubo un huracán en San Francisco y no me di cuenta?

—Estoy escribiendo un artículo sobre feng shui, y decidí poner sus principios a prueba.

—¿Vas a adornar todo con calabazas cuando entrevistes a esa artista que las decora? —Ella lo miró apenada—. ¿Qué dice el feng shui sobre un cuarto que está hecho un caos? —preguntó, viendo a su alrededor.

—Está en transición, no es un caos. —Camille frunció el ceño al reparar en la cama—. No la puedo mover.

—¿Dónde la quieres poner?

—En el nicho de mi creatividad.

—No sé qué es un nicho de la creatividad —sonrió—, pero creo que nadie te criticaría por querer tenerlo en la cama.

—No. —Su rostro se ruborizó—. Es sólo la posición donde la quiero poner.

—Lo sé —le guiñó un ojo y se puso a trabajar—. ¿Entonces a dónde vamos a mover todo esto?

Le explicó y comenzaron a cambiar las cosas de lugar. No fue fácil; aun con la ayuda extra, los muebles seguían siendo pesados.

Pero lo lograron. Y en todo ese rato, ella trató de no ver que Dylan tenía demasiados músculos para ser un escritor.

No lo consiguió.

Cuando tenían todo acomodado, paseó la mirada por toda la habitación.

—Me gusta, de hecho.

—Bien. —Dylan se colapsó en la cama—. Porque sin un buen incentivo no pienso mover nada más.

—¿Cómo qué? —preguntó Camille y se dejó caer en la cama junto a él.

Él la volteó a ver, apoyado sobre su costado, con la cabeza recargada en el brazo flexionado.

—Algo de cenar.

—¿Nada más? —le preguntó, rodando hacia él.

—¿O sea que irás a cenar conmigo?

—Siempre y cuando vayamos a McDonald's —sonrió tristemente—. Con lo que me pagan es todo lo que puedo ofrecerte.

Él jaló su blusa.

—Quizás al cambiar tu cuarto comprenderás que tu misión en la vida no es escribir sobre abejas, muebles y calabazas.

—Yo sé, pero el mundo no lo sabe.

—Y referente a la cena —dijo Dylan, cruzando los brazos—, yo te invito, para que no tengamos que ir a McDonald's. ¿Vamos a Ajenjo?

Camille suspiró. *Le encantaba* Ajenjo. El bar era a la antigua y la comida era deliciosa. Pero sobre todo, Dylan sabía que a ella le encantaba ese restaurante; seguramente por eso lo había elegido.

—Creo que puedo hacer un espacio en mi agenda para cenar contigo.

—Bueno. —Dylan sonrió de esa manera íntima que derretía a las mujeres.

Ella evitó su mirada; casi, porque no era insensible.

—¿Cuándo? —preguntó la chica, fingiendo estar ocupada con el edredón.

—Déjame ver mi agenda. Te llamo. —Ella asintió con la cabeza—. ¿Camille?

Ella lo miró.

Él levantó unas tangas negras.

—*Dámelas*. —Se las arrebató, con la cara roja como un tomate.

—Ponte una así cuando vayas a la cena y yo me encargaré de que haya postre. —Salió de la habitación riéndose y dando grandes zancadas.

Camille lo siguió con la mirada, confundida, oyendo sus pasos en las escaleras. ¿Qué acababa de suceder? Había sacado la trituradora de papel de la esquina de sus relaciones. ¿Quizás los resultados habían sido inmediatos?

No. Meneando la cabeza, se apresuró a alcanzarlo. Probablemente él había tomado demasiado café.

CAPÍTULO SIETE

RICK SE JOROBÓ sobre su escritorio, estudiando el archivo que había compilado sobre Gwendolyn Pierce.

No se veía nada bien.

A primera vista, ella parecía normal, pero sólo por encimita. ¿Y en el fondo? No había trasfondo. No tenía licencia de conducir ni pasaporte. Parecía que había abierto su primera cuenta de banco y empezado a construir su historial crediticio apenas siete años atrás.

Si era testigo protegido, eso lo explicaría todo. Pero ése no era el caso; ya lo había corroborado con un amigo de la policía. Lo cual lo dejaba con dos posibilidades: era prófuga de la justicia o estaba escondiéndose para evitar que alguien la lastimara.

A él no le agradaba ninguna de las dos opciones.

Recargado en su silla, estudió los cuadrados del techo de su oficina. No era la primera vez que pensaba que debería poner un cuadro allá arriba para verlo cuando necesitara pensar. Una fotografía de un desnudo femenino iría acorde al estereotipo de un detective privado.

Era importante mostrar de vez en cuando una personalidad medio mundana al ser investigador privado; de lo contrario, los clientes no creerían que sería competente. La televisión había estropeado la imagen de los detectives.

Por eso él había cultivado esa imagen. Su oficina se ubicaba en el Barrio Chino, en el tercer piso, arriba de un pequeño restaurante y de un salón de “masajes”. Tenía muebles de piel, bonitos pero un poco viejos, y se aseguraba de que la señora encargada de la limpieza dejara un poco de desorden para que el lugar pareciera auténtico, sin ser un chiquero.

Eso le funcionaba.

Volvió a su computadora y buscó a Gwendolyn en Google, esperando dar con su sitio web y cualquier material relacionado con arte en calabazas. Para su sorpresa, sólo apareció en una página: elefante-morado.com.

Soltó una risita e hizo clic en el sitio. Un elefante morado era algo que iba bien con la personalidad de Gwen.

El sitio correspondía a una fundación de arte para niños ubicada en la Misión. Rick revisó la página y se sorprendió al descubrir que Gwendolyn Pierce era uno de sus miembros fundadores.

Arrugó el entrecejo. No se lo esperaba.

De hecho, ella no era como él suponía. En vez de ser irresponsable, era una mujer comprometida. Llamó al Elefante Morado y descubrió que ella acudía ahí con regularidad, varias veces a la semana. En vez de ser desparpajada, era totalmente lo opuesto. De lo contrario, no podría tener un negocio exitoso.

Nada correspondía. *Ella* no tenía lógica.

Una llamada rápida al Elefante Morado bastó para enterarse de que, ese día, ella haría trabajo voluntario hasta las seis de la tarde. Miró la hora, tomó su chamarra y salió a echar un vistazo.

Se estacionó enfrente, se hundió en su asiento y observó la puerta de entrada de la fundación. Sabía que esto era una locura. Sabía que no debería estar ahí.

Rick se dijo a sí mismo que estaba vigilando a Gwendolyn porque no tenía nada mejor que hacer. Si tuviera un caso urgente, no estaría ahí. Si tuviera una cita con una chica o si necesitara lavar, no estaría espiando en la Misión esperando que una artista de pelo rizado saliera de un gran edificio morado.

Rick sabía que se estaba engañando a sí mismo.

Como algo premeditado, su objeto de estudio cruzó la puerta rodando, una presencia brillante llena de color. Llevaba jeans muy ajustados color naranja y una chamarra verde del mismo color que sus patines. Las puntas de una mascada anaranjada y rosa asomaban detrás de ella. Gwen se echó al hombro una bolsa tipo cartero color vino y se sacó el pelo debajo de la correa.

Tantos colores debieron parecer ridículos, pero en ella lucían perfectos. En sus labios se dibujaba una sonrisa coqueta, y sus brillantes rizos rebotaban felizmente al ritmo de sus zancadas. Él sabía que los bucles con los colores del atardecer eran muy suaves al tacto y que sus labios eran mucho más dulces de lo que había imaginado.

Ella no era su tipo, para nada. A él solían gustarle las mujeres altas, curvilíneas y elegantes. Mujeres que inevitablemente lo aburrían a los pocos meses. Ahora no podía quitarle los ojos de encima a Gwen. Sentía que podría verla todos los días y seguir sorprendiéndose.

Una chica alta y delgada la siguió, cargando una patineta. Gwen bromeó unos instantes con la muchacha, sorprendentemente amigable, antes de que las dos tomaran rumbos separados.

Su estómago se llenó de mortificación cuando observó cómo Gwen sorteaba a una pareja. Esos malditos patines. No le sorprendería saber un día que rompería el cuello. ¿Dónde estaba su casco?

Sin preocuparse por nada, ella siguió patinando por la calle fluidamente, esquivando a la gente, saludando al transeúnte ocasional como si lo conociera. Una luz se puso en amarillo y, en vez de detenerse, aceleró por la intersección.

Rick se aferró al volante. ¿Acaso esa mujer no tenía ningún sentido de supervivencia? Esperó en el semáforo, sabiendo que la alcanzaría. Tuvo la corazonada de que iba a su casa; en el peor de los casos, podría tomar una ruta distinta y esperarla allá.

Asumiendo que ella no se detendría en el camino, ni tenía planes de ver a nadie.

Frunció el ceño con la imagen que se coló a su mente: Gwen cenando con otro hombre. Eso no le gustaba. Sobre todo, no le gustó el hecho de que la imagen lo perturbaba.

La divisó unas cuadras más adelante y la siguió el resto del trayecto por Valencia, hacia la calle Market y Franklin, y de ahí a la izquierda, en Hayes. La vio sin poder creerlo. ¿Realmente iba a patinar por esa subida colosal de Hayes? Había formas más fáciles de llegar a su casa.

Pero ella se lanzó, probando que estaba más loca de lo que él suponía, o bien que tenía piernas de acero. No parecían ser tan *fuertes* aquella noche en la piscina, cuando él las vio desnudas.

Nada más había recreado aquella escena un millón de veces en su mente en los últimos días.

Sobre todo, había pensado en aquel diminuto bikini amarillo. Y había pensado en arrancárselo.

Seguro de que ella iba para su casa, tomó un camino diferente y llegó antes. Por suerte tuvo espacio para estacionarse exactamente frente a su casa. Acomodó el auto y se hundió en el asiento, esperando a que ella llegara.

Gwen dobló la esquina y pasó zumbando hasta llegar a su portón. Él la vio poner la clave de seguridad y abrir la puerta.

Lo que no se esperaba era que ella se diera la vuelta y le enseñara el dedo.

Parpadeó, impresionado. *Expuesto*. A él nunca lo descubrían, y ella ya lo había hecho dos veces.

Gwen se puso las manos sobre las caderas; su postura decía que no pensaba esperarlo eternamente. Luego alzó las manos y dijo en voz alta:

—Más vale que pases.

Y luego patinó hacia el patio.

Él sabía que si la puerta se cerraba perdería su oportunidad, y se moría por ver donde vivía. Un día su curiosidad insaciable lo metería en problemas.

Salió apresuradamente del carro y entró justo a tiempo.

La puerta se cerró suavemente. Un pasillo empedrado y largo, apenas iluminado, conducía al jardín y luego a unas escaleras. Gwen se sentó en el primer escalón para quitarse los patines.

—Sabes que acosar a la gente es feo e ilegal, ¿verdad? —le dijo sin voltear a verlo.

—No es acoso. Es reconocimiento.

Ella lo miró mientras se quitaba el otro patín.

—¿Alguien te contrató para que me espieras?

—No. —Se acercó a ella—. Es pura curiosidad profesional.

—¿No lo puedes evitar?

Sus ojos lucían grandes y luminosos desde ese ángulo, y el estómago de Rick vibraba de deseo.

—Parece que no.

—Pues qué mal. Al menos usa un auto que no sea tan llamativo. —Recogió sus patines y subió las escaleras—. Entra.

Él la siguió por el millón de escalones que conducían al piso de arriba. Había plantas colgando a los lados de la escalera y tuvo que agacharse un par de veces.

—No sabía que necesitaría un machete.

—Te prestaré uno. —Una vez arriba, abrió la puerta y la detuvo para que él pasara—. Bienvenido a Narnia.

Rick miró a su alrededor y entró. El departamento apenas tenía muebles, pero las pocas piezas que había eran de calidad. Un lujoso sofá amplio y bajo, una mesa sostenida por elefantes de madera que formaban el soporte de un cristal; las paredes cubiertas con lienzos exhibían brillantes pinturas.

Limpio y ordenado. Rick meneó la cabeza, sin comprender cómo su primera impresión de la mujer pudo haber sido tan equivocada.

—Esto no era lo que yo esperaba.

—¿Qué esperabas? —preguntó Gwen, dejando los patines junto a la puerta—. ¿El piso lleno de calabazas? ¿Condomes usados en la mesa? ¿Luces rojas y cortinas negras?

Algo parecido.

—¿Tan predecible soy?

Ella soltó una risita mientras se acomodaba en el sofá y se arrellanaba en un rincón.

—Predecible es la última palabra que yo usaría para ti —contestó Gwen.

—Yo tampoco usaría esa palabra para describirte. —Rick observó cómo ella se frotaba los arcos de sus pies, y metió las manos en los bolsillos para evitar la tentación, sentándose lejos de ella. Notó que el departamento olía a limpio. Aspiró tratando de oler el pachuli o el incienso o

algo así, pero sólo percibió un destello de lavanda.

Gwendolyn no encajaba en el molde que él esperaba, y eso no le gustaba.

—No eres quien parece ser —le dijo sin dejar de verla.

Ella se endureció por un instante. El cambio fue tan sutil que él no pudo haberlo notado aunque la hubiera observado con lupa.

—¿Quién soy? —preguntó finalmente.

—No lo sé, pero lo descubriré.

Irritada, ella frunció la nariz.

—No entiendo por qué lo haces. No puedes estar tan aburrido con tu trabajo como para entregarte a este tipo de proyectos.

De nuevo el acento francés aparecía en su voz. La estudió, tratando de encontrar algún rastro, pero no parecía francesa. Más bien parecía una hada, un duende de los bosques. Ciertamente se comportaba como tal; creía en polvos mágicos y en lugares encantados.

—¿De dónde eres?

—¿Eso qué importa? —dejó escapar un suspiro—. No te caigo bien.

—Eso también pensaba yo —asintió con la cabeza.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Cambiaste de opinión? —Frunciendo el ceño, Gwen puso los pies en el piso, en posición de estar a punto de emprender la carrera—. ¿Estás tan urgido?

—¿Urgido? —Dio un paso y la levantó. Por la forma en que los ojos de Gwen ojos se abrieron, Rick supo que sintió su erección, tallándole el vientre.

—En este momento, la palabra urgido describe exactamente lo que siento.

Ella tragó saliva.

—Esto no tiene sentido. Nos odiamos.

—Lo sé. —Retiró un bucle de su cara, hizo su cabeza hacia atrás y recorrió su cuello con la mano. Sintió su pulso enloquecido en las yemas de los dedos.

—Esto es una locura —murmuró ella, acercando las caderas a las de él.

—Una locura total. —Él inclinó la cabeza y mordió suavemente la base de su cuello, justo debajo de donde se sentía el pulso.

Ella gimió suavemente y sus piernas se debilitaron.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque no podemos evitarlo. —Levantó la cara y la besó.

CAPÍTULO OCHO

SUS LABIOS se tocaron y Gwen se olvidó de todo. Quién era. De dónde había venido. Que Rick la molestaba. Que ella estaba jugando con fuego al invitarlo a su casa.

El peligro era delicioso.

Él la hizo retroceder hasta que sus pantorrillas tocaron el sofá. La sujetó antes de que cayera hacia atrás, la acomodó con delicadeza y se puso encima de ella.

Gwen jadeó al sentirlo, cómo la abarcaba, más tibio que su cobija favorita de cachemira, aunque no tan suave. Una pierna de Rick se alojó entre las suyas, tocándola donde no la había tocado otro ser humano en tanto tiempo que ya no podía recordarlo.

Eso la hizo respingar... con excitación y alarma.

Lo sujetó por el pelo y lo empujó hacia ella.

—¿Qué haces? —preguntó Gwen.

—Si no lo sabes, tendré que mejorar mi técnica. —De nuevo bajó la cabeza. Ella lo hizo retroceder.

—Me has estado siguiendo durante días.

—Sí. —Metió la mano entre los dos y subió por su abdomen para cubrir su seno—. Pero ahora estoy aquí.

Era emocionante, la forma lenta como había pasado la mano por todo su cuerpo. Gwen no podía evitar arquearse, aunque trataba de detenerlo con una mano.

—¿Me estás seduciendo sólo para descubrir mis secretos?

—De todos modos descubriré tus secretos. —Acarició su cuello—. Te seduzco porque no puedo detenerme.

—¿Entonces todo esto es por falta de control? —Su cuello se arqueó.

—No. Mi control es excelente. Lo que aquí sucede es deseo. —Acarició su pezón mientras presionaba *allá abajo* con la rodilla—. Es urgencia. Es necesidad.

Bajo los párpados de Gwen brillaron miles de estrellas; jadeó al sentir electricidad pura por todo el cuerpo. Enredó sus piernas en el cuerpo de Rick, saboreándolo.

—Necesitamos límites.

—Muy bien, nada de látigos. —Jaloneó su blusa para mordisquearle la clavícula.

¿Quién iba a saber que ese hueso era una zona erógena?

—No me refiero a esa clase de límites.

—¿Entonces te gustan los látigos?

Ella de nuevo jaló hacia atrás su cabeza, frunciendo el ceño.

—Parece que te gustan demasiado los látigos.

—Tú los mencionaste primero.

—No es cierto.

Rick suspiró profundamente y se sentó con las piernas separadas.

—No podrás concentrarte hasta que aclaremos esto, ¿verdad?

—Así es.

—Okey, dime cuáles son tus límites.

Abrió la boca para hacer la lista, pero no supo qué decir.

—¿Te echo la mano, princesa? —sonrió.

—Eso es lo primero: no me llames princesa.

—No sabía que te gustaban tanto las reglas.

—No me gustan. —De hecho, las odiaba. Había crecido sujeta a reglas. Ahora le encantaba el hecho de ya no tener que vivir atada a nada—. Pero esto es diferente. No confío en ti, y si vamos a hacer esto, debemos establecer algunos parámetros para que yo sepa qué esperar.

—Puedes esperar un placer inigualable.

—¿De veras?

—De veras. —La miró fijamente—. ¿Qué te parece si te digo que no te espiaré más mientras estemos juntos, dentro o fuera de tu casa?

—¿Eres capaz de hacer eso? —preguntó llena de dudas.

—Creo que puedes de sobra hacer que se me olvide toda cuestión profesional. —Le dibujó una línea en su cuello.

Ella se estremeció, sus pezones temblaron con anticipación.

—Y sólo para dejar las cosas claras, ¿vendrás otra vez?

—Presiento que una noche no será suficiente para sacarte de mi mente.

—¿Entonces sólo haremos el amor hasta que lo superemos?

—Sí.

—Y dejarás de investigar mi pasado mientras estemos juntos.

—Sólo investigaré tu cuerpo —dijo Rick; su mirada la devoraba. De nuevo se topó con sus ojos—. Pero no me mientas.

—Yo no miento. —Ella pudo darse cuenta de que él no le creía, pero se encogió de hombros. Ciertamente no mentía; pero tampoco revelaba toda la verdad—. Y este acuerdo es temporal, ¿sólo durará hasta que ya no queramos vernos más?

—Sí.

—El trato me parece justo —asintió. Él la estudió.

—No parece molestarte el hecho de que sólo sea temporal.

—De todos modos siempre es así —se encogió de hombros—. Con el tiempo me aburro. Es bueno saber que tú eres igual. Nos ahorraremos el drama cuando todo termine.

La mirada de Rick se afiló, pero no dijo nada por un largo rato. Finalmente le preguntó:

—¿Entonces ya fijamos los términos?

Para sentir los pies sobre la tierra, Gwen levantó el mentón.

—Siento que debo reiterarte que tú me irritas.

—Qué bueno, porque tú también me irritas. —Él bajó su boca, la acercó a la de Gwen y la besó tan profundamente que ella sintió que sus huesos se derretían de placer, justo como él se lo había prometido.

Cuando finalmente pudo respirar, estaba casi sin aliento y llena de deseo.

—Este sofá es muy cómodo.

—Gracias —respondió educadamente, frotándose en su cuerpo.

—Probablemente nos sentiríamos más cómodos con menos ropa.

—Okey. —Cruzó los brazos detrás de su cabeza y asintió—. Adelante.

Rick arqueó una ceja. Pero luego se sentó, se quitó la chamarra de piel y la puso a un lado. Luego siguió la camisa, y su pecho quedó al desnudo.

Ella se chupó los labios. Estaba marcado, era esbelto y fuerte. Ella quería que sus manos tocaran la musculatura, pero no las movió; bajó la mirada para contemplar la delgada flecha de vello que conducía a la pretina de sus jeans.

Rick se llevó una mano al cinturón y lentamente lo fue sacando, hasta dejarlo caer en el piso. Luego bajó la cremallera de sus jeans, que se abrieron de tal forma que ella pudo ver la ropa interior oscura y la punta endurecida de su erección empujando la tela.

—¿Te vas a detener? —Ella se chupó los labios.

—Hago una pausa. —Se sentó sobre sus talones, dándole espacio a Gwen—. Te toca.

Gwen se puso de pie, ardiendo en ganas. Se encogió de hombros, se sacó el suéter, lo aventó y luchó por quitarse la camisa que traía debajo. Dejó sólo el corpiño y siguió con los calcetines.

Por la forma en que él la había visto en traje de baño, sabía que le gustaba su cuerpo, así que se dejó contemplar en ese corpiño de encaje. Luego tomó una orilla de su prenda y la sacó por arriba.

—No usas sostén —le dijo con voz estrangulada.

—Eres tan astuto. Tus estudios de detective te sirvieron mucho.

—No tomé clases. Mi papá me enseñó.

Ella lo observó, con curiosidad.

—¿Tu padre también es investigador privado?

—Y mi abuelo. Todos en la familia.

—Interesante. —En la familia de Gwen la codicia era la norma. Y el egoísmo. Afortunadamente, ella había logrado escapar sin heredar ninguno de esos atributos.

Él le jaló la pretina del pantalón.

—Quítatelo también.

Gwen se sacó los pantalones y los arrojó a la pila de ropa. Lo escuchó tragar saliva. Ocultando una sonrisa de satisfacción, se recargó y dejó que la contemplara hasta saciarse.

—¿No usas ropa íntima? —dijo finalmente, sin tocarla aún.

El deseo que ardía en sus ojos la excitó. Esto de esperar era parte del juego que él quería jugar, y ella estaba de acuerdo. Era emocionante, y quería gozarlo.

—Casi nunca. Ahora que Olivia y yo somos amigas, a veces sí uso. Siempre me regala lencería de su tienda.

—Por favor. —Rick cerró los ojos—. Ya saturaste todos mis sentidos. No creo que sobreviviré si también visualizo eso.

—Tengo uno fabuloso, de encaje rojo... —sonrió Gwen.

La cubrió y le robó las palabras de la boca con los labios.

El roce de los cuerpos fue succulento y empalagoso. Ella gimió cuando él la rodeó y llenó todos sus sentidos. Con ganas de más, ella acarició todo su cuerpo, sintiendo sus músculos tensos, erectos al tacto. Enredó las piernas con las de Rick y lo acercó lo más que pudo con los pantalones todavía puestos.

Él sofocó una maldición sobre sus labios, mientras trataba de quitarse los jeans. Ella metió la mano en la parte trasera, tocó sus firmes glúteos y él finalmente sacó del bolsillo lo que había estado buscando.

Un condón. La vista del mismo hizo que Gwen sintiera deseos de desgarrarle el resto de la ropa... *sin perder un segundo*.

—Apúrate —presionó.

Él resopló, se levantó, se quitó el resto de la ropa y se puso el condón. De nuevo estaba encima de ella; un segundo después entró en su cuerpo.

Ella no había tenido sexo en mucho tiempo y él estaba muy grande. La penetración hubiera sido dolorosa si Rick no hubiera tenido tanta paciencia. Entró un poco en ella, salió y luego intentó de nuevo, una y otra vez, hasta que ella estuvo llena de necesidad. Gwen no podía estar más excitada; en seguida Rick metió la mano entre los cuerpos y presionó con el pulgar justo donde ella más deseaba.

Muchísimo.

Todavía quería más.

Ella se relajaba y se tensionaba al mismo tiempo, y él la penetró hasta el fondo de su ser.

Gritando, ella asió su cuerpo y se aferró a él.

—¿Quieres más? —preguntó él con voz ronca.

—¿Todavía lo preguntas? —Enredó las piernas en la cintura de Rick y se adhirió a su cuerpo.

—Si no tenemos cuidado, nos caeremos —advirtió él.

—Entonces hay que caerlos. —Gwen ladeó el cuerpo y los dos cayeron del sofá.

Rick se volteó para que ella cayera encima, luego se dio la vuelta para de nuevo mirarla desde arriba.

—Así está mejor. Más espacio.

Él aprovechó el espacio, se extendió sobre ella, rodó con ella.

Atrapada en una red de piernas y brazos sudorosos, Gwen perdió la noción de dónde terminaba su cuerpo y en qué punto comenzaba el de él. La intensidad aumentó, se disparó al cielo con cada caricia, con cada beso ardiente, hasta que ella sintió que iba a explotar.

Y luego, sucedió. Gritó, con la cabeza dándole vueltas, viendo estrellitas, escuchando los gemidos de Rick y sintiendo cómo se endurecía un momento después.

Une grande passion, hubiera dicho su abuela. Con los ojos cerrados, Gwen trató de respirar. No había esperado vivir una pasión tan grande jamás, mucho menos con Rick. Sonrió. Esto era bueno. Mucho.

—Ésa es una sonrisa de felicidad —murmuró él, haciéndose a un lado.

—No seas vanidoso.

—No te preocupes. —Dibujó sus labios con el dedo—. Además, yo también estoy razonablemente contento.

Ella abrió los ojos.

—¿Razonablemente?

—Quizás un poco más que eso —dijo y le dio un beso—. Es que no quería que tú tampoco te envanecieras demasiado.

CAPÍTULO NUEVE

—ESO YO NO LO puedo aceptar, Desmond —dijo Elizabeth por el auricular, poniendo su taza sobre el mostrador con tanta fuerza que Camille se sorprendió de ver que no se rompía—. Dame otra respuesta.

Camille sorbió su té tratando de sentir la calma que la ilustración de la bolsita había prometido. Ya debería estar acostumbrada a esto. Sus mañanas habían sido iguales toda la vida: comer avena en la mesa de la cocina mientras su mamá le gritaba a gente por el teléfono para obligarlos a aceptar entrevistas.

Al menos, cenaría con Dylan. Él tenía que volar a Nueva York para reunirse con su representante y con su editor, pero cuando regresara irían a cenar.

Sólo era una cena amistosa, se dijo a sí misma sin hacerse ilusiones desproporcionadas.

Pero no podía evitarlo; cada vez que pensaba en eso le brotaba una sonrisa.

—Si quieres que esto aparezca en el *New York Times*, tendrás que decirme una fecha ahora —gritó su mamá—. ¿Crees que improviso mi trabajo? Lleva tiempo planear una buena entrevista.

La sonrisa de Camille desapareció al ver lo disgustada que estaba su mamá. No entendía nada. ¿No se suponía que la miel atrae a las moscas? Pero este estilo de confrontación le funcionaba a su mamá. Lo más raro es que todo el mundo hablaba bien de ella.

Por supuesto, eso podría ser porque querían lamerle las botas. Elizabeth Bernard era una escritora prodigio.

Si alguien le hubiera dicho a que a Camille que a los veintiocho todavía estaría viviendo en casa de su mamá, escuchando cómo Elizabeth abusaba de los demás, habría saltado del puente Golden Gate. Odiaba estar ahí, por tantas razones que no podría nombrarlas todas. Meneó su avena que se había convertido en una masa grisácea y café, poco apetitosa.

Elizabeth aventó el aparato de teléfono.

—Vaya, eso fue una pérdida de tiempo.

Camille observó el teléfono rodando en el mostrador. Era sorprendente que su madre no los rompiera más seguido. Camille recogió su tazón y su vaso, los enjuagó y los puso en la lavadora de trastes.

—Nos vemos.

—¿Vas al trabajo? —Elizabeth se recargó en la mesa y sacó un cigarro. Camille odiaba ver fumar a su mamá.

—Ojalá dejaras eso.

—Si todos nuestros deseos se cumplieran... —Elizabeth prendió la punta y aspiró, dejando escapar el humo por un lado—. ¿En qué estás trabajando? ¿Tienes un reportaje sobre los

chiclosos?

Camille escuchó el desprecio en la voz de Elizabeth y sintió que sus entrañas se llenaban de rebeldía. Pero ese día no podría pelear con su mamá. No podía darse el lujo de empeorar su estado de ánimo. Extendió el brazo cerca de ella para abrir la ventana.

—Tengo una entrevista.

—Yo también. De hecho, en diez minutos debo marcarle al procurador. —Vio su muñeca como si trajera reloj, aunque nunca los usaba—. ¿A quién vas a entrevistar, Camille?

A una pintora de calabazas. De tan sólo pensarlo su estómago se revolvía.

—A una artista local.

—Qué belleza. —Su mamá sonrió hipócritamente.

Eso era un talento especial que tenía Elizabeth, hacerla sentir como una perdedora perpetua.

—¿Quieres que hable con tu editor, Camille? —Su mamá tiró las cenizas en el fregadero—. Puedo obligarlo a que te asigne mejores temas.

—No. —Se estremeció de pensar que su mamá podría entrar hecha una furia a la oficina de Mac—. Yo me encargo de esto. De hecho, esta asignación es muy buena —mintió.

—¿Estás segura? Después de todo, Reginald Waters y yo somos muy buenos amigos.

Aquí era donde su mamá le recordaba que la única razón por la cual estaba trabajando en un periódico era porque ella era "muy amiga" del dueño.

—No lo dudo; pero no, gracias —se obligó a sí misma a decir.

Su mamá la estudió mientras echaba humo sofisticadamente con el cigarro.

—Tú sabes por qué te puse el nombre de Camille.

No otra vez. Se estremeció por dentro.

—Sí, lo sé.

—Tu nombre es en honor de una amiga muy querida y una gran feminista. La Camille original no hubiera soportado que la trataran como a una nena y la enviaran al rincón. Ella hubiera defendido lo que quería, y lo hubiera arrebatado.

Por eso no era bueno ser la copia de un original; la copia siempre es una mala versión.

—Lo tomaré en cuenta.

—Por favor, Camille —dijo su madre, apagando el cigarro en un plato sucio. Sonó el teléfono y la joven suspiró aliviada cuando Elizabeth fue a contestar—. Querida —dijo su mamá en el auricular, con una sonrisa genuina iluminándole el rostro—, es un placer escucharte

Camille se escurrió para salir de la cocina, aprovechando que su mamá estaba distraída. Tomó su bolsa y caminó cinco cuadras para tomar el 24. No era la forma más directa de llegar a Laurel Heights, pero era la mejor opción; a menos, claro, que tomara un taxi. Con su sueldo, un taxi era un lujo que rara vez se daba.

No le había dicho precisamente toda la verdad a su madre cuando le informó que tenía una entrevista con una pintora de calabazas. Camille había tratado de llamar a la mujer —se llamaba Gwendolyn Pierce, según el boletín que le habían facilitado—, pero no pudo hablar con ella. Entonces decidió que lo mejor era ir a la tienda de la artista, hacerle un par de preguntas y todo solucionado.

Se bajó del autobús en la calle Sacramento y caminó el resto del trayecto hasta la tienda de calabazas; lentamente, porque sus tacones ya le estaban partiendo los pies.

Laurel Heights era un mundo completamente distinto a Valle de Hayes, donde vivían ella y su madre. Su mamá había comprado la casa cuando esa área aún estaba en proyecto; había crecido hasta convertirse en una zona residencial de moda, aunque no tan elegante como Laurel Heights.

Eran las once de la mañana. Cuando bajó por la Calle Sacramento, notó que las mujeres empujaban carriolas y cargaban bolsos Louis Vuitton que costaban más de lo que ella ganaba en un mes.

Camille sintió envidia, no por las cosas, sino porque se veían satisfechas. Ella no pertenecía a ese mundo. No era una mujer exitosa. No tenía un Mercedes. No salía a comer. Francamente, no tenía amigas con quien ir a comer. Sólo tenía a Dylan, y realmente él tampoco le pertenecía.

A veces, de noche, cuando estaba sola, quería que él fuera suyo.

Pero eso no iba a suceder. Claro, por medio segundo, cuando se conocieron, ella se había enamorado de él, pero lo había superado rápidamente.

Casi.

Perdida en sus pensamientos, casi pasó de largo, pero el colorido letrero de la tienda captó su atención. Se detuvo abruptamente y se asomó por la ventana.

El terciopelo negro envolvía todo el aparador y había una pantalla chica que servía de fondo. Las calabazas tenían complejos diseños asiáticos, esculpidos y pintados —koi, dragones, naturaleza— en vívidos colores. El efecto era rico y exótico.

Todo la impactó.

Dentro de Mi Maceta había más muestras de arte, similares a las que estaban en la ventana, y también había obra completamente distinta. Todo era impresionante. Ella había esperado que el arte en calabazas fuera puro kitsch o francamente ridículo. Tal vez artesanal, como aquellos rostros de Elvis que pintaban sobre terciopelo.

Tomó una calabaza que le pareció interesante; de hecho era un alhajero para guardar aretes. El acabado era satinado y suave, y el detallado de pavorreal en la superficie muy elaborado. Lo levantó para verlo más de cerca.

—Es uno de mis favoritos —dijo una voz alegre a sus espaldas.

Camille se dio la vuelta, desconcertada.

Una mujer salió de atrás dando brinquitos. Era una llamarada de color, con rizos largos e intensos, una túnica rosa, mallones anaranjados y pequeños tacones rojos. Se vestía como una artista bohemia; pero esa imagen vaga y ausente que tiene la mayoría —al menos los artistas que ella había conocido por medio de su mamá— estaba ausente. Esta mujer lucía alerta. Y feliz, como si estuviera satisfecha con su lugar en el mundo.

Camille sintió un poco de celos.

La mujer caminó hacia ella, con una sonrisa cálida y traviesa.

—De niña le tenía miedo a los pavorreales. Es curioso que ahora me fascinen. Trata de entender eso.

—Sí. —Camille dejó el alhajero en la mesa—. ¿Eres Gwendolyn Pierce?

La mujer dejó su aspecto feliz y se tornó precavida.

—Sí. Soy la dueña.

—Mi nombre es Camille Bernard. —Sacó una tarjeta de presentación y se la mostró—. Trabajo en el *San Francisco Daily*. Te dejé un recado. Estoy cubriendo la nueva exposición del Museo Young. Jennifer Brady, la curadora del museo, me dijo que tú ibas a participar. Quería hacerte un par de preguntas para un artículo que estoy escribiendo.

La Srita. Pierce vio la tarjeta y luego miró a Camille directamente a los ojos. Todas las bienvenidas previas fueron sustituidas por una fría amabilidad.

—No es un buen momento.

Camille vio a su alrededor. No había nadie más ahí. ¿Qué mejor momento podría haber? Elizabeth diría eso, e insistiría en una entrevista frente a frente.

Ella también lo haría. Sacó una libretita y prosiguió:

—¿Cuándo es el tiempo de calabazas? ¿Y qué pasa si hay escasez de calabazas?

—¿Escasez?

—Por ejemplo una plaga, que acabe con la cosecha de un año. ¿Quién se queda con el resto de las calabazas?

—Si se pierde la cosecha de calabazas, ¿no significaría que nadie tendría calabazas?

—Supongo. —Camille vio la siguiente pregunta—. ¿Has pensando en qué harías si perdieras una mano? ¿O si te quedaras ciega?

La Srita. Pierce se quedó boquiabierta por alguna razón.

—¿Eso es lo que quieres poner?

—Son el tipo de preguntas que la gente quiere hacer realmente. —Su mamá siempre le había dicho que las preguntas difíciles eran las que había que formular.

—¿No crees que la gente quiere saber qué es lo que me inspira como artista? ¿O de dónde saco mis ideas?

—Eso parece muy aburrido. —Camille hizo una mueca.

La artista meneó la cabeza.

—¿Por qué no te digo mejor que me honra ser parte de la exhibición y lo dejamos así? Estoy segura de que eso es lo que necesitas oír.

—Pero tengo preguntas. —Camille cerró su cuaderno, frustrada. ¿Por qué era tan importante esta entrevista?—. Está bien. Puedo volver luego. ¿Cuándo puedes recibirme?

Al parecer la Srita. Pierce quería responder que nunca.

Justo entonces se abrió la puerta y entró una mujer, lo cual hizo mover la campanita de la entrada. Era alta con pelo rubio y largo, vestida con un pantalón de yoga sumamente estrecho que ceñía sus esbeltas curvas.

Gwendolyn se dirigió a la mujer sonriendo. Si Camille no se equivocaba, había un dejo de alivio en su sonrisa.

—Bienvenida a Mi Maceta. ¿En qué te puedo servir?

La mujer parpadeó y luego asintió lentamente con la cabeza.

—Este... Sí. Supongo que busco una calabaza.

—Éste es el lugar adecuado —dijo Gwendolyn felizmente. Se volvió hacia Camille—: Gracias por venir, y buena suerte con tu artículo.

Sabiendo que Gwen casi la había corrido, Camille murmuró algo apropiado y salió de la tienda, sintiéndose derrotada. ¿Cómo iba a convertirse en una estupenda periodista si ni siquiera una pintora de calabazas accedía a hablar con ella?

Claro, aquella mujer verdaderamente era una artista excepcional. A Camille no le sorprendería que la señorita Pierce ganara un sitio en la colección permanente del Museo Young. Lo merecía.

Eso no explicaba por qué había rehuido la entrevista. Incluso a los apicultores les había encantado la publicidad gratuita. La tejedora de tapetes que Camille tenía que entrevistar se moría por contarle la historia de su vida.

¿Por qué Gwendolyn Pierce no quería hablar?

¿Acaso Gwendolyn Pierce tenía un negocio ilícito? ¿O acaso —Camille perdió el aliento— un ejército de trabajadores chinos que habían sido esclavizados para producir sus calabazas?

O quizás tenía un cadáver congelado en la trastienda.

Caminando por la calle, Camille miró otra vez la tienda por encima del hombro. Mi Maceta. Definitivamente, sí: ahí había gato encerrado.

GWEN SUSPIRÓ ALIVIADA en el momento en que la puerta se cerró. Siempre le había tenido aversión a los reporteros, especialmente desde su huida. Y se notaba que Camille Bernard tenía hambre en la mirada, y sería capaz de cortarse una pierna a cambio de una buena exclusiva.

—Entonces... —Lola se recargó sobre un mostrador y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Estábamos diciendo que estoy desesperada por comprar una calabaza.

—Qué bueno que te diste cuenta a tiempo —sonrió Gwen—. Gracias por seguirme la corriente.

—¿Quieres decirme por qué armamos ese teatro?

—Esa mujer era reportera.

Lola se interesó.

—Me encantan los reporteros.

—¿Sí? —Gwen hizo una mueca.

—Claro, porque es publicidad gratuita —se encogió de hombros, sin pretender una disculpa—. Cuando tienes presupuesto de escritor, aceptas toda la publicidad que puedas conseguir, sobre todo si es gratuita.

Gwen sabía que Lola no era una escritora pobre, como fingía serlo. De hecho, después de que Lola se había mudado al piso de arriba y se habían presentado, Gwen había buscado los libros de esta mujer. Lola era autora de novelas de romance y ya tenía doce libros publicados. El más reciente había estado en las listas de best-sellers del *New York Times* durante varias semanas.

—Creo que a ti también te caería bien la publicidad —dijo Lola.

—Soy una persona reservada. —Para cambiar de tema antes de que Lola y su naturaleza inquisitiva se entrometieran demasiado, Gwen preguntó—: ¿Y qué te trajo por aquí?

—Ah, claro. Quiero invitarte a cenar.

—¿Pizza y champaña? —preguntó Gwen, animada.

—Definitivamente. Y acabo de recibir el último musical de adolescentes que se estrenó en Netflix.

—¿Es pésimo?

—Nunca había leído comentarios tan malos —respondió Lola alegremente.

—Sí. —Si Lola no se hubiera mudado arriba, Gwen jamás habría conocido los placeres de las películas musicales sin trama. Su favorita era *Un paso adelante 2*. Se había aprendido casi toda la coreografía.

Lola se paró muy erguida, y vaya que era una mujer alta.

—¿A qué hora cierras?

La puerta se abrió justo cuando Gwen iba a responder. Se endureció, pensando que la reportera había vuelto.

Pero no era ella. Era Rick Clancy quien entraba a la tienda.

Gwen empezó a sonreír, feliz de verlo, pero luego recordó que estaba molesta con él. Habían pasado días sin que él se comunicara, desde aquella noche en que... ¿Qué? ¿Habían tenido sexo? Más que eso. ¿Acaso habían hecho el amor? Eso era una exageración.

Lola levantó las cejas y se llevó la mano a la garganta cuando lo vio. Gwen no podía culparla: Rick lucía particularmente delicioso esa tarde, en jeans y chamarra de piel.

Y él sólo tenía ojos para ella; eso era algo que a ambos les preocupaba y los complacía también. Los complacía porque Lola era una rubia voluptuosa con piernas interminables. Una muñeca Barbie, como ella misma se describía. Pero Rick no parecía advertirla.

Y esto le preocupaba a Gwen porque era una idea terrible tener *toda* su atención puesta en

ella. Aunque con aquella tregua de por medio, Gwen no sabía si él estaba interesado en ella o sólo quería descubrir sus secretos.

Gwendolyn hizo lo lógico.

—¿Qué haces aquí?

Él se metió las manos en los bolsillos, con expresión agria.

—Yo me pregunto lo mismo.

Lola carraspeó. Fuerte.

Gwen torció los ojos.

—Ella es mi amiga, Lola. Viva arriba y ya se iba.

Con sonrisa resplandeciente, Lola extendió la mano.

—Es un placer conocerte, aunque no sé quién eres.

—Rick Clancy. —Él le mostró su sonrisa diabólica.

Gwen no tenía idea de cómo Lola lograba mantenerse de pie. Si él la hubiera visto de esa manera, ella se habría derretido.

Su amiga obviamente no tenía ese problema, porque le hizo un coqueteo descarado antes de ver a Gwen con mordacidad.

—Me avisas si necesitas cambiar de planes.

—No los cambiaremos —prometió Gwen.

—Ajá —dijo su amiga, aunque sus ojos gritaban *Mentirosa*. Se dirigió a la puerta y se volvió para guiñarle el ojo a Gwen y hacerle una señal de aprobación.

Gwen torció los ojos. Esperó a que se cerrara la puerta para hablar con Rick.

—¿Por qué viniste?

—Hace frío afuera —frunció el ceño.

—Esto es San Francisco —asintió Gwen con la cabeza—. Siempre es así en agosto.

—No quería que te fueras a casa patinando en la niebla —explicó. Tomó una calabaza y la analizó.

Ella apenas resistió el impulso de arrebatarle su obra de arte.

—¿Por qué te preocupa la niebla?

—Porque es peligroso. Te llevaré a casa.

—No —meneó la cabeza vehementemente. De niña la habían tratado como a un frágil cristal y no estaba dispuesta a repetir la experiencia—. No eres mi protector. Además, tengo planes.

Él colocó la calabaza justo en el punto de donde la había tomado y la encaró.

—¿Qué clase de planes?

—Eso no te importa. Tú eres el que ha estado ausente, así que no me culpes si sigo con mi vida. —Se dio la vuelta para retirarse.

Rick la tomó de la mano cuando ya se iba y la jaló a su lado. Gwen pensó en quitarse, pero el roce se sentía bien. ¿Para qué guardar rencores?

—He trabajado mucho y te extraño —le dijo sujetando la parte de atrás de su blusa y la mantuvo cerca de él—. Así que esperaré y te llevaré a casa después de que hagas lo que tienes planeado. Y no porque no crea que puedas cuidarte, sino porque quiero estar contigo.

Ella se derritió de felicidad.

—¿Acaso tienes fiebre?

—Demencia senil prematura. —Rick la peinó con la mano, haciendo su cabeza hacia atrás.

Ella se pegó más a él. *Bésame*, quería susurrar.

—Sé que hay medicamento para eso. O tal vez te sirva una terapia de electrochoques.

—Ésta es la única terapia que necesito. —Descendió y puso su boca a la altura de sus labios.

Por fin.

Gimiendo, Gwen se enredó en él. Rick canturreó, haciéndola retroceder hasta que toparon con el mostrador. La cargó, la acomodó en el mueble y se metió entre sus piernas, besándola como si quisiera que aquello nunca terminara. Gwen lo abrazó con las piernas y lo hizo acercarse. Ella tampoco quería que esto terminara.

—Esto es lo que necesito —murmuró junto a sus labios.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella, y suspiró al sentir que Rick metía las manos debajo de su blusa.

—Contigo las acciones funcionan mejor que las palabras. —Recorrió su columna con las manos, tejiendo suavemente—. Cancela tus planes y llévame a tu casa.

Normalmente, ella no hacía esas cosas; pero esto que le pasaba con Rick no era normal. Francamente, Lola la molestaría toda la noche si no se lo llevaba a casa. Así que asintió con la cabeza.

—Pero sólo esta vez.

Él dio un paso atrás.

—¿En qué puedo ayudarte?

Gwen se bajó del mostrador de un brinco.

—En nada. Tengo que llamarle a Lola y luego cerrar. Siéntate. No me tardo nada.

Telefonó a Lola, que le contestó con un “obvio” cuando Gwen le dijo que Rick la llevaría a casa. Luego guardó el efectivo y los recibos de prisa, consciente de que él la observaba todo el tiempo. No podía ver otra cosa más que necesidad y deseo en su expresión.

Él la *deseaba*.

Gwen se estremeció, sintiendo la deliciosa marea de la anticipación. Casi podría perdonarlo por no haberle llamado en toda la semana.

Quizás después haría que se humillara un poco.

Dejó sus patines en la trastienda, tomó su bolsa y le sonrió a Rick.

—¿Listo?

—Sí. —Se paró y la siguió, con la mano en su espalda. Quizá se estaba engañando, pero ella lo sintió como una señal de posesión. Lo que más la sorprendió es que la tomara de la mano al salir para cerrar la puerta del negocio.

Vio sus manos entrelazadas mientras caminaban al auto. Se sentía bien. Cálido. Tierno. Como ella quería.

—¿Por qué arrugas la frente? —preguntó Rick al abrirla la puerta del auto.

—Por ningún motivo. —Él la miró y no le creyó—. Es que nunca pensé que fueras la clase hombre que toma a una mujer de la mano —explicó.

—Me gustan tus manos —fue todo lo que le dijo al cerrar la puerta. Pero después de acomodarse en el auto, tomó de nuevo su mano y no la soltó hasta llegar al departamento.

CAPÍTULO DIEZ

HABÍA SIDO UNA LARGA NOCHE. Rick había estado de guardia. El típico caso en el que la esposa sospecha que su marido le es infiel. Había estado en lo cierto, por supuesto, y Rick tenía fotos para demostrarlo.

A veces su trabajo era desmoralizante. Era difícil creer que en verdad había gente honesta. Es difícil confiar en alguien cuando todo lo que ves es el lado malo de la gente.

Había pensado en irse a su casa después de entregarle las fotos a su clienta y dormir toda la mañana. *Sí* se había ido a casa, pero la cara de la mujer cuando le entregó las fotos lo había dejado perturbado. Lo que en verdad lo había alterado fueron las miradas tristes de los niños pegados a los pantalones de su mamá, presintiendo que algo andaba mal con ella, sin saber que su mundo estaba a punto de cambiar para siempre.

A veces odiaba su trabajo.

Se había ido a su casa con la intención de acostarse pero no había podido conciliar el sueño; por eso se había levantado, se había tomado una taza de café y había hecho lo único que se le ocurrió: ir a la tienda de Gwen.

¿Por qué? Iba negando con la cabeza mientras buscaba un estacionamiento a dos cuadras de su tienda. Sabía que la gente no puede ser honesta, y pese a ello, buscaba el cariño de la única persona en su vida en la que no podía confiar.

Eso no estaba nada bien.

Después de estacionarse, fue directo a la tienda. Gwen y la mujer con la que hablaba interrumpieron la conversación y lo miraron. Su amiga era la misma rubia de antes; obviamente eran buenas amigas. La rubia era de su tipo, pero a él no le interesaba en lo más mínimo. Su cuerpo no reaccionó ante ella; ni siquiera hubo un chispazo.

Pero vio a Gwen y todo su cuerpo vibró. Fue directo hacia ella, alzó su pronunciado y pequeño mentón y le plantó un gran beso.

El beso no tuvo nada de dulce. Fue candente y carnal y borró toda la noche y toda la mañana de su mente.

Alguien carraspeó. Tardó un momento en comprender que era la otra mujer. Levantó la cabeza y le frunció el ceño.

La rubia parecía estar muy divertida. Le guiñó el ojo y luego vio a Gwen.

—Me voy antes de que él me saque. ¿Nos vemos mañana?

—Sí. —Gwen asintió con la cabeza—. Gracias de nuevo.

—Fue un placer. —La mujer le guiñó el ojo a él y salió.

Rick fue tras ella, pero sólo para cerrar la puerta y cambiar el letrero a *Cerrado*.

—¿Qué haces?

—Asegurando nuestra privacidad. —Caminó hacia ella—. ¿Está bien?

—¿Puedo opinar en el tema?

—Sí.

Apretó los labios pensativa.

—¿Vas a besarme igual que la otra vez?

—Definitivamente.

—Entonces no tengo ningún problema. —Caminó hacia él, lo prendió de la camisa y plantó su boca sobre sus labios.

Contacto; era todo lo que él quería, lo único que necesitaba. Se sintió relajado, aun cuando su cuerpo estaba tenso. Dejó sus dedos correr entre el pelo de Gwen y gruñó de gusto.

—Vamos atrás —musitó en su boca.

No se lo dijo dos veces. La cargó en brazos y la llevó por el pasillo que ella le había señalado, hasta un cuarto en la parte trasera.

Había una mesa larga con toda clase de instrumentos y ollitas. Instintivamente, él supo que era territorio sagrado, así que la puso junto al fregadero que estaba libre de obstáculos.

Ella tomó su cabeza y lo besó como si de ello dependiera su vida; sus piernas se enredaron firmemente alrededor de sus caderas, acercándolo a su cuerpo.

No hubo palabras, sólo acciones. Él le bajó los mallones y se fascinó al ver que no traía otra cosa y estaba desnuda. Sintió las manos de ella que desabrochaban los jeans y sacaban algo. Su cabeza cayó involuntariamente hacia atrás, con la impresión que le causó de aquella caricia, electrificante e instantánea.

Buscó un condón en su bolsillo.

—No puedo esperar más.

—Bien. —Ella se frotó sobre él, como si fuera un juguete para su placer.

—Eso no me ayuda —dijo él mientras luchaba para abrir el paquete.

—Pero a mí sí.

Rick logró separarse lo suficiente para colocar el hule sobre su endurecido miembro y penetrarla lentamente.

Ambos gimieron.

Perfecto. Él sujetó sus caderas, deseando congelar el momento en el tiempo y sentirlo con el mismo deseo que lo impulsaba a empujar y tomarla.

Ella empezó a marcar el paso cuando comenzó a girar sus caderas sobre él.

—Si vas a entrar a mi tienda y alterar mi día, al menos deberías hacer tu parte.

—¿Me estás retando?

—Eso espero.

Él se detuvo y sonrió al verla.

—Gracias.

Ella frunció el ceño.

—Eso es un poco prematuro, ¿no? Todavía no has hecho tu trabajo.

—¿Quieres que me concentre?

—Eso es exactamente lo que acabo de decir.

Él la penetró, una y otra vez, y no hubo tiempo para palabras u órdenes. Sólo emociones, y eran emociones muy *buenas*.

Él metió la mano debajo de su blusa y encontró su seno desnudo —*Dios mío*— y un pezón erguido. Ella gritó cuando él la tocó, y dado a que quería oírla gritar de nuevo, metió su mano en la entrepierna y la tocó de nuevo, esta vez donde más contaba.

Los dedos de ella se clavaron en el cuerpo de Rick y Gwen dejó caer la cabeza.

—*Mon Dieu* —soltó ella, justo antes de qué el sintiera cómo se apretaba alrededor de su miembro.

Él sintió su clímax y la siguió inmediatamente, sin poder resistir más. Abrazándola para que no pudiera zafarse, la penetró una vez más y la siguió hasta el infinito. Chocaron con la pared de atrás, jadeando, con las frentes juntas.

—Me da gusto que hayas venido —ella fue la primera en hablar.

—A mí también —rió él sin aliento.

—Estuvo muy bien.

—Sí, lo sé.

Luego ella le dijo:

—¿Quieres decirme qué te está molestando?

Él alzó su cabeza para mirarla.

—¿Lo notaste?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero creo que ya te sientes mejor.

—Así es —frunció el ceño.

Sobre su bello rostro cayó un velo de tristeza.

—Te molesta que te ayude.

—Me molesta no saber nada de ti. —Recordó cómo ella había exclamado en francés mientras hacían el amor—. Por ejemplo, nunca me dijiste que hablabas francés.

Él se dio cuenta que ella se retraía, se distanciaba de él, aunque no se movió.

—Mucha gente habla francés —dijo Gwen con cautela.

—Pero no con la fluidez que tienes cuando sientes un orgasmo.

Ahora sí ella se alejó.

—Sabía que por algo me estabas investigando.

Él quería abrazarla de nuevo y mantenerla cerca, pero la distancia entre ellos de pronto fue vasta.

—No te estoy investigando. Te estoy haciendo una observación.

Ella se sentó, tomó su blusa que estaba en el piso junto a ellos y se cubrió el pecho.

—Quizás esto no fue una buena idea.

—Fue una idea estupenda. —Él también se sentó. Notó cómo los ojos de ella devoraban su desnudez. Eso era bueno, porque que ni creyera que ya había terminado todo lo que quería hacerle.

—No lo sé. Obviamente quieres descubrir mis *secretos* —hizo el signo de comillas con los dedos— y aún no me agradas.

¿No le agradaba? Rick afiló la mirada.

—Hace rato parecía todo lo contrario.

—Te deseo, pero *ésa* es otra historia. —Gwen agarró su pantalón. Rick se lo quitó, lo hizo a un lado y gateó hasta llegar junto a ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras se recostaba debajo de él.

—Te voy a demostrar lo mucho que te agrado. —Tomó su cabeza con ambas manos y le dio un besó en la comisura de la boca.

—¿Por qué te importa tanto que me agrades? —preguntó Gwen, con ojos grandes e impenetrables—. Esto es sólo sexo.

Él no sabía por qué le importaba, y para él esto no era “sólo sexo.” Cuando él la tocaba, su

mundo estallaba, y eso no era normal.

—Mi ego no lo soporta —bromeó.

Gwen rio, pero no hizo nada para zafarse.

—Y dices que *yo estoy loca*.

—Yo te gusto. —La besó de nuevo, en la mandíbula. Y luego en un rincón de su cuello que la hizo estremecer de placer.

Ella se derritió debajo de él. Cuando hablaba, su voz estaba llena de deseo.

—Tendrás que hacer mucho más que eso para convencerme.

—No te preocupes. —Rick deslizó su mano sobre sus sutiles curvas, hasta su centro.

Las uñas de colores penetraron los hombros de Rick y Gwen gimió al abrir las piernas.

—No hay manera de discutir contigo.

Él empezó a besar su cuerpo en camino descendente.

—No has visto nada, princesa. Estoy a punto de dejarte sin palabras.

CAPÍTULO ONCE

GWEN ESTABA parada en el taller, en la trastienda, estudiando las calabazas que había terminado para la muestra del Museo Young. Siempre le preocupaba la calidad, pero esta vez había puesto especial esmero en elegir las calabazas correctas. Había dedicado más tiempo y puesto más cuidado en su creación. Meticulosamente las había vaciado, secado y pintado, y después curado.

Los productos terminados eran mejores de como los había imaginado. Eran maravillosos, y eso que ella era muy crítica de su trabajo.

En vez de hacerlas brillar con laca, había optado por algo más oscuro y sombrío. Alrededor de las calabazas había pintado amantes envueltos en pasionales abrazos.

Debía agradecerse a Rick. En los últimos dos meses en que se habían estado viendo, él le había abierto los ojos a un mundo nuevo y sensual.

Dos meses. Gwen meneó la cabeza sin poder creerlo. *Se habían visto* era la expresión adecuada; decir que habían sostenido una *relación* era demasiado. Sólo se estaba viendo para tener sexo pasajero. Excelente, pero pasajero.

Gwen se dijo a sí misma que a no le molestaba esta situación. Casi siempre se creía su cuento.

Empacó las calabazas para el museo y luego, sintiéndose inquieta, fue al Café Sabio para saludar a Eve. Cuando entró al café, Maggie, la barista, la saludó desde el mostrador.

—Eve está en Matices Románticos —dijo Maggie antes de que Gwen le preguntara—. Se está preparando para tener una cita candente con Treat. Aunque de seguro cualquier cita con Treat es candente.

—Ya lo creo. —Aunque ella nunca había babeado al ver a Treat como todas las mujeres, sabía que su aspecto de muchacho travieso era atractivo, y él sí *tenía* un trasero admirable, pero no era tan guapo como Rick. La primera vez que había visto a Rick, sus feromonas la hicieron babear como idiota. Luego él la había insultado y ella había dejado que su lengüita se soltara.

Sonrió con satisfacción. A veces seguían jugando a molestarse mutuamente. Era divertido estar con él y discutir.

Con una galleta de chispas de chocolate para el camino, Gwen se despidió de Maggie y fue a la tienda de lencería de Olivia.

Cuando entró a Matices Románticos, sintió como siempre que había entrado a la alcoba de su mejor amiga. Los tocadores con los cajones abiertos, coloridas cascadas de seda saliendo de ahí; pilas de encaje sobre mesas blancas, suaves cortinas y sillas forradas de terciopelo con cojines. Era brillante, la forma como la tienda envolvía a la cliente, atrapándola entre seda y calor, retándola a asimilar su sensualidad.

Olivia miró desde el mostrador donde trajinaba.

—Hola. Qué sorpresa.

—Maggie me dijo que aquí estaba Eve, y yo necesito relajarme, así que vine a visitarlas.

—Llegaste justo a tiempo. —La voz de Eve se escuchó desde el vestidor.

—Tengo un nuevo juego que es perfecto para Eve —sonrió Olivia.

Eve asomó la cabeza entre cortinas de terciopelo.

—O sea que es perfecto para Treat. Una buena vendedora sabe quién es el verdadero cliente.

—¿Y qué tal?

—Me veo como si tuviera senos. A Treat le va a encantar, cuando lo traiga puesto y cuando me lo quite. —Le guiñó un ojo y Eve volvió al vestidor.

Gwen vio su pecho. Ella nunca se ponía algo más que un corpiño, y a Rick parecía gustarle su desnudez. ¿Acaso le gustaría encontrar una sorpresa debajo de su ropa?

—¿Tienes algo que yo pueda lucir? —se dirigió a Olivia.

Olivia parpadeó sorprendida, pero pronto se recuperó.

—Tengo algo perfecto. Espérame.

Mientras Olivia iba por la prenda, Gwen se acercó a una mesa que tenía un corsé negro que pudo haber sido un instrumento de tortura. Frunciendo el ceño, lo tomó y lo inspeccionó desde todos los ángulos. ¿Acaso las mujeres se ponían esas cosas por voluntad propia? Era el precio de complacer a un amante, supuso.

Olivia volvió con una pieza brillante y diminuta en la mano.

—Pruébate esto; yo estoy segura de que te quedará bien.

—¿Y esto? —preguntó levantando el corsé negro.

—No, ése no te queda bien. —Olivia arrugó la nariz—. ¿Te gusta?

—En cuanto a la lencería soy un lienzo en blanco —Gwen se encogió de hombros.

—Bueno, el negro no es tu color —repuso, y le entregó la ropa de encaje—; ponte esto. Te quedará mucho mejor.

—Confía en ella, Gwen —le dijo Eve cuando Olivia salió del vestidor—. Sabe lo que hace.

Y vaya que lo sabía, como comprendió dos minutos después en el vestidor. Eran perfectos. Gwen se vio desde todos los ángulos en el espejo. Un anaranjado brillante que hacía relucir el blanco nevado de su piel y los destellos de cobre que se había puesto en el pelo dos semanas antes.

Lo mejor de todo era que se sentía increíblemente cómodo; no picaba ni le molestaba, como ella recordaba la ropa interior. Las copas eran suaves y sin varillas, escotadas. Los delgados tirantes eran delicados y casi inexistentes. Las pantaletas tampoco eran invasivas; eran ligeras y delicadas, excitantes por su cobertura parcial.

Y ella lucía sexy. Podía ver la parte oscurecida de su pezón a través del encaje y, de algún modo, eso la hacía verse más atractiva que cuando estaba desnuda.

Trató de imaginar la reacción de Rick cuando la viera. A él le gustaría. Mucho.

Se vistió y salió del probador para encontrarse con Olivia y Eve, que la estaban esperando, con gran expectación. Gwen sonrió y se lo entregó.

—Me lo llevo.

—¿Cómo se llama? —sonrió Eve.

—¿Por qué creen que hay un hombre de por medio? —se sonrojó.

—Porque no te gusta la lencería —dijo Olivia cuando tomó la prenda.

—Me gusta la lencería. —Al ver sus caras incrédulas, agregó—: En teoría.

Olivia empezó a envolverlo en papel de china.

—¿Es Rick?

Si su cara antes ardía, ahora estaba totalmente envuelta en llamas. Se puso las manos en las mejillas.

—¿Es tan obvio?

—Sí —sonrió Olivia—. Pero fue obvio desde la primera vez que se conocieron.

—Como adolescentes enamorados —dijo Eve con una sonrisa divertida—. Nada más faltó que te jalara las trenzas.

—No es nada serio —dijo Gwen rápidamente, para que no tuvieran una impresión equivocada—. Sólo estamos...

—¿Jugando? —dijo Olivia con una sonrisa traviesa.

—Sí —frunció el ceño—. Es raro.

Eve se recargó en el mostrador junto a ella.

—¿Raro por qué? ¿Porque le gustas? Eres guapa e inteligente. La única razón por la cual los hombres no andan detrás de ti es porque tienes un muro a tu alrededor.

—Rick obviamente supo escalar ese muro —dijo Olivia con un guiño, y le entregó la bolsita con la ropa.

Ella no les dijo que él había escalado el muro muchas veces en las últimas semanas. De hecho, esperaba que lo trepara de nuevo esa noche.

Las cosas habían cambiado entre ellos. Él no se lo había dicho abiertamente, pero Gwen creía que ahora confiaba un poco más en ella. No del todo, pero se dijo que nada de eso era importante. Lo que *sí* importaba es que parecía que ya no la estaba investigando. Sabía que tenían un acuerdo, pero no pensó que él lo acataría. Era una persona demasiado curiosa.

Además, aunque siguiera investigando, si él iba a descubrir algo, ya lo hubiera hecho. Era demasiado bueno como investigador. Y si aún no sabía nada, eso quería decir que ella había borrado muy bien todas sus huellas y estaba a salvo.

¿Acaso se estaba creando una falsa sensación de seguridad?

¿Acaso eso importaba? La relación no iba a durar; no sin contarle a él todo su pasado, y ella no podía hacer eso. No podía decírselo a nadie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Olivia, astuta como siempre.

—Nada. —Sonrió para disfrazar sus emociones, como su mamá le había enseñado de niña—. ¿Cuánto te debo?

—Es un regalo —dijo su amiga alzando la mano—. No protestes. Piensa que soy una vendedora de drogas. Te enredo para que vuelvas por más.

—Aunque ella no quiera, *Rick* definitivamente la hará volver —dijo Eve con una sonrisa disimulada.

—Eso espero. —Gwen se quedó a platicar unos minutos más, pero Rick no se salía de su mente, ni el hecho de que a ellos les quedaban pocas noches juntos.

RICK IBA CONDUCIENDO a casa de Gwendolyn, pensando en cómo iba a desnudarla. Otra parte de él estaba muy feliz de simplemente estar junto a ella, en silencio, tomándola de la mano.

Evidentemente, estaba perdiendo la batalla.

Por supuesto que sí. Meneó la cabeza, pensando en lo distraído que había estado durante el día. Había revisado los antecedentes de un cliente y en lo único que había podido pensar fue en sus carnosos labios y su pelo suelto, que le hacía cosquillas en la nariz cuando se acurrucaban.

Como si ella presintiera lo mucho que Rick necesitaba disiparse, le preguntó con ese tono

sarcástico que hacía que a él le dieran ganas de darle unas buenas nalgadas y besarla al mismo tiempo:

—¿Cómo te fue hoy, mi cielo?

Él la observó.

—Fue un día largo.

—¿Y duro? —preguntó sonriendo.

—Ya quisieras.

—Lo sé —carraspeó Gwen, sonrojándose—. No me dijiste cómo te fue hoy.

—Igual que siempre.

—¿Te asomaste a la recámara de muchas mujeres?

Sólo había una recámara en la cual él estaba interesado, y sus planes eran entrar, no sólo asomarse.

—Una vez descubrí a una mujer, a la cual me habían contratado para checar, teniendo relaciones con la nana.

—Y seguramente fue tu día más feliz.

—De todo el mes.

—¿Checar? —Gwen apretó los labios—. ¿Ése no es un anglicismo?

—Eso parece. —Se estacionó a una cuadra de su departamento y ambos salieron del vehículo.

—Ven —dijo Gwen y de nuevo tomó su mano.

—¿A dónde vamos? —preguntó Rick cuando vio que ella se alejaba de su casa.

—Quiero nadar.

Rick recordó ese diminuto bikini amarillo y se endureció al instante.

—No traigo traje de baño.

—¿Lo necesitas?

Él casi aplaudió, pensando en la posibilidad de estar en el agua con el cuerpo desnudo de Gwen en sus brazos. Sus dedos ansiaban tocar todo su cuerpo, saquearlo.

Aunque el incentivo era poderoso, se detuvo frente al portón, viendo cómo Gwen trepaba la reja con facilidad. Presionó la cara en los barrotes, sonriendo como una niña malvada, con los ojos chisporroteando por la aventura.

—¿Qué esperas?

—Al Rottweiler y a los guardias uniformados.

—Ya te dije —torció los ojos—. Candace me deja usar su piscina cuando quiero. Pero no sé dónde puse la llave.

—Además, es más divertido trepar la reja, ¿verdad? —dijo Rick, mientras pegaba el salto.

Ella sonrió y corrió hacia la parte trasera.

Él memorizó el nombre de Candace, junto con el número de la casa. Sería muy fácil averiguar quién vivía ahí. Por alguna razón, sabía que Gwendolyn le había dicho la verdad.

Lo cual significaba que estaba más perdido que nunca.

Llegó a tiempo para ver cómo se quitaba la chamarra y los zapatos. Dándole la espalda, se sacó la blusa y la dejó encima de la pila antes de quitarse los pantalones y los calcetines. Luego se dio la vuelta.

Al verla, sintió que se le iba el aliento.

Ella estaba ahí, parada, con un pequeño conjunto de ropa íntima color anaranjado que cubría y revelaba todo al mismo tiempo. Sólo había una luz que emanaba desde la piscina, así que ella no tenía que dejarle nada a su imaginación. A través del encaje, él veía las sombras de sus

pezones y la flecha de vello recortado que apuntaba hacia el paraíso.

Dio un paso adelante.

Ella sonrió, con una mueca juguetona y seductora que endurecía su entrepierna.

—¿Qué esperas?

De nuevo le dio la espalda, ofreciéndole un delicioso vistazo de su firme trasero, antes de darse un elegante clavado en la piscina.

Él se puso de pie, absorto, viéndola moverse en el agua como una ninfa. Sometiendo el estupor sexual, rápidamente se quitó la ropa, excepto sus boxers, y saltó a la piscina.

Salió a la superficie y la vio reírse, quitándose de los ojos el agua que había provocado su clavado. Nadó hacia ella y la abrazó.

Ella enredó las piernas en la cintura de Rick y dejó que la sostuviera bajo el agua.

Cerrando los ojos, hizo la cabeza hacia atrás y una sonrisa alzó sus labios. Su cuello se arqueó, formando una larga y elegante columna que brillaba bajo la luz. Bajo la superficie, su ropa interior anaranjada lo tentaba. Rick metió un dedo debajo del delicado tirante y lo jaló.

Soltando una carcajada, Gwen de pronto se zafó de sus brazos y se alejó de él.

Él la persiguió, arrebatado. Era buen nadador, pero no tenía nada de estilo. En cambio, Gwen tenía mucho estilo y era una excelente nadadora. Por su estatura, él pensó que la atraparía al instante, pero ella lo evadía, y su risa de satisfacción lo provocaba.

Él también sonreía.

Luego de jugar un rato, se dejó atrapar. Lucharon en el agua antes de que ambos aceptaran que estaban cansados, y flotaron, uno junto al otro, tocándose con los dedos.

—Nadas como un delfín —observó Rick.

—Me encanta el agua. —Con los ojos cerrados, ella sonrió nostálgicamente—. De niña nadaba mucho. Sólo en el agua sentía paz.

—¿Tenías otro lugar donde sintieras paz?

Sí él no estuviera poniéndole tanta atención, no habría notado cómo ella vacilaba ligeramente antes de responder.

—Con mi abuela.

—¿Vive cerca?

—No. —Gwen brincó dentro del agua—. Qué noche tan bonita.

—Entiendo —sonrió irónicamente—. No te preguntaré nada de ella.

Ella vio el cielo, obviamente pensando en algo. Luego bajó sus grandes ojos y lo miró abiertamente y sin culpa.

—No; creo que quiero hablar de ella. La extraño. Era mi persona favorita, mi mejor amiga.

—Hablas de ella como si ya no estuviera.

—Vive muy lejos. —Su sonrisa era triste.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace mucho tiempo —suspiró—. Mi abuela me enseñó a nadar. De hecho, ella me enseñó todo lo que me ha servido en la vida.

—¿Incluyendo la pintura?

—No, Bob Ross fue quien me enseñó eso.

—¿Bob Ross? ¿El tipo con el peinado afro?

—Lo vi una vez en televisión —rio ella—, tranquilamente pintando árboles alegres, y quise intentarlo. Entonces compré pinturas y un juego de sus DVD y empecé a pintar.

—Y gracias a Bob Ross tú haces calabazas.

—No, Phyllis Neumann es la razón por la cual hago calabazas —sonrió—. Conocí a Phyllis en Taos, Nuevo México. Me quedé con ella unos meses; básicamente fui su aprendiz.

—No sabía que habías vivido en Nuevo México.

—¿Por qué habrías de saberlo? Nunca te lo dije. —Miró al cielo—. He vivido en muchos lugares.

Él quería preguntarle más de eso, pero de pronto ella estaba entre sus brazos.

—Cuéntame de tu familia —dijo Gwen.

Abrazándola sin fuerza, él sonrió al pensar en su mamá y en su papá.

—Ellos viven en Boston. Mi papá está jubilado, lo que significa que mi mamá también. Ella solía administrarle la oficina y hacer la contabilidad. Creo que quiere convencerlo de que tenga un pasatiempo para que no la moleste todo el tiempo.

—Observar aves está de moda —gesticuló Gwen.

—¿En Boston?

—Tienes razón —asintió con la cabeza—. Probablemente no haya pájaros en Boston. —Él soltó una carcajada. Con una sonrisa algo triste, Gwen dijo—: Veo que tienes buena relación con ellos.

—Sí. Detestan que yo viva aquí, especialmente mi papá, pero les encanta visitarme.

Ella asintió, y parecía que estaba a miles de kilómetros de distancia.

Como no le agradaba la distancia mental que se había formado entre ellos, la besó. Tanto le gustó que la besó de nuevo.

Ella canturreó, pasando los dedos entre su pelo.

—Nunca dijiste nada de mi ropa interior.

—Porque casi me tragué la lengua. —Le acarició el filo de su mandíbula—. Pensé que no usabas ropa interior.

—A veces hay que probar cosas nuevas.

—Hay algo nuevo que quiero probar —dijo él, remolcándola hasta la orilla de la piscina.

Al comprender sus intenciones, su mirada brilló y miró a sus alrededores.

—¿Aquí?

—Tú eres la que se mete sin permiso y nada desnuda. —La acorraló y la abrazó.

—No me meto sin permiso y siempre uso traje de baño. —Él arqueó la ceja—. Bueno, casi siempre.

Rick la visualizó planeando desnuda entre las aguas y pasó de interesado a completamente excitado.

—Quítate la ropa, Gwendolyn.

Sus ojos se abrieron. Pensó que ella iba a discutirle, pero se mordió el labio, se quitó la parte inferior del bikini y la aventó por encima del hombro. Cuando alzó el sostén por encima de su cabeza, sus senos brotaron en la superficie, rosados y firmes.

Él la abrazó, la levantó y le chupó la boca. Notó su falta de aliento. Qué bueno: le había gustado. Pero a él también le agradó la sensación, y aunque a ella no le hubiera gustado, él no se detendría. Su boca estaba rebosante, como una frambuesa, y era así de dulce.

Ella arqueó el cuerpo y se le acercó; empezó a frotarse en su erección.

—Tú también desnúdate —susurró, con la voz ronca de deseo.

Él calculó qué tan lejos estaban sus pantalones (en donde tenía los condones) y decidió que la distancia era demasiada.

—Después —meneó la cabeza.

—Pero...

Antes de que pudiera decir más, él la volteó y deslizó los dedos hasta la fuente de su calor. Ambos se quedaron sin aliento.

Él la fundió contra su cuerpo con una mano en sus senos. Se puso a jugar con sus pezones, primero uno y luego el otro, mientras frotaba su entrepierna.

—Qué rico —gimió, recargando la cabeza en el hombro de Rick.

Él no podía estar más de acuerdo, especialmente con la manera en que ella gemía y se contoneaba con sus caricias. Anhelaba tener un condón a la mano; hubiera dado lo que fuera por tomarla en ese instante.

Ella gimió otra vez.

—Basta. —La sacó de la piscina. Por un momento, contempló la idea de tomarla ahí en el suelo, pero vio que su piel se llenaba de escalofrío y le entregó su ropa.

—Vístete.

—Estoy mojada.

—Lo sé —le guiñó un ojo.

—Tengo una idea —ella también le cerró el ojo.

—¿Qué?

—Te juego unas carreras, a ver quién llega primero a la casa. —Empezó a correr, sujetando su ropa sobre su silueta desnuda.

—¡Gwendolyn! —gritó, pero lo único que quedaba era el eco de su risa. Rick recogió sus cosas y corrió detrás de ella, maldiciéndola y riéndose al mismo tiempo. Ése era el efecto que ella tenía en él.

Iba meneando la cabeza mientras corría por la calle, persiguiendo el pálido y delicioso trasero de Gwen. Al menos ella vivía cerca: estarían entre cuatro paredes antes de que alguien pudiera llamar a la policía y acusarlos de faltas a la moral.

CAPÍTULO DOCE

CAMILLE LLEGÓ CORRIENDO A AJENJO, apenada por llevar veinte minutos de retraso, pero segura de que Dylan la estaría esperando pacientemente.

Ahí estaba, en el bar, saboreando una copa de vino y leyendo.

—Perdón —dijo Camille, y se subió de un brinco al banquillo junto a él—. Tuve que editar de última hora un texto que escribí sobre el mercado negro de *foie gras*, porque ya lo prohibieron.

—Ése es buen material. —Cerró el libro y se volvió hacia ella.

—Lo es, para los patos.

Dylan sonrió y toda su cara se iluminó.

Ella sintió calor por dentro, porque había logrado complacerlo. Feliz por primera vez en días, seguía sonriendo al colgar sus cosas en el gancho que estaba debajo del mostrador.

—Tengo que resolver muchos pendientes en mi trabajo —dijo Camille.

—Y lo haces maravillosamente bien. —Le hizo una señal al cantinero—. Tu artículo sobre los apicultores fue muy interesante, al igual que el de feng shui. De haber sabido que ibas a avanzar tanto con tan sólo ayudarte a mover la cama...

Ella torció los ojos.

—Si crees que eso fue bueno, espera a que leas lo que estoy escribiendo sobre una pintora de calabazas.

Llegó el cantinero y Dylan ordenó una copa de vino blanco. Luego se acomodó y la miró a los ojos.

—No sabía que había pintores de calabazas.

—Yo tampoco. —Camille se acercó como si participara en un complot—. Creo que la tienda es una pantalla.

—¿Crees que está encubriendo algo?

—Prostitución —dijo ella sin pensarlo mucho.

—Qué fuerte. —La mirada de Dylan se iluminó divertida y apoyó el mentón en la palma de su mano.

—O puede ser lavado de dinero. La tienda está en Laurel Heights. ¿Cómo puede pagar una renta ahí? —Le dio las gracias al cantinero con un gesto y probó el vino. Era ligero, refrescante y delicioso; Dylan siempre sabía qué vinos eran buenos para su paladar.

—Quizá sí venden calabazas —sugirió Dylan.

—¿Crees que hay mucho mercado para la venta de calabazas? —arqueó la ceja.

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo es ella?

—Colorida. Amable. Llena de secretos —apretó los labios—. Realmente no quiso hablar conmigo.

—¿Ibas vestida como empleada de una funeraria?

Frunciendo el ceño, miró su traje.

—No me visto como empleada de funeraria. —Dylan arqueó la ceja y siguió bebiendo su vino—. Me veo profesional.

—Nunca dije lo contrario. —Le acomodó el cuello del saco—. Pero si quisiera enterrar a alguien, sé que te buscaría a ti .

Su mano rozó la punta de su seno, y por un segundo ella no pudo respirar. Exhaló abruptamente y se abanicó.

—¿Hace calor? Creo que tengo calor.

—Quítate el saco si tienes calor —le dijo como si estuviera loca.

—Ajá. —Camille se encogió de hombros, se quitó el saco y lo colgó en el gancho encima de su bolsa.

—Te ayudo. —Dylan estiró el brazo y le desabrochó dos botones de la blusa. La tenía cerrada hasta el cuello, así que no fue precisamente que la hubiera expuesto indecentemente, pero el hecho de que él le desabotonara la blusa la hizo sonrojarse más—. ¿Mejor? —preguntó suavemente.

Su rostro, sus labios en particular, estaban muy cerca de ella. Nada más tenía que inclinarse un poco hacia enfrente y podría besarla.

¿Qué tan terrible sería eso? Él veía en ella su pequeño proyecto, y ella estaba tratando de cumplir las expectativas sin poder sacárselo de la mente.

—Así está bien —dijo tragando saliva.

Él la estudió con mirada envolvente un rato más. Luego le dijo:

—¿Qué clase de secretos crees que tenga esa mujer?

—¿Qué? —Camille parpadeó desconcertada.

—Tu pintora de calabazas. ¿Qué clase de secretos tiene?

—La dejó plantada un repartidor de periódicos cuando era niña y desde entonces odia a cualquier persona vinculada con la prensa —dijo sin pensar—. Planeaba matarme y enterrarme en una calabaza.

—Desperdicias tu talento. —Dylan meneó la cabeza—. Deberías escribir ficción.

Camille se puso en guardia.

—Soy periodista.

—Eres una escritora —insistió—. Una buena escritora. Y una buena escritora puede escribir lo que sea.

—Si puedo escribir lo que sea, ¿por qué no pueden ser noticias? ¿Por qué siempre tratas de hacerme cambiar? —Tomó la copa para tener algo que hacer con las manos, pero no bebió nada porque temía atragantarse.

—Porque tu propósito no es decirle a la gente lo que ya sucedió. —Sin pasión, la atrapó con las piernas—. Es entretener a la gente con tu singular punto de vista.

Camille recordó las duras palabras que su mamá había anotado sobre su manuscrito y volvió a estremecerse.

—Te equivocas.

—No me equivoco —le dijo en voz baja—. Soy escritor. Reconozco el talento.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó a rajatabla, empezando a distanciarse.

—No, no podemos. —Agarró sus brazos de tal manera que ella tuvo que verlo de frente—.

¿No te escuchaste hablar cuando me estabas contando sobre esta pintora de calabazas? Tomaste un trozo de realidad sobre ella y la convertiste en un estupendo personaje.

—Sólo te dije lo que pienso de ella.

—La convertiste en un personaje interesante y quiero saber más de ella. —La mirada de Dylan estaba llena de pasión—. Quiero saber por qué se hizo pintora de calabazas y qué la inspira. Quiero saber cómo mantiene la tienda, y por qué decidió abrirla en Laurel Heights. Quiero conocer sus secretos.

—¿Entonces crees que debo investigarla? —Camille parpadeó.

Dylan suspiró, evidentemente exasperado.

—Por supuesto que no. Lo que debes hacer es *crearla*. Transfórmala como quieras. Haz que emprenda una aventura.

Ella no podía hacer eso, pero lograría descubrir quién era la verdadera Gwendolyn Pierce. Porque los instintos periodísticos de Camille, generalmente adormilados, le decían que Gwendolyn tenía una historia oculta.

Incluso ésta podría ser su gran oportunidad. Había dicho en broma lo del lavado de dinero, pero ¿qué tal si ...?

Se dijo a sí misma que tenía que calmarse. No tenía caso alterarse así. La mayoría de las corazonadas periodísticas no llevaban a ningún lado.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Dylan.

Ella lo miró y se sorprendió de ver su cara tan cerca, con su mano cubriéndole la mejilla. Su pulgar quedaba en el filo de sus labios.

Su mirada se concentró en sus labios. Siempre se había preguntado cómo serían sus besos. Nunca había logrado decidir si serían candentes o entusiastas, o lentos y atrevidos. Si se hiciera un poco más hacia adelante, sólo un poco, lo descubriría.

Y posiblemente arruinaría la amistad, enrarecería la relación.

—Me prometiste comida —dijo alejándose.

—Primero respóndeme.

—Lo intentaré —asintió con la cabeza.

—¿Lo prometes? —Sus ojos se afilaron.

—Sí. —Pero no será ficción, pensó.

—Bien —dijo—. Prométeme algo más.

—¿Qué? —Camille sorbió el vino.

—Sal conmigo otra vez.

—¿A cenar?

Él sonrió decidido.

—Y más. Si tú quieres.

—¿Como por un postre? —Luego carraspeó al ver la expresión en su rostro—. Seguro no te refieres a eso.

—Sí —dijo con una sonrisa divertida—. *Eso mismo*. En algún momento, yo digo. Primero quiero salir contigo. Una cita de verdad.

—¿Conmigo?

—Por supuesto. —Frunciendo el ceño, tocó su mejilla—. Es hora, Camille.

Su corazón latía alocadamente. Esto había sido una mala idea. Ella no tenía nada que ofrecerle. Era una perdedora en el trabajo. Era mucho más joven y no era tan interesante como las mujeres que con las que él solía salir. Se limpió las manos sudorosas con la falda. Debería decirle que no, porque sólo arruinaría su amistad.

Pero él estaba *tan cerca* que sentía su respiración en la piel, y eso la hizo dudar.

—Okey.

—Bien.

¿Acaso la iba a besar? Se inclinó hacia adelante, con curiosidad. Lista.

Deseándolo.

Pero entonces volvió el cantinero y les preguntó si querían ordenar algo para cenar. No supo si sentirse aliviada o enojada.

Camille sabía que debía demostrarle a Dylan que ella valía; ahora más que nunca. Ya había llamado su atención, ¿pero podría retenerla si no estaba a la altura de las mujeres con las que él salía?

Iría a hacerle más preguntas a Gwendolyn Pierce. Si ahí había una historia interesante que contar acerca de la misteriosa artista calabacera —y Camille estaba segura de eso—, ella sería la primera en escribirla.

CAPÍTULO TRECE

EL TELÉFONO SONÓ cuando Gwen estaba limpiando un lote de calabazas que venían con una cáscara muy dura y que acababa de recibir de su proveedor. Con el material aún en una mano, se limpió en el pantalón la que tenía libre y contestó la llamada.

—Llamando a Mi Maceta.

Del otro lado del auricular se escuchó la predecible risita y luego una mujer dijo:

—Quiero hablar con Gwendolyn Pierce.

—Ella habla. —Se puso el teléfono en el hueco del cuello para seguir trabajando mientras hablaba.

—Soy Jennifer Brady, la curadora del Museo Young. Hablamos hace unos meses sobre la exhibición. Quiero que sepas que tus piezas fueron seleccionadas para formar parte de nuestra colección permanente.

Gwen soltó la calabaza y gritó de una forma que hubiera erizado el pelo a sus antepasados galos.

—Todo mundo tiene esa reacción —rio Jennifer.

—Eres lo opuesto a una visita de la Muerte. —Riendo, Gwen tomó la calabaza y bailó con ella ahí mismo. Se moría de ganas de decírselo a Rick. Pensó en su apuesta y rio con júbilo. Sería tan divertido el momento en que él le diera los cien dólares—. Esto es asombroso.

—Debes llenar unos documentos, los contratos de siempre —se oyó del otro lado del auricular—; para que le des la obra al museo, al igual que los derechos de difusión, y de un par de requisitos más. Te enviaremos la documentación.

El estómago se le hizo nudos.

—¿Difusión?

—Sí, para poder usar tu nombre y tus fotos. Saldrás en todas partes, de eso me encargaré yo. Serás la artista de calabazas más famosa de todos los tiempos. Tu cara y tu nombre aparecerán en todos los medios nacionales.

—¡Nada de eso! —exclamó—. No quiero aparecer en ningún lado.

Pero Jennifer estaba tan concentrada en sus planes que no notó el pánico en la voz de Gwen.

—Pero empezaremos con los medios locales, por supuesto, como el *San Francisco Daily*. Van a publicar otro artículo sobre la muestra. Creo que ya se comunicaron contigo. Saldrá un reportaje amplio con fotos tuyas y de tu obra.

Al recordar a la reportera de los ojos hambrientos, su estómago dio un vuelco.

—Soy alérgica a las entrevistas.

—También hemos planeado un evento para recaudar fondos, y tú tendrás que participar esa noche. Es muy divertido. Saldrás elegantemente vestida y retratada en todas las páginas de

sociales.

Con una sensación de pavor que iba creciendo, Gwen se golpeó la cabeza contra la pared.

—También soy alérgica a la sociedad.

—Qué chistosa eres —rio Jennifer—, pero con una tienda llamada Mi Maceta debes tener un buen sentido del humor. La mayoría de los artistas que conozco son silenciosos y huraños.

—Yo también soy así —tragó saliva—. ¿Qué pasa si no quiero publicidad?

—La publicidad es parte del acuerdo —explicó Jennifer en un tono que demostró su confusión—. Comprendo que quieras tu privacidad, pero te garantizo que esto es bueno para tu futuro como artista, lo mismo para tu tienda.

Olivia y Eve le habían dicho lo mismo, pero antes de que su foto en los periódicos fuera una posibilidad muy real. Pensando en su familia, meneó la cabeza.

—No lo creo.

—No sólo formarás parte de una muestra itinerante, también tendremos tus piezas a la venta en la tienda del museo. La publicidad para tu tienda será invaluable. No se puede comprar este tipo de promoción. Ya lo verás.

—Yo...

—Te enviaré los contratos en cuanto antes —dijo Jennifer sin hacerle caso—. Toma tu tiempo y revísalos. Comunícate conmigo si tienes dudas o inquietudes.

—Definitivamente estoy inquieta —murmuró.

Jennifer la felicitó de nuevo y antes de colgar agregó:

—Entiendo que tengas tus dudas, pero esto cambiará tu vida.

Y de qué manera.

El rostro de Gwen se contrajo de dolor cuando finalmente colgó.

—¿Qué hice para merecer esto?

GWEN IRRUMPIÓ en el Café Sabio con más brusquedad de la que hubiera deseado. La puerta chocó con la pared y ésta rebotó hacia ella.

—Auch —musitó, sobándose el brazo al acercarse a Eve, que estaba parada en el mostrador.

—Vaya manera de entrar —dijo su amiga un tanto divertida—. ¿Estás bien?

—No —frunció el ceño—. ¿Tienes algo más fuertecito que un té? Como un buen tequila.

—¿Desde cuándo tomas tequila? ¿Sobre todo a las —Eve miró su reloj— dos de la tarde?

¿Desde cuando? Desde que había enviado su obra a un museo famoso y había sido seleccionada para *aparecer* en todos los periódicos. Puso los codos en el mostrador y dejó caer la cabeza entre sus manos. ¿Cómo había sido capaz de hacer eso?

—Okey, Gwen, me estás dando miedo —dijo Eve.

—Vas a pensar que estoy loca —respondió aquélla mirando la cara preocupada de su amiga.

—Vives pintando calabazas. Ya sé que estás loca —sonrió—. Pero te quiero, así que tus locuras no me asustan. ¿Nos sentamos a platicar?

—Sí —apretó los labios pensativa—. Quizás debas traerte un par de galletitas.

—Claro —rio Eve—. Siéntate junto a la ventana. Le diré a Maggie que se haga cargo de la cafetería.

Fiel a su palabra, Eve llevó un plato con galletas de chispas de chocolate y una jarra con té de manzanilla.

—Para calmar tus nervios —dijo al servirle el té. Gwen mordió una galleta.

—Casi tiene el mismo efecto que un tequila. Al menos en teoría, porque odio el tequila.

—¿Me vas a decir por qué quieres ponerte borracha? —Eve se hizo hacia atrás, cruzó las piernas y se puso a mecer un pie.

—Bonitos zapatos —dijo Gwen señalando las zapatillas violetas que lucía su amiga. En la parte superior tenía dos botones decorativos: uno anaranjado y uno verde. Eve siempre traía zapatos simpáticos.

—Buen intento de distraerme. —Eve se acomodó el pelo detrás de la oreja y esperó pacientemente.

—El Museo Young llamó hoy —suspiró—. Gané un lugar en la colección permanente.

Eve pegó tal grito que toda la gente a su alrededor volteó a verlas. Gwen se sonrojó y sonrió disculpándose.

—Esto es fantástico —dijo Eve rebosante—. ¿Ya sabe Olivia? Se volverá loca.

—Acabo de enterarme. Nadie lo sabe.

—¿Nadie sabe qué? —dijo una voz muy masculina encima de su hombro.

Rick. Con ojos estrechos, Gwen se volvió para mirarlo ferozmente.

—Tú tienes la culpa.

—Yo siempre tengo la culpa. —Tomó una silla que estaba cerca y se sentó con el respaldo al revés, apoyando los brazos encima—. ¿Y ahora qué hice?

—Hiciste que inscribiera mis obras de arte en el concurso del Museo Young. —Si ella no hubiera tenido que demostrarle su talento, nunca lo hubiera hecho. Además él la había inspirado para crear los diseños, que eran lo mejor que había hecho.

El hecho es que no se había podido resistir a la idea de ser reconocida por su trabajo. Había vivido a la sombra demasiado tiempo y se sentía arrinconada. Ella era la única responsable de su situación.

Pero era más que satisfactorio echarle la culpa a Rick.

Él la observó, apenado. Ella comprendió que él pensaba que había perdido.

Eve debió entender lo mismo, porque dijo:

—Ella ganó, Rick. Sus calabazas estarán en la colección permanente.

—¿Sí? —preguntó, viéndola de frente—. Increíble.

En su expresión, Gwen pudo ver que él estaba contento por ella, y eso la estremeció por dentro. El temor que se había anidado en su pecho desapareció un poco y Gwen se permitió a sí misma disfrutar la posibilidad de ser, por primera vez, descubierta.

—Es maravilloso, ¿no?

—Las calabazas de Halloween siempre han sido muy bonitas.

Gwen le dio un golpe en el brazo. Eve se puso de pie sacudiendo la cabeza.

—Tengo galletas en el horno. ¿Van a necesitar un árbitro o se comportarán como buenos chicos?

—¿Qué significa para ti “comportarse”? —preguntó Rick.

Entre risas, Eve los dejó solos.

Rick volvió a concentrar su atención en Gwen.

—¿Entonces qué tienes?

—¿Qué tengo?

—No te ves contenta. Si no estás aprovechando la ocasión de refregármelo en la cara, es por algo.

Cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—Quizás soy una buena ganadora.

—Y yo soy Supermán.

—Si te quedan los mallones...

Él sonrió lentamente y de manera muy sexy. La preocupación de cooperar con la prensa y de ser descubierta pasó a segundo término cuando vio su rostro lleno de orgullo.

—No creas que he olvidado nuestra apuesta —carraspeó Gwen.

—Yo sé que no.

—Disfrutaré mucho tu dinero —le dijo acercándose.

—No me digas. —Recorrió el brazo de Gwen con un dedo—. Debemos celebrar.

Su piel se estremeció al sentir su roce.

—¿Antes lo después de que me pagues?

—Hagamos esto. —Se acercó tanto que ella sintió mareos al percibir su olor—. Primero te pago, y luego tú me pagas. —Pasando saliva, asintió con la cabeza.

—Me parece justo.

—Así los dos ganamos —sonrió Rick—. ¿Esta noche?

—Esta noche —prometió.

CAPÍTULO CATORCE

CAMILLE SE PARABA en uno y otro pie, haciendo gestos con el dolor que le provocaban sus tacones. La malvada empleada de Macy's le había dicho que serían cómodos.

Cómodos para quienes acostumbraban caminar descalzas sobre cristales rotos. Sólo eran las diez de la mañana y ya no aguantaba los pies.

Se recargó en la puerta de Mi Maceta. Gwendolyn Pierce tenía que llegar pronto. Golpeteando su pierna con un periódico, Camille miró el horario de la tienda por centésima vez en las dos horas en que había estado esperando: *Abierto desde que llego hasta que me voy*. ¿Quién escribía algo así?

Estaba mirando el café que estaba unos pasos más adelante y se preguntó si tendría suficiente tiempo para comprar una taza y volver antes de que llegara la mujer. Pero justo cuando comenzó a andar, vio una silueta en patines que se acercaba desde esa dirección, una mezcla de verde, anaranjado y rosa. No tuvo que quebrarse la cabeza para saber que era Gwendolyn Pierce.

La sonrisa brillante en el rostro de Gwendolyn se disolvió en cuanto vio a

Camille esperando en la puerta. La mujer patinó por el acceso para minusválidos que estaba al final de la manzana y se detuvo frente a la tienda.

—Supuse que volverías, pero no me hace feliz —dijo, buscando en sus bolsillos.

—Felicidades por haber entrado al Museo Young, señorita Pierce. —Camille sonrió más amigable que nunca—. Lo mereces. Tu trabajo es sorprendentemente bueno.

—¿Se supone que eso es un elogio? —preguntó la mujer mientras sacaba una sola llave.

—Sí, por supuesto. —Se armó de valor; ella lo lograría; se lanzó al ruedo—. Estoy escribiendo un artículo de fondo sobre ti y pensé que podría hacerte esas preguntas del otro día.

—No me vas a dejar en paz, ¿verdad?

—No, señorita Pierce —dijo Camille firmemente.

—Entonces pasa. —Alzó un dedo para advertirle a Camille—: Nada de fotos. Y deja de llamarme señorita Pierce. Me llamo Gwen.

—Okey. —¿Por qué no quería que le tomaran fotos? ¿Se estaría escondiendo de algún cartel de las drogas? Quizás sí lavaba dinero.

Su imaginación corrió tan alocadamente que no advirtió que Gwendolyn la había dejado afuera y había cerrado la puerta. Sin ver más moros con tranchete, se decidió a entrar.

Adentro, la mujer se había sentado en un banco y se estaba quitando los patines. Los puso detrás del mostrador y caminó hacia la trastienda.

¿Debía seguirla? Camille no supo qué hacer. Todavía vacilaba cuando Gwen volvió, con una charola. También se había puesto zapatos, unos Mary Janes color verde olivo que lucían cómodos y bonitos.

La mujer puso la charola en el mostrador y apuntó:

—Trae el banco y siéntate aquí.

Lo que ella quisiera, con tal de conseguir la entrevista. Acomodó el banco y se sentó, después de dejar su bolsa y el periódico en el mostrador.

—Entonces creo que debemos empezar por...

—Ponte esto. —Gwen le dio un mandil.

—¿Vamos a cocinar? —la miró perpleja.

—No, vamos a pintar. No quiero que te manches el traje. —La artista se sentó, jaló un banco de atrás del mostrador y tomó dos calabazas vírgenes de la charola—. Ya preparé estas calabazas; o sea que las remoqué, las limpié y las tallé antes de ponerlas a secar.

Camille tomó una y la vio sin poder defenderse. Era larga y flacucha, un poco cabezona en el extremo.

—Por lo general hago el diseño a lápiz y luego lo quemo —explicó Gwen, colocando su calabaza frente a ella—. A veces uso cinta adhesiva para crear patrones. Pero para ahorrarnos tiempo, saltémonos estos pasos y pintemos.

—¿Vamos a pintar?

—Quieres saber todo de mí, ¿verdad? ¿Qué mejor manera que acercarse al mundo de las calabazas? —preguntó la mujer, muy contenta.

Camille tomó la brocha que Gwen le había puesto en la mano y meneó la cabeza.

—No sé pintar.

—No tienes que saber pintar. Sólo hazlo. —Gwen sacó un par de pinceles y formó una paleta de colores para compartir—. Deja que la forma de la calabaza te inspire un diseño.

Camille le dio vueltas y más vueltas a su calabaza, tratando de ver algo ahí, pero sólo logró percibir un falo mal formado. Podría pintarlo color carne, supuso.

—Soy voluntaria en el Elefante Morado. Es un centro sin fines de lucro para niños —dijo Gwen, untando jubilosa la pintura en su calabaza—. Algunos niños llegan sin saber nada de pintura. Les digo que no tienen que saber nada; todo esto consiste en liberarte para descubrir tus posibilidades.

Camille asintió con la cabeza.

—Mi calabaza sólo tiene una posibilidad, según veo, y no sería apropiada en la mayoría de los círculos sociales.

Gwen rio con un sonido suave y ronco que también hizo sonreír a Camille.

La artista señaló con un pincel.

—¿Y qué tal que fuera un camino con un ventarrón? O un arroyo que se desvía. ¿Qué podría haber alrededor?

—Peces —dijo Camille sin pensarlo.

—Okey. —Gwen arqueó una ceja.

Sin saber si sentirse alentada o desafiada, Camille tomó el pincel y estudió su calabaza. Quizás un pequeño banco de peces.

Empezó a hacer pequeñas manchas que representaban peces, uno por uno, agregando más color para dar variedad. Algunas algas, y luego un tiburón persiguiendo a los pececitos.

Sin decirlo, bautizó al tiburón como Elizabeth.

Se dio cuenta demasiado tarde que primero debió pintar el agua de azul. Maldijo en voz baja y se inclinó; con gran dificultad pintó de azul los espacios que estaban entre los peces. No era elegante, pero creó un efecto expresionista muy interesante.

—Déjame ver —dijo de pronto Gwen, sorprendiendo a Camille. La mujer revisó la calabaza

con cuidado sin tocar la pintura—. No está nada mal, especialmente porque lo hizo alguien que cree que no sabe pintar.

Camille se sonrojó sintiéndose orgullosa, sabiendo que era ridículo, pero no pudo evitarlo.

—¿De verdad?

—Sí. Me gusta el tiburón. Deberías ver mi primera pintura.

—Sólo estás siendo amable conmigo.

—No, lo que pasa es que no siempre quise pintar. Mis padres querían que yo hiciera otras cosas que no iban conmigo.

Camille pasó saliva, sintiéndose extrañamente identificada.

—¿Entonces cómo aprendiste a pintar?

—Bob Ross.

—¿El tipo con pelo afro que sale en el canal PBS? —Camille parpadeó.

—Todo mundo dice eso —rio Gwendolyn—. Sí, empecé pintando sus arbolitos y luego me pasé a las calabazas. El avance fue más lógico de lo que parece.

—¿Te gustó tanto pintar calabazas que abriste una tienda?

—Obviamente. —Pero la sonrisa de la mujer fue tolerante y tomó la charola—. Las pondré a secar y luego las barnizaré. Ven el fin de semana para que te la lleves.

—¿Puedo quedarme con ella? —preguntó Camille, extrañamente fascinada. Se echó el bolso al hombro y tomó el periódico.

—Por supuesto. Tú la hiciste. —Luego la sonrisa de Gwen se desvaneció lentamente. Dejó caer la charola y extendió la mano—. ¿Puedo ver tu periódico?

—Claro. —Se lo entregó y vio que los ojos de Gwen se llenaban de lágrimas—. ¿Estás bien?

La mujer no respondió, inmersa profundamente en el artículo que salía en la primera plana. Camille estiró el cuello para ver el motivo de su tristeza. El artículo era sobre la matriarca de una de las familias de la industria del vino más viejas de Francia, que acababa de fallecer.

Miró a Gwen. ¿Por qué se habría puesto así?

Antes de que pudiera preguntarle, Gwen carraspeó.

—Lo siento. Debo irme. Mis alergias me están afectando.

¿Tan repentinamente? Sintiendo sus sospechas, Camille tomó el periódico y se dirigió a la puerta. Justo cuando empezaba a abrirla, recordó la entrevista.

Qué barbaridad. Mentalmente se dio un golpe en la frente y volteó a ver a la artista.

—Tengo más preguntas. ¿Podemos fijar una hora para que yo vuelva? ¿Quizás cuando recoja mi calabaza? Tengo que entregar la nota el fin de semana. —Eso era mentira; no tenía fecha para entregar el artículo, pero Gwendolyn no tenía por qué saberlo.

—No tengo mi agenda —dijo la artista, menando la cabeza.

—¿Estás bien? —Camille frunció el ceño.

Por un momento pensó que Gwen no le contestaría, pero le dijo:

—Estoy bien. Gracias por venir.

La mujer la acompañó a la salida tan sutilmente que Camille no comprendió que la habían sacado hasta que ya estaba en la acera.

¿Qué habría sucedido?

Gwendolyn había visto algo en el periódico que la había alterado. Camille se retiró de Mi Maceta y miró el diario.

En la primera página sólo había un par de anuncios de servicios funerarios y un largo artículo sobre la matriarca del imperio De la Roche. Frunciendo el ceño, lo revisó de nuevo.

Hasta que llegó al final. Parpadeando, Camille leyó otra vez, esta vez con más cuidado.

Era un obituario normal, pero detallado, como el que les escriben a las celebridades y famosos. Como cabeza de una de las más grandes dinastías del vino en el mundo, Yvette de la Roche definitivamente era una celebridad.

Pero fue el último párrafo el que llamó más su atención: “A De la Roche le sobreviven sus dos hijos, una nuera y un nieto. Su única nieta, Geneviève de la Roche, desapareció misteriosamente hace catorce años y se presume que está muerta”.

Geneviève... Camille miró largamente aquel el nombre y la piel se le puso de gallina. Todavía sin poder despegar los ojos del texto, se apresuró para alcanzar el autobús. Ahora sí tenía que ponerse a investigar.

CAPÍTULO QUINCE

EN CUANTO SALIÓ CAMILLE BERNARD, Gwen cerró la puerta con llave y corrió al departamento de Lola. Golpeó la puerta porque sabía que su amiga tenía la costumbre de escuchar música a todo volumen mientras trabajaba.

Pero Lola abrió de inmediato.

—¿Estás bien? No puedes respirar.

—Subí corriendo. —Entró—. ¿Puedo usar tu laptop un momento?

—Por supuesto. —Cerró la puerta y acompañó a Gwen a la oficina, que en realidad era un baño en desuso—. Sabes bien que necesitas comprar una computadora para tu tienda. No puedo creer que no tengas una. Eres la única persona que conozco que no tiene correo electrónico.

El internet era necesario y práctico, pero acercaba más a las personas y el mundo se hacía muy pequeño. Gwen siempre prefería la distancia y la privacidad.

—No me tardo —prometió, y se sentó en el escritorio.

—Tárdate todo lo que quieras. De todos modos estaba atorada con un capítulo. —Lola tocó su hombro—. ¿Sí estás bien?

Las lágrimas le rodaban por la nariz, pero se reprimía.

—Creo que murió alguien que conozco. Sólo quiero confirmarlo.

—Ay. —La tristeza cubrió el rostro de su amiga—. Te dejaré a solas. Me gritas si necesitas algo.

Asintiendo con la cabeza, abrió el navegador hasta dar con Google noticias. En la sección de notas principales había una liga para *Yvette de la Roche, matriarca del vino, fallece a los 90 años*.

Dio un clic, esperó impacientemente a que se cargara la página y la revisó. De pronto suspiró al encontrar lo que estaba buscando: que su abuela había muerto pacíficamente mientras dormía.

Gwen volvió a leer el artículo más despacio, arrugando más y más la frente con cada frase. Decía que Yvette se había integrado a la familia De la Roche por matrimonio cuando tenía veinte años, y cómo había ayudado a su marido a convertir un viñedo tradicional en un emporio mundialmente reconocido. Decía que había tenido dos hijos y que su esposo había fallecido veinticinco años antes que ella.

Los verdaderos datos de su abuela no estaban ahí; sólo era una versión nada emocional de la vida de una mujer rica.

Su abuela había sido una mujer extraordinaria.

Gwen miró la pantalla. No decía nada sobre por qué Mamie Yvette había sido tan especial. Tampoco decía nada del pequeño terrier que se había encontrado en la calle y que había adoptado, ni que adoraba los pepitos de chocolate. No decía que le encantaba vestirse de rojo,

aunque pensaba que el color era demasiado llamativo para una mujer de su edad. No decía que le encantaba bailar bajo la luz de la luna con música de Frank Sinatra, o que alguna vez bebió champaña en su zapato de baile y que había extrañado a su esposo cada minuto del día.

No decía nada de cómo solía llevar a su nieta a caminar y le contaba historias verdaderas de amor y pasión.

Gwen miró la foto de bodas de sus abuelos. Era un retrato que su abuela había conservado junto a su cama. Cuando Gwen era niña, solía subirse a la cama de Mamie Yvette, tomar el retrato y sobarse con él la nariz. De pequeña le había encantado ver a su abuela vestida como princesa. Ahora lo que veía en esa foto era el amor en los ojos de sus abuelos, ahí, intercambiando miradas.

Revisó la siguiente foto; era de su abuelo. No pensaba en él muy a menudo, no tanto como lo hacía con Yvette, pero lo recordaba como un hombre callado e introspectivo. Solía darle caramelos cuando su padre no los miraba.

Luego estaba una foto oficial de la familia, tomada recientemente. Todo mundo había envejecido, excepto su mamá. Su abuela estaba en medio, con Gautier y Jacques a cada lado. Su hermano Roger estaba junto a su padre, y su mamá enseguida.

Gwen se sorprendió al ver cuánto había envejecido Roger. En la foto se veía cansado y decepcionado. Tocó la pantalla y dibujó su rostro. Nunca habían tenido una relación cercana, pero él siempre había sido amable con ella a pesar de la diferencia de edades... y de las circunstancias.

Vio a su mamá. Como siempre, Janine lucía perfecta. A la moda y hermosa; una esposa trofeo.

Su mamá solía vestir a Gwen igual que como se vestía ella. Realmente era la única razón por la cual le gustaba tener una hija, para que fuera un reflejo de sí misma. Además, era la manera de vengarse de su marido.

Su tío Jacques se veía igual que siempre, despampanante y guapo, con un brillo en la mirada. En el diccionario, junto a la entrada de "playboy internacional", habría una foto de él.

Bajó más el cursor y vio fotos de ella misma.

La primera era la maldita foto de mermelada en la cara que le había hecho merecer el título de la Princesa de la Uva. Eso solía molestarla, pero ahora pensaba que era una imagen graciosa. Si algún día tenía hijos, nunca aplastaría su frágil personalidad como Gautier lo había hecho ese día.

La siguiente había sido tomada un año antes de que ella desapareciera, cuando tenía veinte años. Su pelo estaba peinado en un chongo liso, y tenía un maquillaje inmaculado con labial rosa brillante. Llevaba aretes y un collar de perlas y vestía de negro.

Apenas se reconoció. Se veía muy parecida a su mamá. La tristeza irradiaba desde cada rincón de aquel retrato.

Cuando huyó, juró que jamás vestiría de negro.

El pie de foto decía: "Bautizada de niña como la Princesa de la Uva, Geneviève de la Roche desapareció hace catorce años sin dejar rastro. Dado que no ha sido declarada legalmente fallecida, es la heredera de una parte del imperio del vino de la familia De la Roche".

El artículo concluía con otra foto de la abuela. Al parecer era una imagen reciente, debido a las arrugas que surcaban su rostro. Sonreía educadamente, con el buen humor reflejado en sus ojos; su mano en la solapa tocaba el prendedor de joyas que llevaba puesto.

Gwen se quedó sin aliento. Era la zapatilla de diamantes que le había dado a su abuela en una Navidad. Mamie Yvette le dijo que pensaría en ella siempre que tocara ese prendedor.

Lola volvió a la habitación y le puso enfrente una caja de pañuelos desechables.

—Ten. —Gwen la miró sin comprender—. Estás llorando —dijo su amiga.

Tocó su rostro. No había visto que le salían las lágrimas. Tomó un par de pañuelos de la caja, se limpió su cara y secó sus ojos.

—Gracias.

—¿Quieres platicar?

Por un segundo pensó en contárselo todo a Lola, confesarle que su corazón le dolía porque jamás volvería a ver a su abuela, y decirle que ella era la Princesa de la Uva perdida. Que había sido la manzana de la discordia entre sus padres hasta que decidió marcharse. Que había estado escondida todos esos años, convirtiéndose en alguien que le gustaba más.

Pero no pudo hacerlo.

—Murió alguien que conocí hace mucho —dijo simplemente, cerrando el navegador y borrando el historial de búsqueda. No tenía computadora, pero sabía usarlas. Con el paso de los años había aprendido a borrar sus huellas.

—Lo siento. —Su amiga la estudió—. Obviamente la apreciabas mucho.

Las lágrimas nublaron su visión, y Gwen tomó más pañuelos para cubrir sus ojos y acabar con el llanto. Cuando se sintió bajo control, tiró los pañuelos.

—Gracias —le dijo nuevamente a Lola, poniéndose de pie. Por impulso, la abrazó.

Lola le dio unas palmadas en la espalda para demostrarle su apoyo.

—¿Realmente estás bien? Porque puedes decirme lo que sea, y no se lo contaré a nadie. Sé que no nos conocemos de toda la vida, pero puedes confiar en mí.

—Yo... —Gwen meneó la cabeza y enmudeció—. No puedo hablar de eso ahora. Pero quizás después.

—Lo siento. —Lola se veía triste por su amiga—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Tráeme a Mamie Yvette, quería decirle, para tomarnos juntas una taza de *chocolat chaud* una vez más.

Pero sólo meneó la cabeza y tomó otro pañuelo. En ese momento quería irse a casa, preparar el té favorito de su abuela y sacar el baúl de sus recuerdos.

Lola la acompañó hasta la puerta.

—Me llamas, ¿okey? Quiero saber que estás bien. O si necesitas algo, yo entrego a domicilio.

—Otra vez me vas a hacer llorar. —Gwen la abrazó nuevamente.

—Eso no es exactamente un gran reto ahorita.

Entre risas y sollozos, Gwen bajó las escaleras, recogió sus cosas y se fue a casa para estar a solas con su duelo.

MI MACETA ESTABA CERRADA.

Rick se asomó por la ventana y trató de ver si había alguien adentro. Fue en vano; todas las luces estaban apagadas.

Algo no estaba bien. Él lo presentía.

Tomó la perilla de la puerta y trató de darle vuelta. No sabía para qué. Por supuesto que estaba cerrada.

Podría forzarla.

Miró la hora. Las cuatro de la tarde. Gwendolyn debería estar ahí. Tampoco había vuelto la tarde anterior. Había intentado llamarla pero le había respondido la contestadora. Incluso había

tratado de ir a su departamento la noche anterior, esperando verla nadar a escondidas.

No había rastro de ella.

¿Dónde demonios estaba? ¿Lo estaba evitando?

A él no le gustaba ese pensamiento en absoluto.

Frunció el ceño frente a la puerta y se metió las manos en los bolsillos para no forzar la entrada. Ella no le perdonaría haberse entrometido en sus asuntos, aunque estuviera herida ahí dentro.

Olivia debía de saber dónde estaba Gwendolyn. Rick caminó hacia la tienda de lencería de su amiga.

Estaba hablando por teléfono cuando él entró. Le dio un beso en la frente, él se inclinó junto a la caja registradora y esperó a que terminara de hablar.

Ella apenas lo vio. Escribió unos números, repitió algo sobre encaje y corsés y colgó la bocina. Escribió un par de cosas más antes de cerrar su cuaderno y dirigirse a él.

—Hola, qué milagro. Me sorprende verte aquí cuando todos sabemos que ahora prefieres ir a otra tienda que está al final de la cuadra. ¿Vas a comprar calabazas allá, o es que te ha atrapado la encantadora dueña del local?

—Gwendolyn es mucho más que encantadora, pero esta noche no morderé tu anzuelo.

—¿No? —rio Olivia.

—¿La has visto?

—¿A Gwen?

—No. A Miss Piggy —meneó la cabeza—. Por supuesto que a Gwen. Hace dos días que no sé nada de ella, y siempre que paso, su tienda está cerrada.

—A ver —se acercó Olivia, dándole toda su atención—. ¿Su tienda ha estado cerrada dos días?

—Al menos por las tardes. Eso no es normal. Cuando ella trabaja como voluntaria es a mediodía. Pero por las tardes siempre está ahí. —Sólo con pensarlo se preocupó más.

—Veo que conoces muy bien su horario —dijo Olivia astutamente.

Él torció los ojos.

—Búrlate después. Primero ayúdame a encontrar a Gwendolyn.

—¿Prometes que puedo burlarme de ti después?

—Sí.

—Entonces aceptarás que siempre tuve razón, porque yo te dije que tú y Gwen harían buena pareja.

—Está bien. Como quieras. Sólo ayúdame.

—De veras estás preocupado por ella. —Olivia frunció el ceño.

—Presiento que le pasó algo.

Ella se enderezó, atenta.

—Tus presentimientos nunca son equivocados.

—Lo sé.

—Okey, ¿ella no ha abierto su tienda en dos días? ¿Estás seguro? Gwen no es así. ¿Le has llamado al celular? —Rick se inclinó de nuevo en el mostrador, con los brazos cruzados, y arqueó la ceja—. Okey. Qué pregunta tan tonta. —Olivia tomó el teléfono—. ¿Ya fuiste al café de Eve?

—No.

Asintiendo con la cabeza, oprimió un botón. Hubo una pausa y luego Olivia dijo:

—Hola, Eve, soy yo. ¿Sabes algo de Gwen? —Rick se estaba resistiendo al impulso de

arrebatarle el teléfono al ver las caras nada informativas de Olivia—. Okey, me avisas si sabes algo de ella. —Olivia colgó, con el ceño fruncido—. Nadie sabe nada y Gwen nunca se pierde sus cuernitos de chocolate.

Rick se sintió más intranquilo. Golpeó el mostrador con los nudillos.

—Iré de nuevo a su departamento.

—Okey. —Olivia lo siguió hasta la puerta—. Probablemente le dio gripa o algo así.

—¿Es enfermiza?

—No. —Olivia le apretó el brazo—. Y cuando me llames después para decirme que está bien, me cuentas dónde vive, porque somos amigas desde hace un par de años, y todavía no conozco su casa.

—Me vas a sacar canas verdes, ¿verdad?

—Definitivamente —sonrió—. Ve y busca a tu mujer.

Su estado mental se había alterado tanto que no se quedó a discutirle que Gwendolyn no era su mujer.

Llegó a su Narnia a toda velocidad y encontró estacionamiento justo enfrente. Cerró la puerta de su auto con llave, caminó a la puerta y timbró. Al no recibir respuesta, timbró nuevamente.

Y nuevamente.

Y una vez más.

Estaba analizando la reja para ver cómo saltarla cuando tronó el intercomunicador y la escuchó decir:

—¿Sí?

Su voz estaba muerta, sin color, completamente distinta.

—¿Gwendolyn? Abre la puerta.

Hubo una pausa.

—Ahora no puedo, Rick.

La pausa le dijo que ella había considerado dejarlo pasar, y eso lo afectó más de lo que se imaginaba.

—Ahorita es un momento perfecto. Abre y dime qué te pasa.

—Vete.

—No, y si no cooperas, de todos modos entraré. Tú me dijiste que la reja no era nada segura.

Hubo un largo momento de silencio, y luego se abrió la puerta.

Ella estaba parada en la entrada, esperándolo con mirada vacía. Vestía una sudadera vieja con el hombro descubierto a la *Flashdance*, con unos boxers que apenas asomaban. Los calcetines se abultaban al final de sus piernas esbeltas, y sus rizos indicaban que acababa de levantarse de la cama.

Si no hubiera sido por sus ojeras, él ya estaría besándola. Pero se acercó y se paró frente a ella, queriendo tocarla, pero por instinto sabía que debía esperar.

—¿Qué te pasó?

Sus ojos estaban rojos. ¿Había llorado? Su pecho se oprimió al pensar que tenía un problema. Parecía como si acabara de perder a su mejor amigo.

La desesperanza en su rostro lo hizo entrar en pánico; jamás se imaginó verla sin su sonrisa de niña. Entonces hizo lo único que sabía hacer: la hizo enojar.

Olfateándola, le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que te bañaste? ¿Estás enferma?

—Tú me enfermas. —Su mirada le dio confianza, pero entonces perdió algo de su fuerza con las lágrimas que llenaron sus ojos—. Te dije que te fueras.

Él meneó la cabeza caminando lentamente hacia ella.

—Olvídalo, princesa. Primero tienes que decirme qué te pasa.

—Te dije que no me llamas así, y lo único que me pasa es que tú no me dejas en paz. — Una lágrima rodó por su mejilla.

Él sabía que en ese momento ella necesitaba pelear más que sentir su compasión, así que le cerró el paso.

—Por cierto, este peinado te queda mejor.

Ella le golpeó el brazo.

—No toques mi pelo.

—¿Por qué? ¿Le estás haciendo un nido a los pájaros allá adentro o qué? —De hecho, le gustaba su pelo así. Tal como se veía cuando él acababa de hacerle el amor, con la cabeza despeinada por sus propias manos.

Unas cuantas lágrimas más corrieron por su rostro, pero su mirada brilló un poco con su habitual espíritu.

—Eres un tonto —le pegó otra vez.

Si decirle tonto era todo lo que necesitaba para animarse, le daría varios sinónimos.

—¿Esa es tu peor ofensa? —la provocó de nuevo.

—Sólo un idiota insiste cuando no es bienvenido —le pegó otra vez.

—¿De veras no soy bienvenido, princesa? —Le pasó una mano por el pecho, sintiendo la firmeza de su pezón por encima del algodón desgastado de su sudadera—. Porque parece lo contrario.

Ella alzó la mirada, con los ojos llenos de tristeza, y le dijo:

—Vete a la chin...

Él le puso su mano sobre la boca y le robó las palabras.

Ella no luchó; prefirió canalizar la agresión en el abrazo que se dieron. Acercó a Rick a su cuerpo tomándolo del cuello de su chamarra de piel y le enredó las piernas en su cintura. Él la afianzó contra su cuerpo, poniendo las manos debajo de ella, entró a la casa y cerró la puerta con el pie.

Probó sus lágrimas, que corrían libremente por sus mejillas, y sintió una rara mezcla de tristeza, vulnerabilidad y algo más. No sabía qué hacer para curar una herida que era obvia, así que hizo lo único que se le ocurrió: la besó más intensamente.

Ella maulló y se contoneó al sentir que sus dedos se deslizaban por su pierna y se metían en su ropa interior.

—A la recámara —murmuró en su boca.

Como pudo, él logró mover la acción al cuarto, desnudarla y ponerla sobre la cama sin grandes dificultades. Gwen enredó las piernas en las suyas y las contrajo para acercarlo.

Maldición, había olvidado el condón. Sin querer frenarla, buscó en sus pantalones. Ella lo sujetó con más fuerza, pensando que quería escaparse.

Eso jamás; y para darle confianza, metió su mano en el pelo de Gwen y recorrió su boca, su cuello y luego sus senos, lamiendo los pezones hasta que ella comenzó a retorcerse.

—Ahora —dijo levantándolo de los cabellos.

—Okey. —Alcanzó su pantalón, sacó el condón, se cubrió y se introdujo en ella.

Increíble. La primera vez había sido un buen encuentro, pero ahora que empezaba a conocerla, a conocer su cuerpo, todo era mucho mejor. Sabía que ella se quedaría sin aliento en cuanto él tocara su pezón. Con un movimiento de cadera, ella arquearía su espalda. Y conforme se acercara al clímax, sus uñas se clavarían en sus glúteos.

Como ahora.

—Por favor —suplicó junto a sus labios—. Por favor.

—Sí. —Él cabalgó, tomándola una y otra vez; sintiéndose triunfal al ver que el deseo revivía su luz y borraba su tristeza, al menos por ahora. Luego no pensó en nada cuando ella mecía sus caderas una y otra vez...

Hasta que ambos gritaron.

Rick sintió una oleada tras otra, y luego terminó y sólo pudo colapsarme encima de ella. Él la escuchó tratando de respirar, sintió sus acelerados latidos y la abrazó más fuerte.

Gwen se hundió en su hombro.

—Gracias.

—Cuando quieras. —Sonrió al sentir sus labios en su cuerpo. Se dio la vuelta y se acomodó a su lado; con una caricia le quitó el pelo de la cara para poder ver sus ojos—. ¿Ya me vas a decir qué te pasa?

Ella vaciló, y él creyó que ella no iba a contarle nada, pero luego dijo:

—Mi abuela murió.

Ese sentimiento que ella siempre encendía en su pecho se inflamó, y él la abrazó más fuerte.

—Lo siento —murmuró, y le dio un beso en la frente. Ella asintió con la cabeza y dejó escapar un sollozo—. No hablas mucho de tu familia.

—Rompí con ellos. —Ella empezó a apartarse de él.

—No te vayas. —Molesto al ver que ella empezaba a cerrarse, la acercó más a su cuerpo. Quería derribar ese muro que tenía a su alrededor y entrar en su vida. Supo que ya no podría apartarse de ella. De hecho, ella era un acertijo, y él jamás dejaba un acertijo sin resolver.

Pero empezaba a creer que una vida no le alcanzaría para entenderla, porque sólo conocía la superficie.

Eso no importaba.

—Siento que te hayas distanciado de tu abuela. Obviamente la quieres. —Hizo una pausa y luego agregó—: Y siento mucho su muerte. Debió de sentirse triste por no poder verte.

Los ojos de Gwen se llenaron de lágrimas y enterró la cabeza en su cuello.

—Cuéntame de ella. —Rick sobó su espalda.

Rick no pensó que lo haría, pero suavemente, Gwen comenzó a hablar.

—Cuando tenía tres años, me caí en una piscina y casi me ahogué. Desde entonces le tuve miedo al agua. Me horrorizaba.

—Pero nadas como un pez —le dijo.

—Gracias a mi abuela —sonrió con tristeza—. Mi abuela me tomaba de la mano, todos los días, y me llevaba a la orilla de la piscina. Me contaba historias de criaturas mágicas que vivían ahí abajo y lo maravilloso que sería nadar con ellas. Un día logré meter un dedo en el agua, luego fueron mis rodillas, después mi cintura, hasta que logré nadar. Entonces empecé a nadar todos los días.

—Debió de ser increíble.

—Ella era increíble. —Gwen levantó la cara para mirar a Rick—. Siempre me decía que podía hacer lo que me propusiera, y que no debía escuchar a quienes me dijeran lo contrario.

—Ella estaría orgullosa de ti.

—¿Tú crees?

—Eres una exitosa mujer de negocios y una artista talentosa. Tu obra va a ser presentada en uno de los mejores museos del mundo. Tienes amigas que te quieren mucho. Eres noble y cariñosa. —Le secó las lágrimas—. Probablemente está sonriendo al verte desde el cielo.

Gwen no dijo nada por un rato, como si tuviera que asimilar esas palabras. Luego le dio un beso en el hombro.

—Gracias.

GWENDOLYN SE DURMIÓ en sus brazos, pero Rick siguió despierto. Sus pensamientos no lo dejaban en paz.

No, no era sus pensamientos... eran sus sentimientos. Porque era muy posible que a él realmente *le gustara* Gwendolyn Pierce. Le gustaba como para una casita con cerco de madera y camioneta para toda la familia.

Él nunca se había visto a sí mismo como hombre de familia.

La vio, acurrucada en su hombro, durmiendo como una princesa, y algo en él se tranquilizó. No había peligro; Gwendolyn tampoco era una mujer de familia.

Viendo la hora, no supo si debía irse a su casa. Era tarde, y nunca habían pasado la noche juntos.

No quería irse. Estaba muy feliz donde estaba.

Pero sabía que debía hacerlo, así que se zafó, haciendo pausas para tranquilizarla y no despertarla. En silencio se vistió y fue a la cocina a tomar un vaso de agua antes de marcharse.

Sacó un vaso de la alacena y fue al refrigerador. Ahí es donde él descubriría que ella era una asesina serial, porque todos los asesinos seriales suelen tener sus trofeos en el congelador. Sonrió al abrir la puerta, imaginándose que se iba a topar con un par de ojos y bolsas de plástico llenas de pedazos de cadáveres.

Lo que encontró fue algo peor que un cadáver en trozos. El refrigerador estaba lleno de fajas de billetes de cien dólares.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LOLA ARREMETIÓ contra la puerta y las campanitas, por lo general delicadas, se agitaron sonoramente.

—¡Gwen, cierra la tienda! ¡Vamos al café de Eve!

Gwen cerró el cuaderno donde estaba escribiendo su nombre junto al de Rick, y lo escondió para ahorrarse el interrogatorio.

—¿Por qué vamos a ir con Eve?

—Quiero esos cuernitos de chocolate —sonrió su amiga—. Recién salidos del horno.

—Con un cuernito frío me basta. —Saltó de la silla y se puso los zapatos que antes se había quitado. Cualquier cosa con tal de no estar pensando por qué Rick no se había reportado en casi una semana; no lo había visto desde aquella vez en que la consoló por la muerte de Mamie Yvette.

Sin querer pensar en eso, tomó su suéter, porque la niebla había enfriado la tarde, y siguió a su amiga, la energética escritora de novelas de romance.

—¿Has estado comiendo galletitas? —preguntó Gwen mientras echaba el cerrojo a la puerta.

Lola rio, rebotando sobre los dedos de los pies.

—Fui a mi clase yoga en Bikram. Estoy llena de endorfinas luego de haberme retorcido como un pretzel.

—Una vez intenté hacer yoga. —Había viajado a la India, y se había quedado por varios meses.

—No te imagino haciendo yoga —dijo Lola, tomando a Gwen del brazo mientras caminaban por la calle—. Siempre andas acelerada. Si fueras un personaje en una de mis novelas, te escribiría un pasado trágico del que estarías tratando de huir.

Dado que casi había dado en el clavo, Gwen dijo:

—¿Y cómo va tu libro?

Lola se entusiasmó.

—Muy bien, de hecho. Hoy escribí quince páginas. Al principio tuve algunos problemas, pero reafirmé la motivación de mi heroína y ahora la historia avanza bien. Creo que voy a terminar antes de mi fecha de entrega.

—Bikram y quince páginas. De verdad mereces un cuernito de chocolate.

—Sé que tú también has estado muy ocupada. —Gwen miró a su amiga. ¿Acaso se refería a Rick? Lola realmente no lo conocía—. Con la muestra del Museo Young. Me dijo Eve.

—Ah. Sí —trató de sonreír. Parecía más un quejido. En un momento de rebeldía había firmado todos los contratos. Había sido fácil después que su vieja foto apareciera por todo el internet. Nadie se le había acercado para acusarla de ser la Princesa de la Uva. Consideró que

estaría a salvo, siempre y cuando tomara sus precauciones.

Pese a ello, después de haber estado escondida todos esos años, esto era un brinco muy grande en su vida. Los primeros días luego de firmar los contratos había estado en guardia todo el tiempo, esperando a que aparecieran los paparazzi; o peor aún, que se le presentara Gautier de la Roche. Él tenía un gran interés en que ella siguiera perdida.

—Ya llegamos. —Lola la miró maliciosamente al abrir la puerta del Café Sabio.

Gwen meneó la cabeza.

—¿Por qué estás actuando tan...?

—¡Felicidades!

Gwen se paró en seco, impresionada por los globos y la gente que estaba al fondo.

—¿Qué?

Lola la empujó.

—Para celebrar tu ingreso al Museo Young, tonta.

—Ah. —Caminó entre la gente que la felicitaba y aceptó todos sus buenos deseos. Eve acercaba las copas a Treat, su pareja, y él las llenaba de champaña. Maggie, la barista de Eve, repartía pastelillos en una charola a otras amistades del barrio. Olivia estaba parada frente a ella, sonriendo orgullosa por el logro de su amiga.

Pero no vio a Rick por ningún lado.

Se esforzó para que la sonrisa se le quedara en la cara, pero fue difícil. ¿Por qué Rick no estaba ahí?

No lo había visto en varios días; desde aquella noche en que la había consolado. Él se había ido a la media noche, y le había dejado una nota en la que le decía que estaría ocupado esa semana.

Y nada más.

¿Estaba demasiado ocupado para llamarla? ¿O para escribirle?

Desde esa noche, no había podido hacer nada. Lo único que había hecho era oír tontas canciones de amor y oler la almohada en la que él había dormido.

Era tan patética.

—Felicidades, Gwen. —Eve le acercó una copa de champaña y la abrazó rápidamente y sin apretarla mucho.

Gwen parpadeó al ver a toda aquella gente y la decoración.

—No debieron hacer esto.

—Por supuesto que sí. Estamos orgullosas de ti. —Eve se acercó y susurró—: Hice esos pastelillos de chocolate que tanto te gustan, pero no te preocupes si no alcanzas a comerte todos los que quieras. Guardé unos para que te los lleves a casa.

—Muchas gracias —rio Gwen.

—Tú mereces esto y mucho más —dijo Olivia sumándose al grupo. Abrazó a Gwen fuertemente—. Queríamos celebrar contigo.

—No se me pudo haber ocurrido una sorpresa mejor. —Excepto quizás que Rick también estuviera ahí, se corrigió en silencio.

—Ojalá pudiera recordar el nombre de esa reportera. La hubiera invitado para que cubriera también esto. Pero todo se me olvida. —Olivia tocó su estómago—. Las hormonas me traen loca.

Gwen vio el vientre de su amiga, sin entender. Luego vio que estaba tomando agua mineral y se atragantó.

—¿Estás embarazada?

Radiante, Olivia se llevó la mano al vientre con un gesto protector.

—Sí. Cuatro meses. Y es un niño muy sano.

Gwen abrazó a su amiga. Mucho tiempo antes, Olivia había perdido un bebé, y se culpaba por eso. Gwen sabía que esto debía de ser para ella un triunfo que a la vez le provocaba miedo.

Justo entonces se abrió la puerta y Michael, el esposo de Olivia, entró como una tromba. Caminó hacia su esposa, sin ver a nadie más. La besó, tocando su vientre con gran reverencia.

Gwen se alejó, sintiéndose como una intrusa.

Una intrusa celosa.

Si tan sólo Rick la mirara de la misma forma. Si tan sólo Rick estuviera ahí.

Con su copa llena se abrió el paso entre la gente, dando las gracias a todos los que la felicitaban, hasta llegar al patio. Necesitaba un poco de aire; un momento para tomar fuerzas, para poder agradecerles a todos la fiesta en vez de lamentar la ausencia de ese hombre.

A ella le encantaba el patio de Eve. El lugar era igual que su amiga: muy al grano, práctico, pero encantador. Unas plantas frondosas crecían alrededor de las bancas y las mesas de madera. La mitad del patio estaba cubierta, para proteger a las plantas de la niebla que acechaba casi todas las tardes. Esa noche, las diminutas luces blancas estaban encendidas, por lo que parecía un lugar habitado por las hadas. Mágico. Romántico. El tipo de lugar en el que querías que un novio te bese.

Si tan sólo él estuviera ahí.

—¿Te estás escondiendo?

Se dio la vuelta y se tranquilizó cuando vio que era Treat.

—Es un buen sitio para esconderse.

—De todos modos, Eve te encontraría. —Él sonrió de aquella forma tan suya, lenta y sensual. Pero, curiosamente, no era tan excitante como la sonrisa sarcástica de Rick. Gwen frunció el ceño. No iba a preguntarle por Rick, aunque Treat era su mejor amigo y sabría dónde estaría—. Rick también te encontraría —le dijo Treat, como si leyera su mente.

—Eso no lo sé —Gwen meneó la cabeza.

—Rick y yo hemos sido amigos desde la universidad —dijo Treat luego de una pausa—. Rick siempre descubre los secretos de la humanidad. Esposos infieles y esposas que cometen fraude. Pero, al menos, tuvo a sus padres como ejemplo de amor a seguir. En el fondo, aunque es escéptico, él cree que existe el amor. Valora la verdad y la honestidad por encima de todas las cosas.

Y ella era una mentirosa, porque no podía contarle la verdad sobre su pasado, y eso la desanimó.

—¿Por qué me dices eso?

—Creo que tú lo sabes —sonrió amablemente—. Sabes que puedes confiar en él.

¿De verdad?

Sí. La respuesta que sintió fue firme y no dejaba lugar a dudas. Asintió con la cabeza y luego, impulsivamente, abrazó a Treat.

—Muchas gracias.

—Para que lo sepas, lo conozco desde hace mucho, y nunca lo he visto tan alterado por una mujer. Le encantan los acertijos y suele descubrir a la gente en un dos por tres. No es común que alguien lo deje lleno de dudas. —Treat alzó su mentón—. Sigue así. Vas muy bien.

Aunque dejarlo lleno de dudas significaba seguir mintiendo.

Pero luego oyó la voz de su abuela en su cabeza: *Confía en el amor, Geneviève. El amor siempre prevalecerá.*

Su abuela siempre había tenido la razón. Gwen sólo debía confiar en que Rick la quería tanto

como para no abandonarla cuando supiera todos sus secretos.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¡HIJO! —gritó Duncan, el padre de Rick, en el auricular—, tu madre me está volviendo loco. ¿Aún tienes un futón en tu oficina?

Rick trató de imaginarse a su padre, que era igual de alto que él, pero dos veces más grueso, acomodándose en el futón que estaba en el otro cuarto.

—¿No te importa que te cuelguen los pies?

—Si así salvaré mi matrimonio, no hay problema.

—¿Y ahora qué hiciste?

Su padre se enfureció, pero todo mundo sabía que ladraba sin morder.

—¿Por qué me estás acusando *a mí*? Esa mujer es el problema. Sólo espiaba la ventana de Elsie Harding por curiosidad profesional. ¿Qué puedo yo hacer si esa mujer anda en su casa *como Dios la trajo al mundo*?

Rick meneó la cabeza. Desde que su padre se había retirado, hacía dos años, los pleitos no cesaban en casa. Rick no se preocupaba por el matrimonio de sus padres, pero no le sorprendería ver a su madre corriendo tras él con un sartén en la mano.

—Sabes que puedes quedarte aquí cuando quieras, papá, pero ¿no deberías resolver el problema?

—Le prometí a tu mamá que la llevaría a St. John —suspiró Duncan—. Pero extraño las emociones del trabajo.

Rick decidió no recordarle que un detective se pasa la mayor parte del tiempo observando y esperando. No siempre es emocionante. Si su papá quería tener emociones fuertes, debía buscarlas en otro lugar.

Él las había encontrado en Gwendolyn.

Soltó una risita. Vaya que había encontrado cosas emocionantes. En su refrigerador ella tenía dinero suficiente para comprar un país pequeño. Ésas sí eran emociones.

—¡Hijo! —gritó su padre—. ¿Dónde tienes la cabeza? Ya van tres veces que te pregunto cómo van tus casos.

—Perdón. Estaba pensando.

—Ajá. —Hubo silencio al otro lado de la línea.

El silencio y su padre no eran una buena combinación.

—Papá...

—Conociste a una chica.

—¿Por qué piensas automáticamente eso? ¿Qué tal si es un cliente que me está dando problemas?

—No, esta mujer es un problema. ¿Sabes por qué lo digo?

—¿Acaso tengo alternativa?

Su papá lo ignoró.

—Uno...

Suspirando, Rick se recargó en su silla y subió los pies al escritorio.

—...estás distraído. Y no es por el trabajo —aclaró rápidamente su padre —, pero estás triste. Y se te nota.

—No se me nota —protestó.

—¿Crees que soy un idiota? Y más vale que no se lo preguntes a tu madre —dijo—. Dos, has estado demasiado ocupado los últimos dos meses. Te hablo a tu casa y nunca estás.

—¿Cómo sabes?

—Porque si estuvieras ahí contestarías el teléfono.

Rick no pudo negarlo.

—¿Y tres?

—Tres, *tú me* llamaste. Sólo me llamas cuando tienes problemas con un caso o con una mujer, y si es un caso me lo dices de inmediato. —Su papá rio triunfalmente, por haber resuelto el misterio.

—Qué bueno que esto te hace tan feliz, papá —replicó Rick sacudiendo la cabeza, con ganas de poder ver dónde estaba lo gracioso en todo aquello. Él tenía la imagen de todo aquel dinero en su mente. A eso había que agregar la furiosa voz de Olivia en su cabeza, que le decía que era un imbécil por no haber ido a la fiesta de Gwen, y así no podía tener un buen sentido del humor.

Y, lo más absurdo de todo, él *la extrañaba*. Extrañaba su rara lógica y sus rizos alocados. Extrañaba la luz brillante en sus ojos y la forma en que ella pasaba como un relámpago por la vida. Extrañaba cómo su cuerpo se sentía entre sus brazos cuando los dos conversaban.

Mientras ella le mentía.

—¿Qué te pasa, hijo? Quizás pueda ayudarte.

Frustrado, se enderezó en su silla.

—Es que hay cosas de su vida que ella no me ha contado.

—¿Y se las has preguntado?

—¿Qué? —parpadeó.

—¿Se... las... has... *preguntado*? —le dijo su papa despacio, como si hablara con un tonto.

Y quizás lo era.

—No lo he hecho.

—Pero la has investigado y has construido teorías sobre ella a sus espaldas —musitó Duncan—. Eso es lo que hacemos, pero recuerda que una de las reglas básicas para obtener información es preguntar. Es la ruta más fácil, y ocho de cada diez veces la obtendrás así.

—Papá, tu inteligencia no es bien valorada.

—Díselo a tu madre. Ahora ve y atrapa a esa chica.

—Papá...

—¿Sí?

—Gracias.

RICK FUE CORRIENDO A MI MACETA. En el camino, hizo una lista mental de todas las cosas que le iba a preguntar: el congelador lleno de dinero, ante todo. Entró como loco a la tienda, sin aliento, pero con mucha decisión.

Gwendolyn salió corriendo de la trastienda, con sus grandes ojos totalmente abiertos. Cuando

lo vio, se llevó una mano al pecho.

—Me asustaste. Pensé que me estaban asaltando.

Rick caminó directo hacia ella, la abrazó y la besó. Eso no estaba en el guión, pero su instinto le dijo que era lo que debía hacer.

Ella se derritió al instante, apoyada en su cuerpo, aunque él por alguna razón sintió que ella no quería reaccionar así.

No podía culparla. Levantó la cabeza, puso la mano bajo la barbilla de Gwen y le dijo:

—Primeramente, lo siento por no haber ido a tu fiesta. Olivia me dijo que soy un bastardo, pero no es nada nuevo para mí.

Gwen asintió con la cabeza solemnemente, pero sus ojos se iluminaron un poco.

—Gracias.

—Estaba enojado contigo porque hemos estado juntos durante varias semanas y aún no te conozco. —Pensó en el dinero que había en el congelador—. Te escondes. La única vez que realmente eres honesta es cuando estamos en la cama, como esa noche, cuando me platicaste de tu abuela.

Gwendolyn desvió la mirada. Pasó un largo tiempo y él comenzó a sentir desilusión en el fondo de su pecho. Ella no iba a confiar en él.

Al final Gwen asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

Rick meneó la cabeza. Debió de entender mal.

—¿Perdón?

—Tienes razón —dijo con más seguridad. Lo tomó de la mano, mostrando determinación en el rostro—. ¿Tienes tiempo?

—Sí.

—Tengo algo que quiero mostrarte.

¿Acaso le enseñaría cómo robaba bancos? Él sabía que no debía permitir que su sarcasmo arruinara el momento, así que dejó que cerrara la tienda y la siguió a donde ella quería llevarlo.

Que resultó ser el barrio de la Misión. Específicamente, el Elefante Morado: Un lugar creativo para niños.

Rick frunció el ceño en la entrada. ¿El dinero del refrigerador estaba vinculado a este sitio?

Gwendolyn lo miró antes de entrar. Lo vio con una transparencia que era honesta.

—Éste es un lugar pequeño para empezar, pero lo llevo en el corazón. Comencé esta obra de beneficencia con el apoyo de gente que fui conociendo con el paso de los años. De hecho, fue la razón por la que vine a San Francisco. Lo hice porque...

—¿Pensaste que todos los niños deben aprender a pintar arbolitos alegres? —preguntó.

—Precisamente —sonrió Gwen.

—Leí en el sitio web que eres una de las fundadoras. —Al ver su sorpresa, él se encogió de hombros—. Eso fue antes de nuestra tregua.

—Más te vale. —Gwen lo miró con decisión y entró al edificio.

Era exactamente como él lo había imaginado, conociendo a Gwendolyn. Brillante, dinámico y lleno de risas. Ella lo tomó del brazo y señaló:

—Allá está la clase de dibujo. Enseguida, donde ves los lienzos en blanco, está la pintura libre. Nosotros ponemos los lienzos y diferentes materiales y los dejamos solos. En la esquina, tenemos lo que yo llamo artes táctiles.

—¿Qué es eso?

—Barro. Estambre para tejer o lo que sea. Tela y cosas, si alguien quiere coser. Materiales

para hacer modelos —dijo, encogiendo los hombros—. Ese tipo de cosas.

—¿Todos son niños de escasos recursos?

—Para nada. —Sacudió la cabeza con tanto vigor que sus rizos rebotaron—. No discriminamos. Especialmente por razones de dinero. Todos merecen una oportunidad para crear, si es lo que quieren, no importa de dónde vengan. A veces, entre más dinero, más obstáculos tienes.

Él la enfrentó.

—¿Tuviste muchos obstáculos en tu niñez? ¿Le robaste el dinero a alguien?

Ella dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dijiste?

Él cerró la boca, bajó la cabeza y dijo suavemente:

—Vi el dinero que tienes en el congelador, princesa.

Sus ojos se estrecharon, y Gwen lo prensó de la chamarra para acercarlo. Su voz estaba llena de rabia.

—¿Me *esculcaste*?

—No —negó con la cabeza—, quería hielo. Ojalá no lo hubiera visto, pero no puedo olvidarlo. Dime que no hiciste nada ilegal.

—Por supuesto que no, idiota —lo fusiló con la mirada—. ¿Cómo pudiste pensar eso?

Rick se acercó y suspiró, consciente de las miradas que estaban atrayendo.

—¿Cómo podría pensar lo contrario? Nunca me dices nada de ti. Eres un lienzo en blanco. Podrías ser cualquier persona. Eso es lo que quise decir.

Ella parecía querer discutir, pero luego bajó la guardia.

—Tienes razón.

—¿Sí? —preguntó suspicazmente.

—Sí —lo vio a los ojos—. Te prometo que no es ilegal, que cada centavo es mío, y te explicaré por qué lo tengo. De *dónde* vengo. Pero no ahora.

—¿Entonces cuándo?

—Me he estado cuidando mucho tiempo —se encogió de hombros—. Temo que si hablo de eso, si sale de mi boca, me escucharán los oídos equivocados.

Rick la tomó suavemente de los brazos pero con mucha firmeza.

—¿Estás metida en un lío?

—No —vaciló un poco.

—Okey —aceptó de mala gana—. Esperaré, pero no mucho.

—Te lo diré todo —le prometió entre susurros.

Rick no supo por qué le creyó. Tomó la mano de Gwen para acortar la distancia entre ellos. Ella se relajó visiblemente, con una luz maravillosa iluminando su rostro, y besó los dedos de Rick.

—¡Gwen!

Ambos voltearon.

Una niña desgarbada salió de un salón de la parte de atrás. Era toda piernas y dientes, y sonreía jubilosamente al ver a Gwendolyn. Su cola de caballo rebotaba y llevaba una falda a cuadros y jeans tipo mallones.

—¡Hola! —gritó la adolescente, corriendo hacia ellos. Abrazó con tanto entusiasmo a Gwendolyn que él tuvo que soltarla y ponerle la mano en la espalda para apoyarla.

Gwendolyn respondió al fuerte abrazo de la chica.

—¿Por qué tanto entusiasmo?

—Porque terminé el registro para voluntarios en la página web y está *increíble*. Puedes pintarlo según el tipo de clase que quieras tomar. Tengo talento. —La chica lo vio a él con ojos de cachorro—. ¿Y tú quién eres?

—Rick, un amigo de Gwendolyn —estiró la mano.

No dejó de notar la mirada con la que la chica interrogó a Gwendolyn. Él esperaba que ella se intimidara o que no lo tomara en cuenta, como buena adolescente. Pero se impresionó cuando ella aceptó el saludo, lo miró a los ojos y dijo:

—Soy Laurel. Trabajo aquí.

—Tú no trabajas aquí —rectificó Gwendolyn—. Aquí estudias.

—Eso es lo que mi papá cree —rio la chica.

Meneando la cabeza, Gwendolyn se dirigió a Rick.

—Su papá cree que ella toma clases de arte.

—Reprobé arte el año pasado —dijo la chica con orgullo.

—No es buena para dibujar, pero es un genio con la tecnología. Construyó nuestro sitio web y se encarga de administrarlo. Es impresionante, pero su papá no lo sabe —Gwen meneó la cabeza—. Dile, Rick, que debería decírselo. Que se va a sentir tan orgulloso de ella como nosotros.

Laurel rio nuevamente.

—Es mejor que le digas. No es bueno tener secretos. —Miró a Gwendolyn—. Al final siempre te descubren, y así es más difícil.

Gwen estrechó la mirada, prometiéndole que le iba a cobrar la indirecta.

La adolescente los observó.

—Están hablando entre ustedes, pero no dicen nada. —Entonces se quedó boquiabierta—. ¿Eres el novio de Gwen?

—No nos gustan las etiquetas —dijo Gwendolyn antes de que él pudiera responder.

Laurel asintió con la cabeza sabiamente.

—Como a los perdedores, no les gusta que los llamen así.

—Algo así —dijo Gwen, tratando de ocultar una sonrisa.

—Si fueras un animal, ¿qué serías? —La chica se dirigió a él.

Rick arqueó una ceja y vio a Gwendolyn, que sólo se encogió de hombros.

—Una pantera —le dijo a Laurel.

—¿Eh? —La chica arrugó la nariz mientras lo estudiaba—. Más bien pareces una jirafa.

Gwendolyn se rio disimuladamente. Él en silencio le prometió cobrársela más adelante.

Laurel continuó, sin prestarles atención.

—Rick, si fueras un crayón, ¿cómo te llamarías?

—Anaranjado arruina pupilas —vio directamente a Gwen.

—No creo que ese color exista —dijo la chica, frunciendo el ceño.

Obviamente también recordando su interludio en la piscina, la cara de Gwendolyn enrojeció por completo.

—Ya basta, Laurel —le dijo con aire adulto y razonable.

—Sólo quiero ver si él será buena pareja para ti —se encogió de hombros—. Pero como quieras. Vive tu vida.

La chica otra vez levantó los hombros y se retiró. Luego se devolvió.

—Pero si quieres saber mi opinión, es perfecto —sonrió y luego corrió.

Gwen se dirigió a Rick en voz baja.

—Estamos construyendo un sótano para encerrarla.

—No debe de ser tan mala. Cree que somos compatibles.

Gwendolyn torció los ojos, imitando perfectamente a la adolescente.

Él tomó su mano nuevamente.

—Estaremos bien cuando decidamos que estamos del mismo lado.

—¿Estamos del mismo lado? —le preguntó Gwen.

—Sí. —Entonces, porque hubo un instante de duda, y porque él quería ser honesto, especialmente en ese momento, remató—: Por ahora.

—Sí —ella asintió con la cabeza—. Por el momento, el momento es buenísimo.

Rick le apartó el pelo de la cara.

—Ni cómo negarlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—ESTÁS ENSIMISMADA EN EL CAFÉ, Camille —dijo Elizabeth al entrar a la cocina—. Sabes que interrumpes mi *chi* cuando te pones así de pensativa.

Ella siempre hacía algo que interrumpía el chi de su mamá. Su mamá se había perdido la época del amor libre en el norte de California; su formación provenía del punk británico. Nunca le había gustado dejarse llevar por la corriente y siempre chocó contra lo establecido. Pero un par de años atrás había entrevistado al Dalai Lama y desde entonces había enloquecido con el chi. Desafortunadamente, el chi no la hacía meditar mucho. Elizabeth pensaba que meditar arruinaría su carácter de hierro.

Camille siempre quiso que Elizabeth fuera más su mamá y menos una mujer de hierro. Suspiró y volvió a concentrarse en su computadora. Y no por ver el monitor sucedería un milagro.

—¿Por qué estás vestida así? —Su mamá le hizo gestos.

—¿Cómo? —Camille vio el vestido que había comprado especialmente para su primera cita con Dylan. Era una lluvia de colores, un rosa tan brillante que Gwendolyn Pierce se hubiera sentido orgullosa de ella. Camille no lo hubiera escogido, pero la vendedora le dijo que lucía espléndida. Se sentía bien. Y Dylan odiaba el negro.

—Es horrible. —Elizabeth tomó un plato con cereal del fregadero y echó ahí la ceniza del cigarro—. ¿Desde cuándo te arreglas tanto para trabajar en casa?

Camille no pensaba trabajar, pero se había arreglado temprano; su otra opción era preocuparse por la cita.

—No estoy tan arreglada —dijo, moviendo sus pies debajo de la mesa para que su mamá no viera los extravagantes zapatos con encaje rosa que tan caros le habían costado, y que había adquirido para que su atuendo estuviera completo.

—Si no estuvieras tan concentrada en la computadora, pensaría que el atuendo era el motivo de tu preocupación. —Su mamá arqueó la ceja al ver la laptop de su hija, mientras aspiraba el cigarro—. ¿Qué estás haciendo que te está dando tanto problema?

—Nada. —Elizabeth se reiría si Camille le dijera que estaba buscando a la Princesa de la Uva perdida, y que presentía que la mujer se estaba haciendo pasar por una pintora de calabazas en Laurel Heights.

¿Por qué Gwendolyn había reaccionado así cuando vio el artículo sobre Yvette de la Roche? Camille no dejaba de pensar en eso, y en la similitud entre Geneviève y Gwendolyn.

—Claro que algo te pasa —dijo su mamá, apagando el cigarro—. Te ves como si estuvieras constipada.

—¿Qué? —Camille tocó sus mejillas.

Elizabeth hizo un gesto con la mano.

—Siempre te pones así cuando algo te molesta. Dime qué tienes.

—De verdad no es nada. —Porque aún no tenía nada que decir. No había algo que conectara definitivamente a Gwendolyn con la heredera del vino, a pesar del presentimiento que tenía.

—Cuéntame, por Dios. —Su mamá se sentó frente a ella—. No voy a reventar tu burbujita de jabón.

Elizabeth decía eso ahora, pero siempre se la hacía. Aunque Camille no tenía nada que perder. ¿Qué daño podría causarle?

—Entrevisté a esta mujer para un reportaje, y presiento que oculta algo.

Su mamá se acercó, interesada de pronto.

—¿Cómo qué?

—Tiene un misterio. —Camille se encogió de hombros, tratando de suavizar el asunto. Todo parecía tan ridículo.

—Siempre hazle caso a tus presentimientos, Camille. Es la primera regla del periodismo. ¿Por qué te dio esa impresión?

—Tenía este periódico en la mano —Sacó el viejo periódico y se lo dio a su madre—, y se alteró mucho cuando vio el artículo sobre Yvette de la Roche.

Su mamá le arrebató el periódico y lo revisó.

—Recuerdo cuando desapareció la nieta de Yvette de la Roche. Fue la noticia del año.

—No sé por qué pensé que podría haber una conexión —dijo Camille para no darle importancia al tema—. Sólo que su reacción fue bastante exagerada.

—¿Cómo es esta mujer?

Camille pensó en la alocada y vibrante Gwendolyn Pierce y meneó la cabeza.

—No se parece en nada a las fotos de Geneviève de la Roche que he visto.

—¿Serán más o menos de la misma edad?

—No sé cuántos años tiene Gwendolyn.

La mirada penetrante de su mamá se concentró en ella.

—¿Gwendolyn?

—Sí.

—Gwendolyn. Geneviève. —Arqueó la ceja como si hubiera atado cabos—. ¿Será coincidencia?

—Las coincidencias no existen —dijo Camille automáticamente—. Por eso me puse en estado de alerta.

—Exactamente. —Su mamá puso el periódico en la mesa, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Comprendes el potencial de esta nota? Tendrías el reportaje del año si encuentras a la Princesa de la Uva.

—Pero no tengo información que lo fundamente.

Su mamá se sentó junto a ella y movió la laptop para poder verla. Con la frente arrugada, se inclinó hacia adelante.

—Ve por mis lentes, Camille.

Miró el reloj. Elizabeth, cuando se concentraba, podía pasar horas revisando algo. Camille no disponía de horas. Se suponía que iba a encontrarse con Dylan en cuarenta y cinco minutos para su primera cita.

—¿Podemos ver esto después? Tengo una cita.

Su madre la vio.

—¿Qué puede ser más importante que la noticia del año?

Camille abrió su boca para decir el nombre de Dylan, pero no pudo hacerlo. Su mamá se burlaría de ella por anteponer su vida social a su profesión.

—¿Qué hacemos? —Elizabeth arqueó la ceja.

Camille sabía que debía callar cuando su mamá usaba ese tono, así que se levantó y fue al estudio. Tardó unos minutos para encontrar los lentes en el caos que era su lugar de trabajo.

Antes de volver a la cocina, sacó el celular y llamó a Dylan.

—Camille —dijo sin más cuando contestó el teléfono—. Ya quiero verte.

Ella se estremeció con el placer y la promesa en su voz. Por un segundo, estuvo tentada a salir de ahí y dejar a su mamá en suspenso.

—Camille —habló Elizabeth desde la cocina—. ¿Te perdiste o qué?

—¿Camille? —preguntó Dylan.

Se sentó y se quitó los zapatos. Eran muy incómodos.

—Por eso te hablo, necesito cancelar la cena. —El silencio al otro lado del auricular fue impactante—. Lo siento —dijo rápidamente—. Algo surgió, y no podré llegar.

—Ya veo.

La desilusión en su voz le rompió el corazón.

—Dylan...

—No te preocupes. Entiendo, Camille. No estoy contento, pero entiendo.

—¿Quizás podamos fijar otro día? —preguntó tentativamente.

Hubo un largo silencio del otro lado. Ella estaba segura de que él le diría que no. Comenzó a sentir un hoyo de desesperación en la boca de su estómago, hasta que finalmente él dijo:

—Otro día. Hablaremos cuando no estés ocupada con tu mamá.

—Camille —gritó su mamá.

Prácticamente colapsándose de alivio, Camille asintió con la cabeza, sin importarle el hecho de que no podría verlo.

—Okey, bien. ¿Te llamo después?

—Sí —respondió—. Ve antes de que Elizabeth se convierta en dragón.

Colgó la bocina, sintiéndose un poco mejor, y fue a la cocina.

Su mamá estaba en el teclado, con un cigarro sin prender en la boca, los dedos golpeteando furiosamente.

—Hasta que los encuentre.

—Aquí tienes. —Camille le entregó los lentes.

Elizabeth gruñó, sin agarrarlos.

—¿Haz buscado a Gwendolyn Pierce con fuentes del FBI?

¿Cuáles fuentes?

—Aún no.

—Piensa como una periodista hambrienta, Camille —regañó su madre—. ¿Has verificado sus huellas?

—No tengo huellas.

—Pues quizás debas conseguir las. —Elizabeth cerró su laptop—. Si no es porque naciste en la casa, juraría que te cambiaron en el hospital.

Eso dolió. Hizo una mueca cuando su mamá salió de la cocina.

Pero Elizabeth tenía razón: ella no estaba a la altura y no pensaba como periodista. Actuaba como una adolescente rebelde que quería salir con un chico. Su carrera era más importante; Dylan la apreciaba y había comprendido la situación.

Vio la foto de Geneviève de la Roche en el monitor de su computadora. ¿De dónde iba a

sacar las huellas?

La calabaza.

Tenía que recoger la calabaza que había hecho con Gwendolyn; tendría las huellas digitales de la mujer. Sólo tendría que encontrar la manera de compararlas con las huellas de Geneviève de la Roche.

Ahí es donde venía bien al caso tener un amigo escritor de novelas de suspenso. Un amigo que también quería salir con ella.

Sonrió lentamente, sintiéndose más positiva que nunca. Todo saldría bien. Ella lo sabía.

CAMILLE ESPERABA AFUERA de Mi Maceta cuando llegó Gwen aquella mañana de viernes.

La artista llegó patinando hasta la puerta principal con expresión de sorpresa.

—Tengo un *déjà vu*.

—Vengo por la calabaza que pinté —carraspeó Camille.

—Ah. —Gwendolyn abrió la puerta y le dio el paso—. Estás en tu casa. Ahora vuelvo.

Camille murmuró algo y trató de no parecer nerviosa. Había mucho en juego, pero era difícil sentarse y estarse quieta. ¿Qué tal si no conseguía una buena huella? ¿Qué tal si Dylan no la ayudaba? ¿Qué tal si su contacto en la CIA no hallaba nada?

¿Qué tal si estaba en lo cierto y había encontrado a la Princesa de la Uva?

Suspirando, se limpió las manos en la falda.

—Aquí tienes.

Casi pegando un brinco, se dio la vuelta.

Gwendolyn tenía en sus manos la calabaza que había hecho Camille, y la estudiaba como toda una crítica de arte.

—Este trabajo es muy bueno.

—¿Sí? —preguntó dudosa.

—No lo diría si no fuera cierto. —La mujer llevó la pieza al mostrador y la envolvió—. ¿Qué vas a hacer con tu calabaza?

—Este... se la regalaré a un amigo. —Trató de no sentirse culpable por la verdad disfrazada que acababa de decir, pero no pudo hacerlo.

—Qué bueno. El arte debe apreciarse, especialmente cuando lo regalas con amor.

—Ah, yo no lo amo —dijo rápidamente, pero esas palabras también sonaron falsas.

—Hmm.

—¿Y eso qué significa? —Camille frunció el ceño.

—Lo que tú quieras. —Gwendolyn se encogió de hombros—. Aquí tienes.

Camille tomó la bolsa como si fuera una bomba.

—Muchas gracias —balbuceó y salió de la tienda.

En cuanto llegó a la esquina, sacó su teléfono y llamó a Dylan. Contestó al primer timbrado.

—Estaba pensando en ti.

La manera como lo dijo, en voz baja, como en un susurro, como si se acabara de despertar y aún estuviera en la cama, la hizo estremecer. Camille trató de apagar sus emociones.

—Necesito que me hagas un favor —carraspeó.

—Dime.

—Necesito que verifiques unas huellas. ¿Crees que alguno de tus contactos en la CIA pueda ayudarme?

Hubo una pausa.

—¿Estás bien? —le dijo.

—Es para un reportaje.

—Ésa no es una respuesta a mi pregunta.

Ella miró la bolsa.

—Tengo que hacerlo.

—Estoy en la casa, Camille. Ven para acá.

Colgó y decidió pagar un taxi. Le dio al chofer la dirección de Dylan en la Misión.

Él abrió la puerta antes de que ella llegara al porche. La estaba esperando con el pantalón de su pijama y nada más. Ella creía que los hombres hacían eso sólo en las películas. Ciertamente, él parecía un artista de cine; era igual de guapo que cualquier actor famoso.

Dylan la miró subir los escalones.

Ella no pudo anticipar lo que él estaba pensando, pero eso no era raro; casi nunca podía leer sus pensamientos.

Por el contrario, él podía leerla como si fuera un libro abierto.

—¿En qué andas metida, Camille? —le preguntó cuando subió el último escalón.

—Sólo necesito verificar la identidad de estas huellas —Le mostró la bolsa—. Quiero correrlas en una base de datos internacional.

—¿Para qué?

—Un reportaje.

Él la miró incrédulo.

—Por favor. —Camille trató de verse tierna e indefensa.

Funcionó. Dylan tomó la bolsa.

—¿Y la literatura? Pensé que te ibas a concentrar en la escritura.

—Esto tiene que ver con mi oficio de escritora.

—No, esto tiene que ver con tu mamá.

—¿Qué? —retrocedió, sintiendo que acababan de darle una bofetada.

Él puso la bolsa en el piso sin dejar de verla a ella.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—Por supuesto.

—Acababas de terminar la universidad —le dijo—, y cuando me encontraste, estabas buscando una figura paterna.

Ella se sonrojó.

—Jamás te vi así. Nunca.

—No, porque no buscas la aprobación de papi, sino de mami. —Automáticamente comenzó a negarlo, pero ¿cómo podría hacer eso? Decidió cerrar la boca y cruzó los brazos—. ¿Pero sabes una cosa, Camille? Tu mami nunca te dará lo que quieres, porque ella no sabe quién eres.

—¿Y tú sí?

—Sí. —Se le acercó tanto que ella pudo sentir el calor de su cuerpo—. No eres una periodista. Eres una novelista. El periodismo no es suficiente para ti. Tienes demasiadas emociones. Debajo de toda esa ropa negra, eres una mujer llena de color y creatividad. Eres la antítesis de Elizabeth Bernard, y nunca serás feliz si no lo aceptas.

Ella meneó la cabeza.

—Hubo un tiempo en el que hubiera estado de acuerdo contigo, pero mis instintos periodísticos finalmente afloraron. —Él gruñó y alzó las manos—. No. —Ella le bajó los brazos—. Escúchame. Hay algo aquí, y necesito tu ayuda, Dylan. ¿Por favor? —Él no dijo nada—. ¿Por favor, Dylan?

Dylan la estudió, ocultando sus pensamientos.

—¿Realmente es lo que quieres? —dijo al fin.

—Sí —dijo ella con más seguridad de la que sentía.

—¿Y qué será de nosotros?

—¿Nosotros? —Camille meneó la cabeza, confundida—. ¿A qué te refieres?

—Lo sabía. —Se alejó—. Okey. Me rindo.

El pánico inundó la garganta de Camille.

—¿Qué?

—Me rindo, Camille. —Él la miró, con los brazos cruzados—. Te llamaré en cuanto mi contacto se comunique, y eso será todo.

Ella quería decir que sí, que eso era todo que necesitaba, pero sabía que él no se estaba refiriendo al favor que le había pedido; se estaba refiriendo a ellos.

Tragándose la sensación de pérdida, comenzó a preguntarle qué podía hacer para que las cosas no terminaran así; comenzó a negociar. El problema era que, con tan sólo ver su expresión, entendió que él no quería negociar. Con temor a decir algo que lo hiciera cambiar de opinión, cerró la boca y asintió con la cabeza.

Por dentro se daba de patadas, y sabía que si se retiraba en ese momento, perdería lo más importante que tenía en la vida.

Tu carrera es lo más importante, escuchó la fría voz de su madre.

En ese momento, no estaba tan segura. Confundida, de nuevo le dio las gracias y se retiró, tratando de no darle fuerza a las dudas que la partían por dentro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

RICK ESTABA TAN ojeroso cuando llegó a su departamento que Gwen lo tomó de la mano y lo llevó directamente a la piscina de Candace. Sintió mucho alivio cuando él suspiró, largamente y con verdadero sentimiento, en cuanto entró al agua.

Gwen dio varias vueltas vigorosas por la piscina antes de adoptar un ritmo indolente. Vio cómo él continuaba, vuelta tras vuelta, admirando su ejemplar su musculatura.

De pronto Rick se detuvo, meneando la cabeza y viéndola a ella.

Gwen le sonrió desde la orilla donde estaba flotando. Fue a su lado y lo abrazó como un koala.

—¿Solucionaste tu problema? —le preguntó.

—Sí. Gracias. —Le hizo el pelo hacia atrás—. Creo que no te saludé bien.

—Eso es cierto.

—Debo corregir mi error.

—Deberías.

El beso primero fue suave, tomando calor lentamente hasta que ella estaba más agitada que de todas las vueltas que había dado en la alberca.

Rick presionó su frente contra la de ella y suspiró.

—Me hacía falta eso. Nadar y tenerte a mi lado.

—¿Tuviste un día difícil, amor? —le frotó los hombros.

Sus labios se contorsionaron.

—Algo así. Me contrataron para que encontrara a un hombre que abandonó a su familia. Hoy lo encontré.

—¿Dónde está?

—En Perú.

Gwen hizo una mueca.

—Eso no puede ser bueno para la mamá ni para el niño, ¿verdad?

—Para nada. —Su mandíbula se trabó—. El infeliz sacó todo el dinero del banco antes de irse.

Gautier de la Roche tenía muchos, pero muchos defectos; pero al menos nunca le había dado la espalda, aunque sabía que ella no era su hija biológica.

—¿Irás a Perú y lo castrarás?

—Ojalá pudiera. —Respirando profundamente, levantó los ojos hacia la luna—. Me da mucha pena con la madre.

—Y con el niño.

Rick flotó boca arriba, sosteniéndola encima de él.

—No lo sé. ¿No es mejor no tener a un padre cerca de ti cuando el tipo es un imbécil?

Ella lo pensó mejor.

—Tienes razón.

—¿Lo dices por experiencia?

Su instinto era cambiar de tema y hablar de algo superficial y frívolo, pero había prometido ser franca y honesta. Tenía que intentarlo. Quería intentarlo.

Ella confiaba en él; ya lo había aceptado.

—Mi padre no tiene la culpa por la forma como me trató —dijo cautelosamente, meneando la cabeza.

Debajo de ella, Rick se tensionó.

—¿Cómo te trató?

—Me ignoró. Él tenía a Roger, mi hermano, su primogénito y heredero. Además, Roger sí es su hijo. Yo no. Mi mamá tuvo una aventura y por eso nací yo, y siempre aprovechó cualquier oportunidad para restregárselo en la cara a él. —Arrugó la nariz—. Pareciera que mi madre fue terrible, pero en sí ella estaba triste y quería rebelarse. Nunca tuvo una buena relación con mi padre. Él siempre le fue infiel, y ella le respondió de la misma forma.

—¿Sabes quién es tu verdadero padre?

—No. Y no puedo decirte que no me importa, pero cada vez pienso menos en eso, conforme pasan los años.

Parecía que Rick procesaba la información.

—Tú no te merecías eso —dijo finalmente.

—Por eso soy así —se encogió de hombros.

—¿Por eso te fuiste? —Ella negó con la cabeza, pero no aclaró el punto. No quería abordar el tema en ese momento—. Mis padres son cariñosos —dijo Rick, abrazándola—. A veces uno vuelve loco al otro, pero son muy unidos. Son un equipo. De eso no hay duda.

—No me imagino. Debe de ser lindo tener a alguien en quien confiar —dijo Gwen con melancolía. Sus padres habían sido tan egoístas.

—Eso es lo que quiero. —Rick la miraba como si ella fuera lo único que existiera en el mundo—. Cuando elija a la persona con la que quiera compartir mi vida para siempre, quiero que sea alguien en quien pueda confiar, que me quiera tanto como yo a ella.

—¿Quieres compartir tu vida entera con la misma persona? —Gwen tragó saliva.

—Sí —dijo él sin temor a equivocarse—. Quiero tener una relación como la de mis padres. Ellos tienen sus altibajos, pero al final siempre se apoyan.

Gwen trató de visualizarlo. Era difícil, pero no imposible. Con Rick, no era imposible en absoluto.

—¿Pero dónde viviríamos? —se preguntó en voz alta.

—En mi casa —dijo él sin vacilar.

Ella afiló la mirada.

—¿Es un lugar café con muebles de piel y tapetes peludos? ¿Con espejos en el techo de tu recámara?

—No sabía que ya habías ido —sonrió—. Puedes cambiar la decoración.

—¿De verdad?

—Siempre y cuando no toques los espejos.

Ella lo salpicó.

—Tendríamos que negociar primero antes de que yo acepte dejar ahí mi cepillo de dientes.

—¿Como qué quieres negociar?

—No esperes que cocine. Yo no cocino.

—Entonces yo cocinaré —se encogió de hombros.

Gwen se hundió en el agua, muy sorprendida.

—¿Sabes cocinar?

—Mi mamá me obligó a aprender. Decía que lo hacía pensando en la mujer con la que algún día viviría.

—Inteligente mujer.

—No tienes idea. No me gustaba lavar mi ropa; entonces, cuando tenía trece años, ella “por accidente” lavó mi ropa blanca con calcetines rojos.

Gwen rio.

—Claro, a ti te da risa, pero todos se burlaron de mis calzones rosas en los vestidores de la escuela, semana tras semana.

—Incluso con calzones rosas podrías ser sexy.

—¿Crees que soy sexy? —se animó.

—No, dejo que te desnudes conmigo en mi cuarto por lástima.

Él se sumergió y fue por ella, para hundirla también. Gwen emergió muerta de la risa y abrazada de él, brillando bajo la luz de la luna, con el calor de un sueño compartido.

CAPÍTULO VEINTE

EL REPORTAJE se publicó un martes.

Camille estaba sentada en las gradas de la entrada, antes del alba, mordiéndose las uñas, esperando a que le entregaran el periódico. Vio el camión repartidor a media cuadra de distancia y corrió para recibirlo.

El repartidor la vio como si estuviera loca. Si su vida profesional dependiera de ese artículo, no la hubiera juzgado tan duramente.

Entró corriendo a su casa, con el periódico en la mano. Un día antes, cuando había entregado el texto junto con la fuente de la CIA que Dylan le había proporcionado, Mac se había ido de bruces. Cuando éste había logrado dejar de salivar al tener en sus manos la noticia de la década, la había editado rápidamente y le había dicho a Camille que le daría la primera plana. También le había asegurado que todas las agencias noticiosas lo reproducirían.

El sueño de todo reportero.

Si tan sólo se sintiera un poco más feliz.

Sentada en la mesa de la cocina, retiró el envoltorio del periódico y abrió el diario. La página principal decía:

¡ENCUENTRAN A LA PRINCESA DE LA UVA!

En letras pequeñas, abajo, decía:

Reportaje de Camille Bernard

Dibujó las letras con el dedo. Se veía increíble.

Pero no se sentía muy bien que digamos.

—¿Ésa es tu nota? —le preguntó su mamá al entrar a la cocina, envuelta en su kimono. Tomó el periódico que estaba en la mesa y lo alzó para leerlo.

Camille no podía respirar. Metió las manos debajo de la silla para no morderse las uñas delante de su mamá.

Luego de una eternidad, su madre dejó el periódico en la mesa. Se quedó ahí parada como una valquiria, con las manos en la cadera y una dura expresión en la cara.

—Eso —Elizabeth señaló el periódico— sí es digno de un hija mía.

Escuchar aquella muestra de aprobación no la hizo sentir tan reivindicada como había imaginado. Sobre todo porque Gwen había sido amable, y ella obviamente no quería que nadie

supiera quién era. Especialmente porque había perdido a Dylan a causa de esto.

—Muchas gracias —murmuró.

Su mamá se acercó a la mesa.

—Finalmente sacaste las garras. Tenemos que celebrar.

Camille se dijo que debería, en efecto, sentir ganas de celebrar, pero al ver la foto cándida que le había tomado a la inocente Gwendolyn Pierce, no se sintió tan satisfecha.

—No lo sé...

—Yo sí. —Elizabeth aplaudió una vez y tomó el teléfono—. Haremos una fiesta.

—De verdad no...

—Haremos la fiesta y no se hable más del asunto —frunció el ceño—. Te ves desanimada a pesar de que acabas de publicar la nota del año. Deberías estar aceptando invitaciones para presentarte en CNN y CNBC. La fama es fugaz, Camille. Debes aprovecharla al máximo.

Difícil aprovecharla, cuando su corazón rebosaba de tristeza.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LA CANCIÓN “CORDUROY” de Pearl Jam sonaba en la tienda a todo volumen. Por lo general Gwen no escuchaba música tan fuerte y vibrante en la tienda, pero necesitaba algo que correspondiera con su estado de ánimo.

Su estado de ánimo era bueno. Se sentía dichosa. Eufórica.

Extasiada.

Estaba cantando con Pearl Jam. Siempre que oía esa canción se ponía feliz. Le recordaba a un estupendo fin de semana en Seattle con una pareja que había conocido allá. Había empezado a platicar con el muchacho, que se llamaba Eddie, y con su novia en una cafetería, y habían congeniado tanto que terminó quedándose con ellos varios días.

No fue sino hasta mucho después que ella había descubierto quién era él en realidad.

Se abrió la puerta de enfrente. No tenía ganas de bajarle al volumen, pero fue a ver quien tocaba. Su sonrisa fue sincera cuando vio que era una de sus mejores clientas que vivía en el barrio.

—Stacy. Hace tiempo que no te veo.

—Estábamos en Europa. Llegué hace apenas una semana, pero pensé que debía venir a verte antes de que se hiciera un tumulto. —Gwen miró a su alrededor. ¿Cuál tumulto? Se encogió de hombros—. Quiero que me hagas un trabajo. Algo como para la nobleza —rio Stacy, con los ojos llenos de emoción.

—Okey —dijo Gwen, renuente—. ¿Quieres algo morado? ¿O quizás algo que lleve la bandera británica?

La mujer le dio unas palmaditas en la mano.

—Tú sabes mejor que yo, linda. Me muero por decirles a mis amigas que tú me hiciste una pieza. ¿Cuándo crees que terminarás?

—En un par de semanas. —Vaya novedad; alguien quería presumir su obra. Tal vez ya habían publicado el artículo sobre el Museo Young. Debía buscarlo.

—¿Me llamarás? Te veré después. —La mujer se despidió, con una risita de satisfacción, y se dirigió a la puerta. Al irse vio que había cierto alboroto y en seguida entró Lola.

Gwen estaba a punto de saludarla muy contenta cuando vio la cara de su amiga.

—¿Qué pasó?

Lola simplemente puso el periódico frente a ella. Tardó un momento en comprender el encabezado.

La Princesa de la Uva se escondía entre la niebla de San Francisco.

La sangre se le fue a los talones.

—Siéntate. —Lola le puso un banquillo al lado y la sentó ahí—. ¿Quieres agua?

Gwen sólo meneó la cabeza, porque había perdido el habla. Se hizo hacia adelante mirando la vieja imagen de sí misma en blanco y negro, junto a otra que no sabía que existía. Lentamente leyó el texto del artículo debajo de las fotos.

Lo contaba todo. Cómo ella había desaparecido para luego ser hallada catorce años después en San Francisco. Describía su tienda y cómo había renunciado a una vida en sociedad para convertirse en una artista.

Se dejó caer pesadamente, estupefacta.

—¿Debo preguntarte si es cierto? —intervino Lola.

Negó otra vez con la cabeza.

—¿De verdad eres Geneviève de la Roche? ¿Te molesta si me emociono? Eres la primera heredera que conozco.

—Ya no lo soy. Soy una pintora de calabazas.

—Eso no es lo que dice el artículo. —Lola golpeó el periódico—. Este artículo dice que acabas de heredar gran parte del negocio de la familia porque tu abuela falleció.

—No lo quiero. —Sintiendo arder su sangre, Gwen saltó y empezó a gesticular—. Yo dejé todo eso atrás. No quise nada entonces y definitivamente tampoco lo quiero ahora.

—¿Tan mal te fue?

—Peor. Los juegos, las mentiras, las expectativas y tanta desilusión. Fue puro veneno. —Sintió que algo acababa de partirla en dos. Caminó de un lado a otro agitando los brazos—. La prensa siempre estaba ahí, anotando cada error que cometía. Me sofocaba. No viviré así nuevamente.

—Pero ya eres una adulta.

—La prensa nunca se rinde, y luego está mi familia. —Miró a Lola sombríamente—. Ahora que ya no está Mamie Yvette, repartirán las acciones, y si me dejó algo, habrá guerra para ver quién controlará mis intereses. Mi padre no juega parejo. Me dejarán llena de golpes y me aventarán a un lado del camino.

—Y dicen que yo soy dramática. —Lola tomó el periódico frunciendo el ceño—. No puedo creer que hayas vivido tanto tiempo en el anonimato. Es impresionante. No sé cómo pudo un reportero atar tantos cabos.

Gwen leyó el crédito.

—Es esa reportera con la mirada ansiosa que hizo el artículo sobre el Museo Young. Y yo que la ayudé a pintar una calabaza.

—Esto es exhaustivo —dijo Lola golpeando el diario—. Debió tener un indicio, o tal vez encontró una fuente.

—Nadie sabía nada... —Se detuvo abruptamente.

Rick.

—Acabas de pensar en algo. O en alguien.

Ella le había dicho cosas a Rick. Si alguien había sido capaz de descifrar el misterio, tendría que ser él. Rick dijo que no la investigaría, pero sí había dado con el dinero.

Se llenó de desolación. Se dejó caer sobre su trasero.

—¡Gwen! —Lola se acuclilló frente a ella—. ¿Estás bien?

—Creo que jamás volveré a estar bien —meneó la cabeza.

Lola se sentó con las piernas cruzadas, junto a ella.

—¿Sabes qué debemos hacer? Tenemos que pensar.

—No, empacaremos todo y nos iremos. —Entonces frunció el ceño—: No, ya no voy a irme a ningún lado. Me la he pasado huyendo de ellos. Es hora de acabar con todo esto.

—Claro. —Su amiga le dio unas palmadas en la pierna—. Ésta es tu casa. Es tiempo de que te defiendas.

El teléfono empezó a sonar. Ambas lo miraron.

—¿Vas a contestar? —preguntó Lola.

—No. —Seguramente era la prensa. O peor aún, su familia—. Vendrán por mí.

—Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieras. Voltéales el palito.

—¿Perdón?

—Voltea el palito. Cambia las cosas. —Lola se encogió de hombros—. Destruye sus planes. No caigas en su juego. Haz algo que ellos no esperen de ti.

Ella parpadeó.

—Eso es brillante.

—Lo sé —sonrió Lola, complacida consigo misma, y le extendió la mano.

Gwen la tomó y dejó que su amiga la ayudara a ponerse de pie. Luego la abrazó.

—Muchas gracias.

—Cuando quieras.

La puerta se abrió por segunda vez en unos minutos. Ahora era Rick.

Un grito brotó desde el fondo de su ser. Gwen apretó los puños; sólo la controlaba el dolor de sus propias uñas clavadas en las manos. Si Lola no hubiera estado ahí, se le hubiera lanzado al cuello.

Él debió notarlo porque se detuvo abruptamente.

—¿Gwendolyn?

—¡Eres un imbécil! —bramó, tomó una calabaza y la lanzó directo a su cabeza.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

DE TODAS LAS reacciones que por lo general esperaba cada vez que entraba a Mi Maceta, oír a Gwen gritarle "¡Eres un imbécil!" y que le aventara una calabaza a la cabeza, era la última en la lista.

Pero bueno, aquella mañana había estado llena de acontecimientos que él no había esperado. Como descubrir, por ejemplo, que la mujer que le gustaba era la heredera de un emporio vitivinícola del cual estaba huyendo.

—Creo que mejor me voy —dijo la rubia amiga de Gwendolyn. Vio a Rick con lástima y salió apresuradamente de la tienda.

Él no se había fijado en ella, y por lo general lo notaba todo, especialmente si había una rubia atractiva por ahí. Tal era su estado mental en ese momento.

Esperando a que se fuera la rubia, se dirigió a la Princesa de la Uva.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Gwen hizo un ruido que era mitad risa sarcástica y mitad atragantamiento por el disgusto. No tenía humor para enfrentarlo.

—¿Por qué debía decírtelo cuando tú lo descubrirías por tu cuenta?

—No sé de qué hablas.

Gwen señaló el periódico que tenía en la mano.

—¿De dónde sacaron la información? ¿Había otro detective tras mis huellas?

—¿Crees que yo te delaté? —apretó los dientes, ardiendo de rabia.

—Todo apunta hacia ello. —Agarró una calabaza de la mesa y la puso en otro lugar, pero la aplastó tan fuerte que él se sorprendió de que no se rompiera—. Fuiste tan inteligente con eso de que querías honestidad y que odiabas los engaños. Muy bien, Clancy. Me engañaste.

—¿Eso piensas?

—No necesito pensar. —Hizo a un lado una figura y lo observó furiosa—. Espero que te hayan pagado bien por tanto sacrificio.

—¿Sacrificio?

—Pues, sí. Por acostarte conmigo. —Su cara se endureció, pero sus ojos eran pozos de dolor. Él quería tomarla entre sus brazos y hacerla entrar en razón, tanto como quería sacudirla para que reaccionara—. Por cierto, eres muy bueno para fingir —agregó.

—Basta.

Ella se le acercó.

—Nunca me imaginé que lo hicieras para conseguir información. Pero eres lo máximo. Tus clientes deben de estar fascinados con tus resultados.

—Gwen, *basta*.

Gwen apretó los labios, como solía hacerlo cuando alguien la lastimaba y trataba de esconderlo.

—Al menos puedo dejar de sentirme culpable por fingir...

Él la asió con fuerza y presionó su boca en los labios de Gwen para que ya no pudiera decir más.

Ella luchó, golpeó su pecho, pero al final se tranquilizó. No del todo, pero sí lo suficiente. El beso fue pasión encarnada, como siempre, pero con ira y desesperación. Amargo.

Ella lo empujó.

—Vete —suspiró. Con los ojos llenos de lágrimas, caminó desganadamente hacia la trastienda.

Él no la siguió. ¿Para qué, si ella no confiaba en él? Se dio la vuelta, salió y dio el portazo, luego de haber probado aquellas lágrimas saladas en sus labios.

Estaba demasiado alterado para ir a su oficina, así que caminó varias veces por la calle antes de entrar a la tienda de Olivia.

Ella lo vio entrar y entendió todo con la mirada. Sin decir palabra, fue a la puerta, la cerró y se dio la vuelta para abrazarlo fuertemente.

Olivia se sentía reconfortante, pero no era la mujer adecuada. Era demasiado alta y robusta. Él prefería a la mujer con aspecto de duende y mentón testarudo. Rick meneó la cabeza. Era lo único que le faltaba.

—Sentí que necesitabas un abrazo. —Olivia cruzó los brazos—. Supongo que es algo con Gwen.

—¿Sabes quién es?

—Todos los que sabemos leer estamos enterados. —Olivia meneó la cabeza—. ¿Quién lo hubiera creído? Aunque tú siempre dijiste que ocultaba algo.

Rick debió sentirse orgulloso de haber tenido la razón, pero no fue así. Se sentía indignado porque ella creía que la había traicionado.

—Cree que yo la delaté.

—¿Y sí fuiste tú?

Rick la miró con cara de circunstancia.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

Ella se encogió de hombros.

—Tú dijiste que ibas a descubrir sus secretos. Ella lo sabía.

Él recordó cómo la había espiado e hizo una mueca.

—¿Ves? —Olivia arqueó la ceja.

—Ella me culpa de todo.

—Supongo. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿Por qué debo hacer algo?

—Porque la amas. —Él sonrió burlonamente—. Lo tienes frente a ti y no quieres verlo —dijo Olivia torciendo los ojos.

—Lo único que tenía frente a mí son las mentiras que Gwen me contaba.

—¿En qué te mintió? ¿No te dijo que era una persona sensible y artística? ¿No te mencionó que tiene un gran corazón y que disfruta mucho la vida?

—No me dijo que fuera la heredera de una fortuna.

—¿Y eso borra todo lo demás? ¿Odias a los ricos? ¿Cuál es tu problema?

—El problema es que ella *me mintió*.

—Ella no te mintió sobre la clase de persona que es. —Olivia lo abrazó—. Yo también vi la

nota esta mañana, y me sentí indignada porque me engañó. Pero a los dos segundos, cuando reflexioné, comprendí que ella no engañó a nadie. Claro, nunca nos contaba mucho sobre su familia, pero Gwen es la persona que siempre dijo ser. Es una amiga dulce y llena de vida a la que le gusta pintar calabazas.

—¿Qué tal que yo no te dijera que soy un asesino en serie?

Olivia torció los ojos.

—No compliques las cosas.

—Soy realista. Si mientes una vez, mientes siempre.

—Ya te dije que Gwen nunca mintió. Nada más no nos dijo que tenía mucho dinero. — Olivia alzó las manos—. Pero bueno. Ve a lamerte tus heridas.

—¿O sea que tú crees que no tengo razón al enojarme? Porque creo que mi rabia se justifica un poco.

—No creo eso. —Lo señaló con un dedo—. ¿Sabes qué creo? Que necesitas superarlo y comprender lo que realmente importa.

—¿Y qué es lo que importa?

—Definitivamente no es tu orgullo. Eso te hará sentirte miserable y te harás viejo solo. Gwen, por otro lado...

—Geneviève —la corrigió con un exagerado acento francés.

—Gwen —enfaticó Olivia— es tierna y ocurrente. Será cada vez mejor compañía mientras vayas envejeciendo. Ella evitará que te conviertas en un hombre amargado. —Él se cruzó de brazos. Ya se había imaginado envejecer con Gwen; al menos antes que todo esto sucediera. Pero no iba a admitirlo—. Eres tan complicado. —Olivia alzó las manos—. Sabes bien que a la mayoría de la gente sólo se le presenta el amor una vez en la vida.

—¿Quién está hablando de amor?

—Yo estoy hablando de amor.

—Lo que pasa es que, como tú estás enamorada, quieres que todo mundo se sienta igual.

—Eso no es cierto. Algunas personas son tan estúpidas que no merecen el amor. Y me refiero a ti —le golpeó el pecho—. Las pistas están frente a tus ojos, pero tienes que abrirlas.

—Ella me contó mentiras, Olivia —dijo alzando las manos.

—¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Confiar en ti? ¿No te has portado como un idiota con ella?

Él no se había portado como un idiota; sólo al principio se había portado mal. Pero luego le había dado innumerables oportunidades para que le contara sus secretos.

Eso era lo que dolía.

Claro, ella había empezado a hablar un poco más de su pasado. Pero él hubiera preferido que lo hiciera antes. Si hubieran tenido más tiempo, ¿habría confiado en él?

No sabía.

Olivia le dio un golpe en el pecho para que dejara de estar tan ensimismado.

—Piénsalo. No lo arruines.

Él asintió con la cabeza, pero no podía evitar pensar que no podía echarse a perder algo que ya estaba echado a perder.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—NO PUEDO CREER que seas una princesa —exclamó Laurel por enésima vez.

Gwen suspiró y puso a un lado el dibujo que había hecho.

—Te digo que no soy una princesa.

—Eso no es lo que dicen los periódicos. —La adolescente se dejó caer en el sillón que estaba junto a ella, introspectiva, mientras jugaba con mechones de su pelo—. Es increíble, si lo piensas. Todas las chicas queremos ser princesas, y tú eres una de verdad. Como mi hermanita que siempre quiere usar corona, pero de ésas de plástico, de mentiritas pues. Tú usas una de verdad.

—No uso nada de eso. —De hecho, su mamá sí le había comprado una corona. Pero fea e incómoda. Se había metido en un gran lío cuando la tiró al estanquillo detrás de su casa—. No me digas que quieres ser una princesa.

—Claro que no. Quiero ser una estrella internacional de la patineta y salir en las portadas de las revistas deportivas.

—¿Revistas deportivas?

—Sobre todo las especializadas en patinaje. —Laurel torció los ojos.

Gwen sonrió ligeramente.

—¿Me estoy portando como una tonta?

—Claro. —La chica se acomodó sobre su vientre—. ¿Por qué nunca dijiste que eras una princesa? ¿Por qué quieres ser normal?

—Si hubieras visto a los reporteros que se acumularon afuera de mi tienda, lo entenderías. —Los periodistas y los fotógrafos habían acampado afuera de Mi Maceta. No habían podido encontrar su casa, y a menos que alguno la siguiera, no esperaba que lo hicieran.

Pero odiaba estar encerrada en su apartamento, así que pasaba el tiempo en el Elefante Morado. Aunque la prensa no tardaría en dar con ella.

—Hace unos meses entrevistaron a mi mamá para una revista —dijo Laurel—. El tipo era un imbécil. No dejaba de verle el escote. Fue asqueroso. —Gwen sabía que la mamá de Laurel era una especie de magnate del internet, que era la proveedora de la familia y que casi nunca estaba en casa, pero a eso se reducía su información sobre la mujer—. ¿Entonces te escapaste? —Laurel apoyó la barbilla en su mano, viendo fijamente a Gwen—. ¿Y nunca volverás? ¿Extrañas a tu familia? Yo extrañaría mucho a mi hermana si algún día me fuera. Tendría que llevármela, aunque es muy molesta a veces.

—Yo...

—¿Ya te llamaron? Esto es totalmente como uno de esos programas de televisión donde alguien encuentra a su hermano después de muchos años. Y luego descubre que es súper rica. —

Se quedó sin habla—. ¿Eres millonaria? Claro que sí; eres una princesa.

—Yo...

—¿Pero sabes una cosa? —La adolescente meneó un dedo—. No creo que realmente seas una princesa, porque todo mundo sabe que a las princesas les gustan los diamantes, y a ti no te gusta nada de eso.

Gwen esperó a que la chica continuara, pero Laurel sólo la observó.

—¿Ya terminaste? —preguntó.

—Obviamente.

—No, no he vuelto. Sí, probablemente tenga algo de dinero. Detesto los diamantes y todo lo que tenga que ver con la gente adinerada, por eso me fui.

—¿Entonces por qué le dijiste a la prensa dónde estabas?

Los adolescentes nunca se andan con rodeos.

—Yo no les dije nada.

—¿Entonces quién fue?

Ella pensó en Rick, y su corazón se partió un poco más.

—No es algo que deba preocuparte.

Claro que Laurel no se conformaría con eso. Laurel era sinónimo de *tenacidad*.

—¿Se lo contaste a alguien?

Ella jamás le había dicho nada a nadie... excepto a Rick.

Pero había estado dándole vueltas en la mente, tratando de recordar si había dejado un cabo suelto que la ligara al imperio de los De la Roche. Sólo a él le había contado sobre Mamie Yvette, pero había tenido cuidado de nunca decirle el nombre de su abuela ni mencionar algo que la identificara con su familia.

Era terrible mientras más lo pensaba. No quería vivir así, especialmente con alguien a quien ella ama...

Interrumpió ese pensamiento antes de que tomara forma, pero el eco de ese sentimiento resonaba en su pecho.

¿Acaso era posible?

Se rio sin querer. Era posible, probable y definitivo. Se había sentido *desdichada* desde que vio ese artículo. Debido a los reporteros voraces, sí. Pero si quería ser honesta consigo misma, se sentía más miserable por pensar que Rick la había traicionado.

—Te ves como si quisieras vomitar —observó Laurel—. ¿No lo harás, verdad? Porque si vas a vomitar me iré.

—No, sólo pensaba en la persona que me vendió a la prensa.

—¿Quién fue?

—¿Recuerdas el tipo que vino conmigo una vez?

—¿El *guapetón*? —exclamó, enderezándose—. ¿Alto? ¿Chaqueta de piel? ¿El que estaba a punto de devorarte?

Gwen sintió que se sonrojaba.

—Eso no es cierto.

—Claro que sí —se burló la chica—. ¿Crees que *él* te vendió?

—Bueno —frunció el ceño—. Sí.

—No creo. —Laurel meneó la cabeza vehementemente—. Estás bien loca.

—Hablaste con él dos segundos.

—Y veo que en dos segundos lo conocí mejor que tú. —La adolescente la miró con una mezcla de compasión y desdén—. Él está loco por ti. Nunca te hubiera podido traicionar.

—Pero...

—No, de veras. Fue alguien más, porque ese tipo *realmente* anda detrás de ti. Hasta aprendería a patinar para tenerte contenta, y no dejaría los patines con tal de tenerte a su lado. —Frunciendo el ceño, Gwen trató de visualizar a Rick en patines. De hecho, podría habérselo pedido—. Él no te traicionó. Tuvo que haber sido otra persona. —Laurel se llevó un dedo a la boca—. Alguien que tuviera algo que ganar con todo esto.

Alguien que pudiera sacar provecho, como una reportera hambrienta.

En cuanto lo pensó, supo que la niña tenía razón. En su mente no cabía ninguna duda. Aquel día Camille Bernard había ido a recoger la calabaza que había hecho, y se había comportado un poco rara.

El artículo había aparecido a los dos días.

—Pensaste en alguien —dijo Laurel.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe para que hables con él? —La chica tronó los dedos—. Tengo un bate de beisbol.

—Gracias, pero creo que puedo sola —sonrió Gwen.

—¿Y tu novio?

—Creo que ya no es mi novio —se marchitó.

—Eso depende de ti. Estaba babeando por ti.

—Claro que no. ¿O sí?

Laurel se inclinó hacia adelante, intensa como siempre.

—¿*Te* gusta? Y cuando digo gustar, me refiero a que lo abrazarías aunque oliera a chivo.

—Siempre huele bien —respondió sin pensarlo.

—¿Ves? Sí te *gusta*. No te *gustaría* alguien si no le *gustaras* tú a él. —En voz baja, agregó —: No como otros.

—¿Tus padres? —preguntó Gwen cariñosamente.

—Ni te imaginas. —La chica suspiró dramáticamente.

Sí podía imaginárselo, pero ése era un tema que debían abordar otro día. Por ahora...

—¿De veras crees que le gusto?

—O sea, ¿es en serio? —fue todo lo que dijo la chica.

Y Gwen no necesitó escuchar nada más.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAMILLE VEÍA la página en blanco en Word sin poner mucha atención, deseando poder irse a casa y enterrarse debajo de las cobijas, cuando algo ensombreció su escritorio.

Alzó la mirada y se topó con una colorida artista de calabazas que la observaba.

Gwendolyn puso una copia del artículo en su escritorio.

—Felicidades por tu reportaje. Bien hecho. Tenemos que hablar.

—¿Vienes armada? —Sus nervios se exacerbaron.

—Debiste pensar en eso antes de publicar ese reportaje. —La mujer se dio la vuelta y siguió caminando por la hilera de cubículos.

De un salto, Camille se puso de pie y la siguió apresuradamente. Lo último que necesitaba era a una princesa furiosa hablando con Mac. Claro que a Mac no le importaría; no cuando estaba recibiendo cúmulos de felicitaciones por haber “descubierto” a Camille.

Alcanzó a la mujer.

—La sala de juntas está por acá.

Camille sabía que todos las estaban viendo, y podía oír los susurros de emoción que se producían cuando la gente reconocía a Gwendolyn. La mujer sólo siguió con la cabeza muy en alto, con una actitud orgullosa y fuerte.

Por eso Camille se sintió como una basura.

Siguió a Gwendolyn a la sala de juntas y ésta tomó la silla que estaba en la cabecera de la mesa. Camille estuvo tentada a sentarse en el extremo opuesto, pero se hizo de valor y se sentó a su lado. No fue fácil, porque ya no estaba ahí la artista amable. La mujer que hoy estaba a su lado era fuerte y dominante. Pudo haber sido una feroz empresaria... o la heredera de la dinastía del vino.

—¿Fuiste tú, verdad? —preguntó Gwen.

—Sí. —Camille ni siquiera intentó hacerse la distraída.

—¿Cómo lo supiste?

—Intuición. —Con una mueca, agregó—: Y analicé tus huellas.

—La calabaza. —Gwen asintió con la cabeza pensativa. Luego se acercó—. No sabes lo que has hecho.

Camille pasó saliva.

—Escribí la verdad. No escribí nada que no fuera verdad.

—No te importó nada. Tenías el poder y abusaste de él. Arruinaste la vida de una persona.

En parte ella se derrumbó al escuchar esas palabras, pero se justificó como lo había hecho hasta ese momento.

—Yo no lo veo así. Tú vas a heredar mucho dinero al recuperar a tu familia.

—No sabes toda la verdad. ¿Acaso te detuviste a pensar en mis motivos para huir? —Su mirada era intensa—. ¿Pensaste que quizás mi familia abusaba de mí o me perjudicaba de alguna manera?

—¿Ésa es la verdad? —Camille se puso pálida.

—Afortunadamente, no. Pero bien pudo haber sido el motivo. Tú asumiste que yo me fui porque soy una mujer mimada. Pero una chica mimada no le huye al dinero. De hecho, si yo fuera la persona que tú reflejaste en el artículo, en cuanto hubiera sabido que yo era la heredera, habría reclamado la herencia. Mi privacidad es lo que me importaba, y tú la destruiste. —Eso era verdad. Camille no supo qué decir—. No sé por qué te obsesionaste conmigo y expusiste así mi vida. No le hacía daño a nadie. Pero qué importa. No vine a eso.

Ella tragó saliva.

—¿No?

—No, vine a salvarte. —Gwendolyn se recargó en la mesa—. Tú no eres así, Camille.

Dylan le había dicho lo mismo.

—Tú no sabes cómo soy.

—Eres una escritora talentosa. —Gwen asintió con la cabeza señalando el diario—. La nota está muy bien escrita. ¿No deberías enfocar tu talento en algo que genere felicidad en vez de arruinarle la vida a la gente? Porque si vas a perder tu alma, es un precio excesivo.

La verdad le dolió, pero fue la amabilidad de Gwen lo que remató a Camille. Se jorobó en la silla, tratando de protegerse.

—No entiendo por qué estás haciendo esto.

—Yo tampoco —Gwendolyn frunció el ceño—. Debí hacerte una campaña negra en internet y rayarte el coche.

—No tengo coche.

—Menos mal que no compré pintura fosforescente. —Gwendolyn se puso de pie y salió. Pero antes de eso, se dio la vuelta y dijo—: Mi abuela me dijo que a veces la gente nace en circunstancias imposibles. Y tenemos que dejar de ser quienes fuimos y dejar de hacer lo que hacíamos para descubrir quiénes somos realmente. Por eso hui, para encontrarme a mí misma. Para ser feliz.

El discurso estaba bueno y Camille quiso burlarse, pero aunque Gwendolyn estaba enojada, había en ella mucha gentileza, y eso hizo que Camille guardara silencio y sintiera envidia.

Porque ella no era feliz, para nada. Ella había escrito el artículo, pero su triunfo había sido hueco, porque la única persona a quien quería enseñárselo no le tomaba la llamada.

Camille no quería saber si Dylan algún día le llamaría de nuevo. Francamente, no podía culparlo.

Por impulso, se dirigió a Gwen y le preguntó:

—¿Te funcionó? ¿Curó tu infelicidad?

Gwendolyn la miró directo a los ojos.

—Por supuesto. Descubrí quién soy en realidad y encontré mi verdadera casa. No porque haya huido, sino porque me desprendí de la imagen que todos habían fabricado para mí. Piénsalo bien.

Camille vio marcharse a la mujer, y se preguntó si ella tendría tanto valor. *Quería tener ese valor.*

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL TIMBRE de la puerta de su departamento repicó alegremente. El estómago de Gwen se llenó de nervios, pero levantó la cabeza, se acomodó la falda y fue a abrir.

Eve entró primero, con cara de preocupación. Olivia venía detrás de ella.

Gwen aclaró su garganta mientras ellas pasaban.

—Muchas gracias por...

—¡Pobrecita! —Eve le dio un fuerte abrazo.

—Bueno. Okey —respondió con cautela. Por encima del hombro de Eve vio la mirada tierna y franca de Olivia. Buscó una señal de dolor o traición, y se tranquilizó al no encontrar nada más que comprensión—. ¿Ustedes no me odian?

Eve frunció el ceño, sostenido a Gwen a unos centímetros de su cara.

—¿Por qué deberíamos odiarte?

—Porque les mentí.

—Tú no nos mentiste —Olivia meneó la cabeza.

—¿No?

—No. —Su amiga sonrió tiernamente—. No nos hablaste de tu pasado, pero tampoco fingiste ser otra persona. ¿O sí?

Ella ya no era Geneviève de la Roche, de ninguna manera. Había dejado atrás a la Princesa de la Uva hacía muchos años.

—Soy completamente la Gwendolyn Pierce que conocen.

—Eso es. —Olivia la abrazó fuerte y brevemente y la soltó—. ¿Por qué no haces té mientras Eve acomoda las galletitas que trajo?

Eve le mostró una bolsita.

—Tienen chispas de chocolate.

Hablaron de cosas intrascendentes mientras preparaban el té. Llevaron todo a la sala y se acomodaron en el sofá.

Olivia se quitó los zapatos y se sentó encima de sus pies.

—Okey, cuéntanos todo.

Gwen meneó la cabeza.

—Mi abuela me convenció de que huyera cuando tenía veintiún años. Primero me benefició con un fideicomiso y me ayudó para poder retirar el dinero y huir sin dejar rastro.

—Es una locura —dijo Eve sorprendida—. Debí pensar en eso para alejarme de papá. Pero yo no tenía ningún fideicomiso.

—Tu papá no es tan malo como el mío. —Gwen frunció el ceño pensativamente—. Aunque, entre más crezco, veo que no fue tan malo. Simplemente no tenía ningún motivo para interesarse

por mí.

—¿Ni por el hecho de ser tu padre? —preguntó Olivia con tono de sospecha. Ella también había peleado mucho con su padre; Gwen sabía que para ella también era un tema sensible.

—Él no es mi padre. —El silencio absoluto la hizo sonreír—. Mi mamá tuvo aventuras, y yo soy el resultado de una de ellas.

—¿Aventuras? ¿En plural? —Eve vio por encima de su taza—. Tal vez necesitaremos algo más fuerte que esto.

—¿Sabes quién es tu padre? —preguntó Olivia.

—No creo que eso importe —dijo sabiendo que en el fondo sí le inquietaba.

—Eres toda una telenovela —dijo Eve y sacudió la cabeza—. Con razón no querías que se supiera. También supongo que tu entorno familiar debió ser muy complicado.

—Pero no hui por eso. Siempre tenía que actuar como una aristócrata. Todos siempre me juzgaban. Mi familia, sus amistades, la prensa. —Se inclinó hacia adelante—. No soy una *aristócrata*.

—No, no lo eres —dijo Olivia con una sonrisa amable.

—A menos que las aristócratas siempre tengan la cara llena de pintura —agregó Eve—. Si no fuera por eso, sí te verías como una heredera.

Automáticamente, Gwen se llevó la mano a la cara, aunque sabía que no tenía pintura. No había vuelto a la tienda desde que la nota se publicara.

Olivia mordió una galleta.

—Así es que saliste del closet. ¿Y ahora? ¿Tu familia ya se comunicó contigo?

Ella negó con la cabeza.

—No he ido a la tienda porque hay muchos reporteros, y nadie sabe dónde vivo. Pero no tardan en tocar mi puerta.

Sonó el timbre. Gwen se hubiera alarmado, pero sabía que era Lola.

Su amiga, la escritora, entró un momento después.

—¿De qué me perdí?

—Estamos hablando sobre lo que Gwen va a hacer —dijo Eve extendiendo el plato con galletas. Lola tomó dos.

—Le dije que debe cambiar de vida.

—No entiendo muy bien por qué —frunció el ceño viendo su té—. Por un segundo pensé en huir nuevamente, pero no lo haré. No dejaré que mi pasado dicte mi futuro otra vez. Me encanta estar aquí. Me fascina mi vida y mis amigos.

Eve soltó unas lágrimas, pero fue Olivia quien dijo:

—No te dejaremos ir.

—Me sigo preguntando, ¿qué haría mi abuela? —dijo alzando el mentón—. Mamie Yvette hubiera levantado su mano enojada y le hubiera dicho a todos exactamente cómo serían las cosas.

—Entonces organiza una rueda de prensa —dijo Eve.

Todos la vieron.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo mejor. La prensa te está acosando, así es que dales lo que quieren y se aburrirán de ti. Ahora andan ahí porque no estás disponible y por eso les interesas. Una rueda de prensa acabaría con todo el alboroto.

—Ella tiene razón —dijo Olivia.

—Yo te ayudaré a organizarla —sonrió Eve—. Antes cobraba mucho dinero por hacer ese

tipo de cosas.

—Aun con una rueda de prensa, nunca pasarás completamente desapercibida —resaltó Lola. Olivia asintió con la cabeza.

—Pero todo será en sus propios términos. Puede aprovecharlo y antes no. Como con la invitación del Museo Young.

—Es cierto —dijo Gwen; su mente se llenó de posibilidades—. He tenido tanto resentimiento últimamente por estar siempre a la defensiva. Quiero vivir abiertamente.

—Nada es más abierto que una rueda de prensa. —Eve se sentó, muy emocionada—. No. Mejor debes dar una entrevista exclusiva. Quizás le interese a Diane Sawyer. Yo puedo arreglar eso.

—Siento que estoy al borde de un precipicio. De un lado estoy a salvo, del otro lado me da muchísimo miedo. —De pronto sonrió—. Pero el miedo es más emocionante.

—Está decidido. —Olivia dejó su taza en la mesa y se recargó—. Ahora hablemos de Rick. Lola se interesó en el tema.

—¿Es el papacito que descalabraste con una calabaza?

—¿Le pegaste? —rio Eve.

—Sí —admitió Gwen—. Le eché la culpa de todo, pero me equivoqué. Cometí un *grave* error. La reportera que hizo el artículo sobre el museo fue la responsable.

—Rick está molesto porque no confiaste en él —Olivia asintió con la cabeza.

—Ya lo creo. —Gwen se abrazó las piernas, recargando el mentón sobre las rodillas—. Aparte le hice tantas cosas.

Eve le dio una palmada en el brazo.

—Él es un detective privado. Sabe descifrar misterios, por supuesto que sospecharías de él. Lo peor es que nunca se rinde cuando quiere encontrar información.

—La pregunta es, ¿cómo lo arreglarás? —preguntó Olivia, con la mirada directa y fija en su amiga.

—Quizás pueda ayudarte —dijo Lola. Todas voltearon a verla. Sus mejillas se sonrojaron—. Yo me dedico a hacer historias donde el héroe y la heroína terminan con un final feliz —dijo modestamente.

—¿Tienes una sugerencia para mí? —preguntó Gwen.

—¿Él es detective privado?

—El mejor de todos —respondió Olivia con una seca sonrisa.

Lola se mordió el labio, con la mirada perdida. Luego sonrió, generosa y llena de vida.

—Creo que ya tengo un plan.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA RUEDA de prensa fue exactamente como Gwen la había visualizado: una verdadera tortura.

Eve ofreció el Café Sabio como sede y acomodó todo a la perfección. Incluso asesoró a Gwen para que pudiera presentarse, y sólo por eso se puso sus tacones.

Por un instante, cuando entró al café frente a todas las cámaras, se quedó helada, paralizada por la claustrofobia. Pero luego escuchó a Mamie Yvette susurrar: *Sé tú misma, ma chère, y siempre tendrás éxito.*

Así que levantó la cabeza, entró al salón y dijo:

—La primera persona que se burle de mis calabazas recibirá una directo en la cabeza, tengo muy bien tino.

Todos se rieron, y la rueda de prensa comenzó.

A la media hora de estar respondiendo preguntas, Gwen alzó la mirada y vio a su tío parado en una esquina. Por un momento vaciló, pero luego continuó al ver que venía solo.

La invadió la dicha; no pudo evitar la sonrisa. Siempre había querido mucho a su tío Jacques. Siempre había sido divertido y relajado, mientras que su padre —su hermano—era serio y duro. Junto con su abuela, siempre había sido el único que le demostró cariño.

Gwen no sabía cuánto tiempo había estado recibiendo preguntas; finalmente Eve interrumpió la rueda de prensa y comunicó a la concurrencia que podrían disfrutar unos bocadillos. Gwen abrazó a Eve y buscó a su tío entre el público, que logró evitar.

Lo encontró afuera, en el patio, solo, sentado en una banca, fumando un Gauloises. Gwen sonrió ante aquella escena tan familiar: el cigarro, la actitud relajada. Lo único que era distinto era su pelo encanecido y las líneas que surcaban su rostro.

Aun envejecido, Jacques de la Roche lucía como el galán que siempre había sido.

Al salir, Gwen cerró la puerta.

Él le sonrió de esa forma que siempre atrapaba a las mujeres. Dejó su cigarro, se puso de pie y extendió los brazos.

—*Geneviève, ma petite.*

—Ahora soy Gwendolyn —dijo ella mientras le ofrecía las mejillas y recibía sendos besos.

—Siempre fuiste una niña imposible —dijo él con afecto, en inglés—. Me da gusto ver que eso no ha cambiado. Siéntate.

Gwen se sentó a su lado, sintiendo una extraña mezcla de distancia, tiempo y nostalgia.

—Me dio mucha tristeza enterarme de lo de Mamie Yvette.

—Fue una gran pérdida. —La tristeza invadió su rostro—. *Maman* te extrañaba, tú lo sabes.

¿Por qué presintió que su tristeza era fingida?

—Yo también la extraño —dijo con cautela.

—Esperábamos que llegaras para el funeral. Cuando no te vimos, temimos lo peor. —Él arqueó una ceja y sacó otro Gauloises de una cigarrera grabada—. Tu madre también te extraña. Ella resistió el deseo de torcer los ojos. Su madre sólo extrañaba ver su propio reflejo.

—¿Cómo está?

—¿Janine? Los años no pasan por ella. —Encendió su cigarro—. Te pareces mucho a ella. Excepto por el pelo, ¿verdad? Ése es todo tuyo.

Sus rizos siempre habían sido tema de polémica. Su mamá siempre le pedía que se alaciara ese “pelo desafortunado”.

—¿Y Gautier?

—Tu padre es el mismo de siempre —sonrió con desprecio—. Por él estoy aquí.

Gwen sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—No entiendo.

—Con el paso de los años, cada vez nos entendemos menos. —Jacques fumó su cigarro con naturalidad, aventando el humo lejos de ella—. No estamos de acuerdo en cómo es dirigida la empresa. Mientras *Maman* vivió, no dejó que Gautier hiciera lo que él quisiera con la compañía, pero ahora que ya no está...

Gwen esperó a que continuara; ya sospechaba a dónde iba esta conversación, que le provocaba tristeza.

—¿Ahora que ya no está...?

He se encogió de hombros como sólo los franceses saben hacerlo.

—Quiero que la empresa siga como *Maman* quería, pero Gautier tiene otras ideas. Y son desastrosas. Quiere recortar costos para aumentar las ganancias, sin importarle bajar la calidad. Y en cuanto a Roger, tú sabes que siempre obedece a tu padre.

—Así es Roger.

—Sí, y juntos tienen el control de la compañía.

Gwen esperó, deseando estar equivocada respecto al motivo que lo había llevado hasta ahí. Quería creer que simplemente la extrañaba. Empezó a contar para ver cuánto se tardaba él en pedírselo.

No se había equivocado.

—Si me cedes tu parte de la empresa —Jacques tomó su mano—, al menos tendré el mismo número de acciones. Y podré conservar la visión de *Maman*.

La desilusión fue leve, parecida a una leve brisa que trajera un olorcillo fétido. Era demasiado bueno para ser real, esperar que él hubiera venido porque la extrañaba y nada más. Su familia no funcionaba así.

—Sé que desconoces todo acerca de la corporación De la Roche, Geneviève... Gwendolyn —corrigió con una sonrisa astuta—. Nunca expresaste ningún interés por dirigirla. ¿Entonces porque debes asumir esas responsabilidades? Según leí, ya eres toda una artista.

—Así es.

—Con más razón debes darle tu parte a alguien que verá por la empresa y cumplirá los deseos de tu querida abuela, ¿cierto? Antes de que Gautier y Roger quieran despojarte de tus acciones.

Ella trató de visualizar ese escenario. Podría esperar todo de su padre, ¿pero de su hermano? Nunca habían tenido una relación cercana, pero era un muchacho de buen corazón. Jamás le haría daño a nadie por voluntad propia. Ella creía eso con cada célula de su cuerpo.

—Geneviève —continuó el tío—, no podrás decirme que quieres que Gautier se quede con tus acciones. No se las merece. —Jacques se acercó con actitud de complot—. Sobre todo porque

no es tu padre. Mejor cederle tu parte a tu verdadero padre, ¿no?

Gwen se quedó boquiabierta, sin poder hablar.

—¿Tú? —dijo finalmente.

Él tomó su mano.

—Siento mucho no haber podido decírtelo en tantos años. Janine no quería molestarte. Lo cual es ridículo porque Gautier siempre lo supo.

—¿Él sabía que tú eres mi padre? —preguntó, horrorizada al comprender su situación.

—Janine se aseguró de eso. —Jacques sonrió con tristeza—. ¿Por qué crees que se involucró conmigo? Quería lastimarlo en lo más profundo de su ser. ¿Qué mejor que tener un hijo conmigo? ¿No fue la mejor venganza de todas?

Todas las piezas cayeron en su sitio: por eso su papá, que en realidad era su tío, la odiaba, pero no la desconoció; por eso su mamá era tan petulante; por qué su abuela la amaba tanto cuando sabía que no era hija de su padre. Saberse la hija de Jacques resolvió el acertijo para Gwen. Él era el favorito de Mamie Yvette; “pese a sus fallas”, solía decir.

Cuando era niña, recordaba haber deseado que su tío fuera su papá. Era mucho más amable, siempre le llevaba juguetitos.

Los juguetes la mantenían ocupada... mientras *él* se entretenía con Janine. Gwen no supo qué pensar, qué sentir.

Liberó la emoción de su garganta.

—¿Entonces siempre supiste que yo era tu hija?

—Janine nunca lo ocultó —sonrió despectivamente.

Gwen no resistió.

—¿Pero nunca quisiste reconocerme abiertamente?

Él parpadeó.

—No podía hacerlo. Piensa en los paparazzi. Eso hubiera destruido a la empresa.

—La empresa —asintió con la cabeza. Por supuesto—. ¿Y ahora?

—¿Ahora? —frunció el ceño—. Ahora volverás a estar con la familia. Tú me darás tu parte para que pueda protegerla.

—¿Y tú y yo?

Él se encogió de hombros expresivamente.

—¿Qué quieres que te prometa, Geneviève? ¿Los cuentos de hadas que *Maman* solía contarte?

—Sí.

—No puedo.

Gwen asintió con la cabeza, sin sorprenderse, pero aun así decepcionada. Aunque no estaba tan triste como se esperaba, probablemente porque sabía que había un hombre que *sí podía* ofrecerle un final feliz.

—Mi respuesta es no. —Gwen se puso de pie.

—¿No? —Él estiró las piernas—. No puedes...

—Esta conversación terminó. —Se dirigió hacia la puerta, haciendo una pausa cuando tocó la perilla. Viendo por encima de su hombro, le dijo:

—Por no dejar, te diré que tú hubieras sido un mejor padre, al menos mientras te fuera útil.

—Eso no es justo —dijo.

—La vida no es justa —dijo, citando a Gautier—. Supéralo.

—Estás cometiendo un error, Geneviève —gritó Jacques.

—Tú eres el que te equivocaste, Jacques, al asumir que soy hija tuya y de Janine.

—Pero por supuesto que lo eres.

—No —negó con la cabeza—. Soy la nieta de Yvette de la Roche. Y punto.

Ella juró que oía a su abuela aplaudirle cuando abandonó el patio.

Eve la alcanzó con preocupación en su mirada y una copa de champaña.

—No sabía dónde estabas. ¿Estás bien?

—Estoy perfecta. —Tomó el champán, saludó a su abuela en el Cielo y bebió toda la copa.

—Okey. —Eve llenó de nuevo su copa—. Estás bien. Qué bueno.

—Excepto por estos zapatos. Me están matando. —Se apoyó en un pie y en el otro—. ¿Cómo puedes usarlos todo el día?

—La belleza cuesta, ya sabes.

El precio era demasiado elevado para ella. Se los quitaría en cuanto tuviera oportunidad. Mientras, se hizo cargo de otro detalle.

—¿Puedo usar tu cocina para hacer una llamada, Eve?

—Por supuesto. —Su amiga la despidió con un gesto—. Adelante.

Asintiendo con la cabeza, fue a la cocina y sacó su celular de un bolsillo oculto en su falda. Tardó un momento para conectarse al otro lado del océano y, de ahí, para hablar con la recepcionista y cinco asistentes para que al final la comunicaron con la persona con la que quería hablar.

Hubo un segundo de silencio incrédulo cuando él tomó la llamada.

—¿Geneviève?

—Hola, Roger. —Respiró profundamente—. Tenemos que hablar, por favor.

CAPÍTULO VEINTISIETE

HABÍA UN MAR DE GENTE. Camille no conocía a nadie.

Sí reconoció a algunos que habían ido alguna vez a las fiestas de su madre, pero normalmente pasaba tan desapercibida que ninguno la recordaba. Pero esa noche todos estaban reunidos ahí por ella, para celebrar su triunfo.

Lo cual odiaba.

Odiaba a la gente y sabía que todos eran falsos. Odiaba la forma en que se arrastraban a los pies de su madre. Odiaba la arrogancia que irradiaba de ellos.

Elizabeth sí lo estaba disfrutando. Iba orgullosa de grupo en grupo, bebiendo su vino y fumando su cigarro, saludando a todos con una falsedad que hacía que

Camille apretara los dientes.

¿Siempre había sido así de superficial? ¿O era que Camille podía compararla con Gwendolyn, que sí había sido auténtica y amable?

Se mordisqueó la orilla de la uña, buscando a Dylan. Él le había prometido que iría esa noche. Al menos eso le había dicho por correo electrónico. Ella pudo percibir en el tono del mensaje que no le emocionaba mucho la idea, pero él lo había prometido, así que sabía que iría.

Extrañaba a Dylan.

No había hablado con él desde que el día en que la había llamado para darle la información de la CIA. Sabía que estaba desilusionado. La verdad, lo entendía. Ella también estaba decepcionada de sí misma.

Pero ella cambiaría las cosas. A partir de esa noche.

Si... o mejor dicho, *cuando* él apareciera.

—Camille. —Elizabeth se acercó, frunciendo el ceño—. Deja de morderte las uñas y ven a conocer a mi amigo, Jason Craven. Él es el editor de los Libros de la Calle Hyde.

Camille dejó que su madre, triunfal, le presentara al hombre. A primera vista parecía un seductor que sólo quería acostarse con su mamá; por eso le provocó un poco de rechazo.

Él la saludó de mano con demasiado entusiasmo.

—No sabía que Elizabeth tenía una hija.

Camille quiso decirle que nadie más en esa reunión sabía que ella existía, pero luego vio la cabeza de Dylan y todos sus pensamientos se dispersaron.

Toda la noche se transformó. De pronto sintió que tenía espacio dentro de su ser para respirar.

Luego notó que junto a él estaba una mujer rubia y alta. No pudo dejar de ver a la mujer, con ese vestido rojo intenso que ceñía todas sus curvas precisas. Camille no se hubiera fijado más en ella, pero Dylan le puso la mano en la espalda.

La rubia se le acercó más, sonriendo de esa forma íntima que sólo entienden los novios. Era un gesto entre ellos.

—Camille, me estás mojando —la voz dura de su madre interrumpió su miseria.

Vio que estaba derramando su champaña. Murmuró algo y volvió a poner atención en Dylan y la rubia, a tiempo para ver cómo le daba un beso en la mejilla y caminaba hacia la barra.

Fue a pedir un trago para su acompañante.

Él tenía una *acompañante*. Y la había llevado a su fiesta.

Fue como una cubeta de agua fría en la cara.

Camille trató de reflexionar con serenidad. Ella no le había dicho que no pudiera llevar a nadie más. Y no es que tuvieran *esa* clase de relación; de hecho nunca la habían tenido.

Por su culpa.

¿Entonces por qué sentía que él la había traicionado? ¿Y por qué sentía rabia y desesperanza, como si estuviera a punto de perder lo que más había deseado en la vida?

La risa de su mamá la devolvió a la realidad. El sonido era abrasivo. Demasiado fuerte. Ella la observó. Elizabeth estaba vestida de negro de pies a cabeza, con el cigarro en una mano, la bebida en la otra. Sonreía, pero sus ojos estaban vacíos.

Camille parpadeó. ¿Los ojos de su madre siempre estaban así? Se fijó bien...

Desagradables, fue la palabra que se le vino a la mente.

¿En eso se quería convertir? Se sintió inquieta e incómoda por dentro.

Lo que Gwen le había dicho había tenido mucho peso durante los últimos días. Camille había estado pensando en todo, realmente considerando lo que quería hacer de su vida. Si podría ser libre o convertirse en algo o en alguien.

Escribiría cosas que hicieran que la gente *shintiera*, no notas periodísticas que a nadie le importaban.

Dylan tenía razón.

Pero ella no le había dicho nada, a nadie, porque no quería alterar las cosas. Elizabeth había organizado la fiesta, y no quería que su mamá se molestara. Y cuando trató de llamar a Dylan, no le había contestado. Supuso que esta noche tendría oportunidad de hablar con él.

Pero él había llegado con esa rubia...

Con temor a arruinarlo todo, Camille le dio su copa a un mesero y se dirigió hacia Dylan. Le contaría todo y las cosas se arreglarían.

Él miró a la derecha cuando ella se acercaba, como si la hubiera presentido. Antes de que él dijera algo, ella lo sorprendió —y se sorprendió a sí misma— tomándolo del cuello de la camisa y besándolo.

Cuando finalmente se separaron, él se veía muy confundido.

Los dos estaban igual. Ella se llevó la mano a los labios, que aún temblaban. Había tenido novios en el bachillerato, pero jamás la habían besado así, y a Dylan lo habían emboscado. ¿Cómo besaría cuando realmente estuviera enamorado? Se chupó el labio, imaginándose.

La mirada de Dylan se concentró en su boca.

—¿Camille?

Bien. Ya habría tiempo para soñar e imaginar más cosas después.

—Necesito hablar contigo.

—Vaya manera de empezar una conversación.

—De eso quiero hablar contigo. —Se le acercó, despojándose de sus nervios, y le puso la mano sobre el brazo.

Dylan apretó aquella mano y la retiró.

—Esta noche no.

—Tenías razón —dijo ella rápidamente, sabiendo que si no hablaba ahora, el momento se perdería para siempre. Perdería a Dylan para siempre—. Tú tenías toda la razón. De Elizabeth, de mi escritura, mi carrera. Debí hacerte caso.

Él asintió con la cabeza solemnemente.

—Debiste hacerlo.

Ella respiró profundo.

—Pero ahora te escucho. Pondré atención a todo lo que me digas.

Él la observó. Luego buscó algo con la mirada.

Miró por encima de su hombro. La rubia los veía llena de dudas y confusión en sus ojos.

—¿Quién es?

—¿Lola? Es una amiga. Es escritora —agregó.

Y probablemente súper exitosa. Camille se sintió celosa y culpable al mismo tiempo. No quería lastimar a la mujer, pero tampoco se haría para atrás. De nuevo encaró a Dylan.

Él la observaba fijamente. Por primera vez logró leer su expresión, y no era nada bueno para ella.

—Lo siento, Camille —dijo al fin. Le dio un apretón en el brazo y se fue con la rubia.

Camille vio como se marchaba. Dylan tomó la mano de la rubia, le dijo algo al oído y los dos se alejaron de la barra.

Camille no sabía que su corazón le pertenecía a Dylan, hasta ese momento, en que dejó que él se lo devolviera.

—*Camille.* —Su mamá le clavó los dedos en el brazo. Había una sonrisa en la cara de Elizabeth pero sus ojos estaban fríos y expresaban enfado—. Ésta es una noche importante para tu carrera, y no te estás comportando a la altura. Debes concentrarte.

—Me voy a la casa.

No sabía quién estaba más desconcertada, ella o Elizabeth. Pero su mamá se recuperó primero.

—No te puedes ir a la casa. Si te vas, mejor renuncia a tu carrera como periodista.

—Okey. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué estás haciendo Camille? —Elizabeth la tomó del brazo—. ¿Otra vez quieres llamar mi atención de la manera más estúpida?

—Si quisiera tu atención, me dedicaría a seguir traicionando a la gente que es buena conmigo para exponerla en los periódicos. —Liberó su brazo—. Pero no tengo el estómago para hacer eso, aunque eso signifique que tú no puedas quererme.

Elizabeth parpadeó pero no dijo nada.

Dime que me quieres. Camille esperó, pidiéndole mentalmente a su mamá que dijera algo, cualquier palabra de reconocimiento. Pero nada sucedió. Quería darle un beso a su mamá en la mejilla y decirle que todo estaría bien, que la comprendía; pero no era cierto. Sólo sintió tristeza.

—Muchas gracias por la fiesta —dijo Camille educadamente, deseando poder completar la frase con un *Te quiero. Por favor quíereme tú también.*

“Soñar no cuesta nada”, pensó mientras veía cómo su mamá regresaba con sus amigos que tanto adoraba.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LA IDEA de Lola había sido terrible.

Gwen se jaló la estrecha falda por enésima vez. Estaba segura de que le había mostrado sus prendas íntimas a media docena de personas antes de bajarse del taxi. ¿Por qué había pensado que se sentiría bien poniéndose un vestido que era más corto que la mayoría de sus camisas, y combinarlo con semejantes tacones?

Sí, lo aceptaba; lucía espléndida. Su cuerpo mostraba curvas que harían palidecer de envidia al sistema carretero. El vestido rojo estaba muy ajustado y no le dejaba nada a la imaginación. Llevaba el pelo estirado en un elegante chongo, y tenía más pintura en la cara que algunas de sus calabazas.

No se había puesto ropa interior.

Respirando profundo, caminó con determinación, subió dos escalones, recorrió el pasillo y llegó a la entrada de Investigadores Privados Clancy. Se detuvo frente a la puerta y agarró la perilla.

¿Qué tal si no funcionaba?

Lola le aseguró que sí funcionaría. La heroína siempre se quedaba con el héroe al final, le había dicho su amiga, siempre y cuando el héroe en verdad la amara.

De eso ella no estaba muy segura. Olivia le había explicado que él sí la amaba, pero que aún no lo aceptaba.

O tal vez lo único que había entre ellos era el sexo, que había sido fantástico.

O quizás Rick había decidido que ella era un problema que no valía la pena.

"Basta", se reprendió. Abrió la puerta y entró como si fuera la dueña del mundo.

Técnicamente, lo era.

Mamie Yvette le había dejado una buena parte de la corporación De la Roche. Cuando Gwen habló con su hermano, él le había dicho que Jacques quería vender la empresa y todas sus franquicias a otro emporio, y que él y Gautier eran los únicos obstáculos que se lo impedían.

¿Tenía pruebas para creer lo que Roger había dicho? No. Pero ella, instintivamente, aceptaba su versión de la historia.

Ella le había cedido los derechos de sus acciones. No había tenido ninguna duda de que Mamie Yvette así lo habría querido.

De hecho, Gwen había *hablado* por primera vez en toda su vida con Roger. Y se había sentido bien. Le había contado sobre su vida y su arte. Incluso le había mencionado a Rick, y cómo ella había enredado las cosas, pero que lo rectificaría. Roger le había dicho que tenía confianza en ella. Aparentemente él había conocido a una mujer divorciada con la que quería casarse. Janine y Gautier no aprobaban la relación, por supuesto. Roger le dijo que a él no le

importaba. Que el amor no era algo común, y que cuando lo encuentras, debes agarrarlo fuerte con ambas manos.

Eso es lo que ella iba a hacer ahora.

Gwen cerró la puerta. Luego le echó la llave, sólo para asegurarse.

—¿Hola?

Su voz le puso la piel de gallina y le provocó un nudo de nervios en su vientre.

Ella podía con esto. Asintiendo con la cabeza, entró a su oficina y se recargó en la entrada, como Lola le había indicado.

—Quiero contratar a Sam Spade —dijo con una voz particularmente ronca.

Él no dijo nada.

Al principio ella no lo notó, pues estaba muy feliz de verlo. Él se veía cansado pero tan...

Tan *suyo*.

Entonces notó que no la veía: la vigilaba. Empezó a preocuparse cuando él le dijo:

—Sam no está disponible.

—¿Y tú? —dijo ella, esperando sonar sexy y no desesperada, como realmente se sentía.

Él se apoyó en el respaldo de su silla, con sus largas piernas estiradas sobre el escritorio.

—Depende.

Ella se acercó, sabiendo que el vestido se le subía.

—Creo que tengo algo que puede interesarte.

—No me digas.

Gwen entró a su oficina y se le torció el tobillo.

—*Fille de bordelle* —gritó apoyándose en una silla.

Algo en ella se colapsó en ese momento. Sintió rabia de haber tenido que esconderse durante tantos años y sufrir la desaprobación y las burlas de tanta gente.

Ya no toleraría más. A partir de ese momento, haría lo que ella quisiera, al diablo con lo que pensarán los demás. Esto incluía a Rick Clancy; porque si él no podía amarla, entonces no era el hombre indicado para ella.

—¿Estás bien? —preguntó Rick, poniéndose de pie.

—No, no lo estoy. —Enojada, se señaló a sí misma—: Ésta no soy yo.

—¿No? —Él arqueó una ceja.

—No, por supuesto que no, y tú lo sabes. Mátame si quieres, no *puedo más*. —Se quitó los zapatos, los pateó lejos y suspiró aliviada. Luego agachó la cabeza y comenzó a quitarse los broches y a tirarlos en el suelo. Cuando creyó que ya no había más, sacudió la cabellera para verificarlo.

Luego se quitó el labial rojo con la mano. Y lo encaró, hirviendo de rabia.

—Ésta sí soy yo. Junto con las calabazas... y los patines.

Su ceño se frunció. "

—Gwendolyn...

—No. —Alzó el brazo para que se callara—. Te lo diré todo de una vez, para que sepas lo que te ofrezco. Tú dijiste que te había ocultado cosas, pero estás equivocado. Lo que tú viste es mi verdadero yo. Geneviève de la Roche sólo existió en la mente de mis padres y de la prensa. —Con los ojos estrechos, se le acercó—. Yo soy Gwen, la loca que pinta calabazas y patina en la lluvia. La que se viste de colores, no de negro, y que tiene buenas amigas que la quieren, no la cuenta bancaria o la mujer que es dueña de medio mundo. La que se mete a escondidas al patio de su vecina...

—Dijiste que tenías la llave —le recordó.

—Cállate. —Lo apuntó con el dedo—. No he terminado.

—Perdón.

Respiró profundo para poder continuar, pero no recordó lo que había estado diciendo. Alzó las manos y comenzó a caminar en círculos.

—*Fantástico*. Por tu culpa se me olvidó todo.

—Creo que puedo ayudarte a recordar. —Rick se paró y salió del escritorio para ir a donde estaba ella—. Pero primero una cosa —dijo.

—¿Qué? —preguntó suavemente.

Él agachó la cabeza y la besó.

Y no sólo fue un beso. Había rabia y desquite. Había amor y perdón.

Había una promesa. Un voto.

Ella se colgó de su camisa, presionando su cuerpo hambriento.

—Te extrañé —murmuró ella en sus labios. Él asintió con la cabeza y se recargó en su escritorio. Algunas cosas cayeron al piso. Gwen logró controlarse y se obligó a separarse del beso, por más difícil que fuera—. Hablo en serio.

—¿Qué tan en serio?

Ella frunció el ceño.

—Con toda la seriedad que puedo tener.

—Si eso significa “hasta que la muerte nos separe” entonces estamos en la misma sintonía.

—¿Qué estás diciendo? —Ella se paralizó.

—Te amo, Gwendolyn Geneviève-de-la-Roche Pierce. —Rick levantó la barbilla—. Te amo a pesar de los colores que usas, pero especialmente cuando te vistes de naranja brillante y nada más. Te amo porque haces de la fruta un arte. Amo la manera en que te preocupas por los demás, incluso por esos adolescentes enfadosos. Te amo por tu imprudencia, aunque a veces quiero darte una tunda. Amo cómo entraste aquí vestida con ese pequeñísimo vestido rojo, que tanto me excitó, y luego cómo me volteaste la situación hablándole a mi corazón.

—Te amo, Gwendolyn, es así de sencillo. —Rick le levantó la cara para que lo viera.

—Ah. —Gwen parpadeó.

—¿Ah? —Él arqueó la ceja.

Ella se encogió de hombros.

—Eso fue muy lindo.

—¿Y?

—Sí. —Gwen asintió con la cabeza—. Significa “hasta que la muerte nos separe”.

Él agudizó su hermosa mirada.

—Pienso vivir mucho tiempo.

—Qué bueno, porque yo no me iré a ningún lado.

—Bien —dijo Rick—, porque creo que he estado buscándote toda mi vida.

—Así es —aceptó Gwen, y lo estiró hacia abajo para poder alcanzar sus labios, y lo tomó. Para siempre.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAMILLE lo encontró en Cuatro Barriles, sentado en su lugar de siempre junto a la ventana, bañado por el sol, escribiendo en su computadora, muy concentrado.

El corazón se le subió a la garganta. Habían pasado semanas desde la fiesta. Ella no había sabido nada de él desde entonces.

Dylan se veía como siempre: concentrado e intenso. Llevaba puestos unos jeans y una camiseta negra que ceñía sus musculosos hombros. Con impaciencia, él se quitó de la frente el mechón de pelo que siempre se le venía encima y siguió escribiendo.

Ella sintió el calor que siempre le provocaba verlo, pero esta vez sabía lo que significaba: que lo quería. Todo y por completo, para siempre.

Si tan sólo no lo hubiera echado a perder.

Camille se tragó su miseria. Era demasiado tarde; ya lo había aceptado y algún día lo superaría. Quizás. Claro, todavía tenía esperanzas, pero como él no le había devuelto las llamadas después de un par de semanas, supo que ya no tenía remedio.

Pero ésa no era la razón por la cual estaba ahí.

Él la vio y no le quitó la mirada.

Era ahora o nunca. Levantando los hombros, se dirigió hacia él.

—Qué sorpresa —dijo Dylan, apartando su laptop.

Ella trató de no sentirse lastimada cuando él no la abrazó ni le dijo hola, ni le dio un beso en la mejilla. Camille trató de ignorar el hecho de que él no se mostró encantado de verla.

Respirando profundamente, le entregó un paquete de hojas.

—Esto es para ti.

Él sólo lo miró, sin aceptarlo.

—¿Qué es?

—Mi libro. —Se encogió de hombros—. Bueno, la mitad de mi libro. Todavía no lo termino.

—¿Por qué me lo das?

Porque él era su fuente de inspiración. Porque ella lo amaba.

—Porque creí que podrías darme tu opinión.

Ella se lo ofreció, firme, aunque por dentro temblaba. ¿Lo aceptaría?

—¿De qué se trata? —preguntó Dylan, estirando la mano para aceptarlo.

Ella suspiró aliviada.

—Es sobre una adolescente que va por mal camino y el chico que espera que ella recapacite.

Él la miró desconcertado.

—¿Estás escribiendo una novela para jóvenes?

—Me sentí bien al escribirla.

—Entiendo. —Puso el manuscrito inconcluso junto a su computadora—. De hecho es perfecto. Eres inteligente por haberlo comprendido.

Ella no era para nada inteligente, eso quería decirle. Pero en lugar de eso, siguió con su historia.

—El chico es su mejor amigo, pero la heroína no lo ve hasta que se enamora de él, cuando ya es demasiado tarde.

—Es un buen conflicto —dijo Dylan cruzando los brazos—. Supongo que el muchacho es increíblemente paciente, aunque la chica actúe como tonta. Muy, *muy* tonta.

Camille frunció el ceño.

—No es *tan* tonta.

Él la jaló hacia sus brazos.

—Pero apuesto a que el chico está dispuesto a perdonar su estupidez.

Una esperanza imposible brotó en su pecho. Camille vio aquellos queridos ojos.

—¿Tú crees? ¿Aunque ella no se lo merezca?

—Ella se lo merece —dijo él suavemente—. Él siempre lo pensó así.

Y luego la besó.

Ella había tenido razón; cuando él se concentraba en un beso, era fuerte y delicioso. Adictivo. Lo sintió hasta en los dedos de los pies.

Fue perfecto.

—¿Cómo terminará esta historia? —le preguntó, levantando la cabeza.

Ella acarició su cara.

—Vivirán felices por siempre.

SOÑARTE A TI

CAPÍTULO UNO

MIENTRAS CONTEMPLABA ENSIMISMADA el techo de la oficina de su agente literario, Lola maldijo a su madre por haberla llamado Lola Carmichael.

¿En qué había pensado? Quizás todas esas hormonas del embarazo habían atontado a la mujer. Obviamente ella no había previsto que un nombre como Lola Carmichael iba a limitar gravemente el abanico de opciones profesionales de la muchacha. ¿Una contadora de nombre Lola? Claro que no. Encima de todo, era idéntica a una muñeca Barbie. Desde que nació sólo tuvo dos opciones: ser una bailarina exótica o ponerse a escribir novelas de amor.

Adivinen en qué se convirtió.

Lola se estiró en el sillón hasta que su trasero sintió el borde y su cabeza se apoyaba en el respaldo. Suspiró y se puso a contar las grietas que había en el techo, mientras esperaba.

Contó veintitrés hasta que se perdió.

—Con todo el dinero que ganas conmigo, ¿no puedes arreglar el techo, Paul?

Su representante no le hizo caso, toda su atención estaba puesta en el manuscrito.

Ella lo analizó mientras él leía. Paul Jennings era un agente que no parecía dedicarse a lo que hacía. Si ella hubiera creado un personaje basado en él, sería un ex sargento de la naval; un tipazo que se compraba trajes finos, camisas con puño estilo francés y corbatas de seda.

Su oficina era como él. Sencilla y con colores opacos, pero en conjunto se veía impecable y sofisticada.

La mano manicurada cambió de página. Lola se preguntó qué le habría parecido la novela.

No tuvo que esperar mucho. Paul dejó el manuscrito y la miró con ojos oscuros y penetrantes.

Dado que él no parecía tener ánimo de hablar, ella se aventuró a hacer el primer comentario.

—Es prometedora, ¿no?

—Es una mierda.

—No te apenes. Dime las cosas como son.

Paul se recargó en su silla y cruzó los brazos sobre su generoso pecho.

—Lola, en seis semanas debes entregar la novela, acabas de darme tres de los peores capítulos que has escrito en tu vida. Tu primera novela fue mejor que esto.

—No son *tan* malos.

—Lola, esto es pura mierda —repitió enfáticamente.

—Necesita un poco de edición pero...

Él escogió una página y leyó en voz alta: "*Todos los hombres eran unos idiotas. Al menos el*

suyo era guapo, aunque tuviera un mentón débil".

—El héroe debe tener sus flaquezas —dijo Lola encogiéndose de hombros.

—Este héroe tiene más que flaquezas. —Agarró las páginas y las tiró al bote de basura—. Este héroe es un imbécil.

—Lo hice de carne y hueso —dijo ella sacando las páginas de la papelería y metiéndolas en su bolsa para trabajar después en ellas.

Paul suspiró y se pasó la mano por la cara.

—¿No crees que ya deberías superar lo de Kevin?

—Esto no tiene nada que ver con Kevin. —Automáticamente se endureció.

—Claro que sí. Estás haciendo quedar como un estúpido a tu protagonista porque un hombre te lastimó.

—Él no me lastimó.

Paul arqueó una ceja.

La había humillado, sí. Lastimado, de ninguna manera. Una mujer tenía que querer a un hombre para que la lastimara, y a Lola no le importaba Kevin. Pensándolo bien, nunca lo había amado.

—No me lastimó.

Paul no parecía creerle, pero no le discutió. Decidió mejor ponerse en modo empresarial.

—El caso es que en seis semanas tienes que entregar el libro y nada de lo que me has mostrado va a aceptarlo el editor. A menos que quieras acabar con tu carrera después de todo lo que has logrado. Te sugiero que te pongas a trabajar y produzcas una novela de amor como las que te han hecho famosa.

Ése era el problema. Ella escribía sus historias basándose en historias de la vida real con final feliz. Su primer libro había sido un velado recuento del noviazgo de sus padres, y cada historia que había escrito a partir de entonces había estado inspirada en amores de la vida real.

Este siguiente libro se suponía que iba a contar *su* historia.

Pero entonces Kevin la había mandado al diablo.

No era precisamente la mejor historia de amor del mundo.

¿Pero qué otra cosa podría hacer? ¿Borrarlo todo y comenzar de nuevo? Ahora no tenía otro romance que contar. Y, francamente, era una locura comenzar otra vez cuando la fecha de entrega estaba a sólo seis semanas. Si tan sólo pudiera dar con el final, entonces arreglaría el principio.

En teoría.

Sabiendo que Paul esperaba una respuesta, asintió con la cabeza.

—Lo tengo todo bajo control.

Él no parecía creerle.

—Quiero que vuelva Lola Carmichael. Eso es lo que la gente quiere cuando compra tus libros. Dales a la autora que ocupa el octavo lugar en la lista de best-sellers del *New York Times*.

—Claro, qué fácil—. Y hablando de tu best-seller más reciente... —Paul tomó uno de las de las carpetas perfectamente ordenadas al fondo del cajón de su escritorio y la abrió—. Tu publicista te programó una presentación en *Noche de Damas* este viernes a las ocho. Van a estrenar el programa con tu entrevista. Les dio mucho gusto que aceptaras.

—Súper —dijo Lola sin mucho entusiasmo mientras tomaba las hojas con la información—. ¿De qué se supone que debo hablar?

Él la miró con cara de circunstancias.

—De tus libros, Lola. Del romance, del amor y de lo que el público te pida.

—Yo no sirvo para eso —dijo haciendo una mueca.

—Escribes novelas de amor. Sirves para eso y más. —Una persona que sabe del amor, nunca se hubiera imaginado que un hombre le iba a proponer matrimonio cuando en el fondo se estaba preparando para dejarla—. También tienes programada una firma de libros en ese café librería, como tú lo solicitaste, el Café Sabio, y otras firmas más en el área de la Bahía. —Paul le entregó otra hoja.

—Está bien. —El Café Sabio era de su amiga Eve. Lola odiaba las firmas de libros, pero si de paso podía ayudar a una amiga, con gusto lo haría.

Paul la señaló con el dedo.

—No dejes que los eventos promocionales sean un obstáculo para que sigas escribiendo. Están esperando otro best-seller, Lola.

—A la orden, capitán. —Se levantó y lo saludó. Y es que sí quería hacerlo. Nada más que no sabía cómo.

Paul meneó la cabeza.

—Tonta. Sal de mi oficina. —El hombre se inclinó sobre su escritorio y se puso a trabajar antes de que ella cerrara la puerta.

Mary, su asistente, la vio.

—No te ves tan mal.

—Nunca me deja marcas visibles —dijo Lola al salir. Palpó su bolsa para estar segura de que había guardado los capítulos, pidió un taxi y se dirigió del centro hacia Laurel Heights, donde vivía.

Al principio no le había fascinado la idea de mudarse a Laurel Heights. No era el tipo de barrios que le encantara. Ella hubiera preferido un vecindario más jovial y bohemio, como Nopa o la Misión, pero Laurel Heights había sido lo más práctico. Había tenido la suerte de conocer a gente fabulosa como Eve y Gwen, la chica que tenía la tienda de artesanías en el piso de abajo. También estaba Olivia, y mucha otra gente que le había otorgado una cálida bienvenida.

El taxista la dejó justamente enfrente del domicilio que ella le había indicado. Una buena propina y una sonrisa después, Lola se había apeado para entrar al asilo Nuevo amanecer.

El olor a desinfectante y a ancianos le llegó de golpe cuando cruzó la puerta. Debía haberse acostumbrado a ese aroma —durante un año había visitado el lugar tres veces a la semana—, pero todavía la perturbaba. Era el olor de la tristeza, la desesperanza y la muerte; por eso, siempre le provocaba lágrimas en los ojos.

Ahí vivía su madre.

Cuando llegó a su piso, se secó las lágrimas y recuperó la sonrisa. Se detuvo en el mostrador de enfermería para tomar un respiro antes de entrar.

Letty, la enfermera del turno de día, la vio con cara de culpabilidad al levantar la mirada del libro que tenía en la manos.

—Tú tienes la culpa —le dijo, mostrándole la novela.

—Tengo entendido que la autora escribe buenas escenas de sexo.

—Es lo que dice mi esposo. —La enfermera se acercó y susurró—: Anoche le leí la página ciento veintiséis en voz alta. Se inspiró como *no tienes idea*. Gracias, Lola.

—Te traeré otro libro cuando termines éste. —Le dio unas palmadas a Letty en el brazo.

—Demasiado tarde. Ya pedí todos los que has escrito. —La enfermera se puso seria—. Sally no se siente bien hoy.

—¿Peor de lo normal? —Lola preguntó con cautela. Toda frivolidad se esfumó.

—No es sólo la demencia. Está congestionada. Al doctor le preocupaba que pudiera

desarrollar una neumonía, así que le puso un inhalador. —La cara de Letty estaba llena de compasión—. Sólo quería que lo supieras.

—Gracias. —Se dio la vuelta y se dirigió a la habitación de su madre, respiró profundamente y abrió la puerta con una gran sonrisa—. ¡Hola, mamá!

Sally Carmichael volteó a verla desde su lugar junto a la ventana, donde tejía. Se veía pálida y cansada, no llena de color como siempre. Su frente estaba atravesada por surcos de confusión.

—¿Eres la nueva muchacha de la limpieza?

A Lola se le desbarató el corazón y el dolor la laceró por dentro. Ella sabía que su mamá no tenía la culpa —la demencia es un enfermedad muy cruel—, pero la niña que aún llevaba dentro se llenaba de tristeza cada vez que su mamá no la reconocía.

Lola reafirmó su sonrisa y le dijo:

—Soy yo, Lola. Vengo a leerte una historia.

Jaló una silla, se sentó y sacó las páginas de su bolsa.

Su mamá vio las hojas y de nuevo mostró curiosidad.

—Ah. ¿Es una historia de amor?

—Sí, soy especialista en historias de amor.

—Son mis favoritas —dijo su mamá haciendo a un lado el tejido.

—Lo sé —dijo Lola tiernamente. Carraspeó y comenzó a leer—. *"Louise lo conoció en una fiesta a la que no quería ir. Lo primero que pensó cuando vio a Calvin es que estaba más peludo que una chinchilla"*.

Lola siguió leyendo, sintiendo que se moría por dentro mientras recreaba la historia de cómo había conocido a Kevin, diciéndose a sí misma que sólo era un cuento. Louise y Calvin no existían.

Lola y Kevin tampoco.

Leyó la última parte y puso las páginas a un lado.

—Me encanta Louise —declaró su mamá—. Es una chica maravillosa.

A Lola se le derritió el corazón.

—Gracias.

—Pero ese Calvin. —Sally meneó la cabeza—. No me da confianza. Parece que es como...

¿Un idiota egoísta?

—¿Cómo qué?

—No le conviene a Louise.

Lola frunció el ceño y vio las páginas.

—Parecía bueno al principio.

—Quizás. —Sally tenía sus dudas, pero luego recapacitó—. Aunque la historia apenas comienza, así que tal vez madure y al final se gane a la muchacha. Tal vez su mentón se ponga más fuerte.

Eso era poco probable.

—Veré qué puedo hacer con él.

—Muy bien. Louise es una chica encantadora. Merece el amor de un gran hombre.

Lola tragó saliva.

—El fin de semana tendré más noticias de ellos.

—¿Qué día es? Creo que debo llevar a mi esposo con el doctor. —El rostro de su mamá se llenó de pánico y luego se quedó en blanco, y eso era lo que Lola más detestaba.

Se levantó y le dio a su mamá un beso en la mejilla, uno pequeño, para no alterarse. Sally todavía tenía el aroma de mamá, aunque ella no recordara quién era.

—Te veré más tarde —dijo Lola, lo más alegre que pudo.

Pero su madre se quedó ahí sentada, ajena a la realidad. Perdida.

Lola la observó un momento antes de salir en silencio. Se limpió las lágrimas y se retiró del lugar. Al diablo con las ventas y las listas de best-sellers. Ella tenía que escribir un romance fuera de serie para su madre.

CAPÍTULO DOS

Sam pegó la frente sobre la fría superficie de su escritorio, con las manos cruzadas sobre la nuca para evitar que su cabeza explotara.

Demasiado tequila la noche anterior. Debió tomar menos. Ya tenía treinta y cuatro años; suficiente edad para saber que el tequila lo ponía mal.

Anoche, con Amanda: el ejemplo era claro.

Al menos no se había acostado con ella. El poco sentido común que le quedaba evitó que cometiera ese error. Meneó la cabeza y luego gimió, y se detuvo para no echar los sesos por la boca encima del escritorio.

Y no es que tuviera muchos sesos, según él mismo consideraba. La evidencia se acumulaba en su contra:

- A los veintidós años, sin querer había embarazado a su novia Chelsea, la misma noche en que había firmado su primer contrato en el fútbol profesional.
- Se había casado con Chelsea, porque se suponía que era lo que un hombre debía hacer, y a los pocos meses había nacido Madison.
- A los veintitrés años había arruinado su promisorio futuro como futbolista fracturándose la rodilla mientras esquiaba.

El matrimonio había sido... bastante malo. Quien dijo que era mejor amar y haber perdido, seguramente fue un burro.

Él tenía una idea de lo que era el amor, y había tratado de vivirlo con Chelsea. Había sido inútil. Ella amaba al futbolista estrella en potencia más que a él. Cuando él arruinó su carrera, también había perdido su afecto.

Afortunadamente, el horror había terminado hacía ya tres años. Madison era lo único bueno que había resultado de todo aquello; lo único bueno que había en su vida.

Desafortunadamente, Chelsea sabía lo que él sentía, y siempre lo molestaba. Como ayer, cuando se suponía que debía haber llevado a su hija de paseo por su cumpleaños. Pero Chelsea había decidido que no era conveniente.

No salir con Madison le había partido el corazón, especialmente porque se trataba de su cumpleaños. Especialmente porque se lo había prometido.

La puerta de su oficina rechinó como si fuera una cripta.

—Vete —saludó sin ver.

Algo cayó sobre su escritorio.

—Taylor —dijo una cruel voz femenina.

Justo cuando creía que su vida no podría empeorar.

Claro, este lío con Jennifer también era culpa suya. El producto de otra decisión terriblemente equivocada. No puedes meterte con la jefa.

Pero él sí lo había hecho.

—Tómate el café —ordenó la mujer.

Algo caliente tocó su brazo. Sam alzó la cabeza y vio una taza.

—¿Está envenenado?

—Matarte sería muy poco. No pienso ponértela tan fácil.

—Te creo. —Se enderezó cautelosamente y le dio un sorbo a la bebida. Estaba tibia y eso lo reconfortó; por un instante se sintió increíblemente agradecido con Jennifer.

Luego ella abrió la boca.

—¿Cómo se llamó la chica de anoche? ¿Mónica? ¿Jessica?

La voz de Jennifer tenía algo que hacía que su cabeza vibrara más fuerte. Pero él no podría culparla; él se había portado como un imbécil. No le había prometido nada, pero debió haber sabido hasta dónde llevar las cosas con una mujer como ella. Jennifer quería flores y velas, y a él ya no le interesaban esos líos.

La única razón por la que se había involucrado con ella es porque esa noche también había bebido demasiado tequila, y Jennifer había sido amable y lo había escuchado. Era cálida al tacto y había pasado mucho tiempo desde que alguien se había mostrado cariñosa con él y...

—¿Entonces? —insistió su jefa con malicia, recargándose en el filo de su escritorio.

—Estuve solo con Don Julio —le respondió con voz ronca.

—Obviamente no te llevas bien con él. —Lo barrió con la mirada como si fuera una piltrafa—. Eres patético —declaró finalmente.

Eso era verdad. Tenía treinta y cuatro años, un matrimonio fallido y una hija de once años a la que sólo podía ver cuando su ex se sentía benevolente. Al menos su carrera iba por buen camino.

—He decidido cambiar tu programación —dijo Jennifer.

Él se enderezó tan abruptamente como su jaqueca se lo permitió.

—¿Qué?

—Voy a cambiarte el horario y tus programas.

Por un segundo no pudo decir nada, se sentía tan falto de equilibrio.

—¿Por qué? Tengo muy buen índice de audiencia. La gerencia no lo permitirá.

—Ya lo aprobó. Tenemos que mejorar el *rating* en otro de los segmentos. Le aseguré a la dirección que tú eras el hombre indicado para eso.

—¿Cual segmento?

—La Hora del Amor.

—No. —Azotó la taza contra el escritorio sin importarle que el café caliente se derramara sobre su mano.

—Sí. —La sonrisa en el rostro de Jennifer estaba hecha de maldad pura—. A partir de la noche del viernes, Taylor, el “Golazo”, se volverá tierno y sentimental.

Él la miró fijamente esperando que le dijera que todo era una broma. Sabía que lo tenía bien merecido por haberla tratado así. Sin embargo... se trataba de su carrera. Era lo único que lo mantenía conectado al fútbol. Era la forma en la que podía darle a Madison todo lo que necesitaba; incluso le pagaba la terapia para que no tuviera secuelas emocionales a raíz del divorcio.

—Sé que no me porté bien contigo, Jennifer...

—Fuiste un infeliz —corrigió suavemente.

—Fui un infeliz —asintió con la cabeza—. Un grandísimo infeliz. Pero estamos hablando de mi profesión. No puedo cambiar todo y empezar a hablar de, ¿qué cosa? ¿Relaciones de pareja?

—Por supuesto que no puedes. Tú no sabes lo que es una *relación de pareja*.

—Okey. —Se tranquilizó—. Entonces estamos de acuerdo.

—Pero *de todos modos* vas a ser el conductor de *Noche de Damas*, nuestro nuevo segmento dedicado al amor y al romance. —Su sonrisa estaba llena de satisfacción—. Le dije a la gerencia que eres perfecto para esto, con eso de que tienes mucha experiencia con las mujeres.

—Eres una mujer malvada.

—Lo sé —respondió triunfalmente, meciendo las piernas.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me gusta verte sufrir.

Él sabía que ella se había molestado cuando no quiso verla después de la noche que habían pasado juntos, pero nunca imaginó que estuviera tan lastimada. En parte, él aceptaba que lo castigara así. Se lo merecía.

—No quise tratarte mal, Jennifer. Siento mucho que lo hayas tomado así.

Toda la tensión desapareció y Sam pudo ver lo hermosa que era la mujer con la que había pasado una noche.

—Lo sé, Sam.

—¿Entonces por qué haces esto?

—Para salvarte de ti mismo. Para enseñarte lo que es el amor.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué te preocupa? No tiene sentido.

—Porque debajo de tu fachada de macho arrogante, hay un buen hombre y creo que él merece una oportunidad. —Jennifer se encogió de hombros—. Quizás me recuerdas a alguien. Quizás no quiero que lastimes a otra mujer. Quizás a mi papá lo acabó el alcohol. Quizás es una combinación de todo eso.

—Estás loca.

—Quizás en parte también sea eso.

—No aprenderé nada del amor con un programa de radio —meneó la cabeza.

—Tienes que hacerlo, porque no dejaré que vuelvas a tu segmento de deportes hasta que lo hagas. —Dio un brinco para bajarse del escritorio. El tronido de sus tacones contra el piso sonó como la bomba que acabaría con su carrera.

—¿Y si renuncio? —gritó Sam.

Ella miró por encima de su hombro al abrir la puerta.

—No puedes renunciar. Tú nos perteneces. Todavía le quedan tres años a tu contrato. Además, ¿a dónde irías si cancelamos tu contrato? ¿A Nueva York? ¿Chicago? Las únicas estaciones que podrían pagarte lo que tú quieres están en las grandes ciudades, y sabemos los motivos que tienes para seguir viviendo en San Francisco. —Estar cerca de Madison. Vio a Jennifer con odio. Ella tuvo la suficiente delicadeza para reflejar un poco de remordimiento—. Es por tu bien, Sam. Ya lo verás. Empiezas el viernes. Tu primera invitada es una escritora de la ciudad. Lola Carmichael. Escribe novelas de amor.

—¿Novelas de am...?

Pero Jennifer ya se había ido antes de que pudiera terminar la oración.

Con las manos apoyadas en las sienes, se recargó en la silla y trató de poner las cosas en orden dentro de su confundida cabeza.

El varonil Golazo Taylor ahora sería el conductor de un segmento amoroso llamado *Noche de Damas*, hasta que su jefa decidiera que era capaz de amar nuevamente. Y él no podía hacer nada al respecto.

Vaya enredo.

Sólo estaba seguro de algo: no volvería a invitar nunca más a Don Julio.

[Quieres más?](#)

SOÑARTE A TI

Una novela de Laurel Heights

Libro 5



EL AMOR ES UN ASCO.

Lola Carmichael está convencida de ello desde que su novio terminó con ella, la misma noche en que esperaba que le propusiera matrimonio. Sólo que tiene encima la fecha de entrega de su próxima novela de amor, y necesita encontrar inspiración lo antes posible.

Entonces llega el arrogante locutor de radio Sam, el “Golazo”, Taylor. ¿Quién hubiera pensado que un ex futbolista estrella, y mujeriego, era justo lo que ella necesitaba para volver a encontrar a su musa? Y hacer a su corazón latir de nuevo.

Cuando Lola se da cuenta de que Sam sólo la está usando para recuperar su trabajo ideal, sabe que debe dejar de soñar en cuentos de hadas, pero una parte de ella cree de todo corazón que los héroes sí existen... y que los sueños sí se hacen realidad.

[SOÑARTE A TI](#)

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

[THE DESTROYER OF KINGS](#)

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

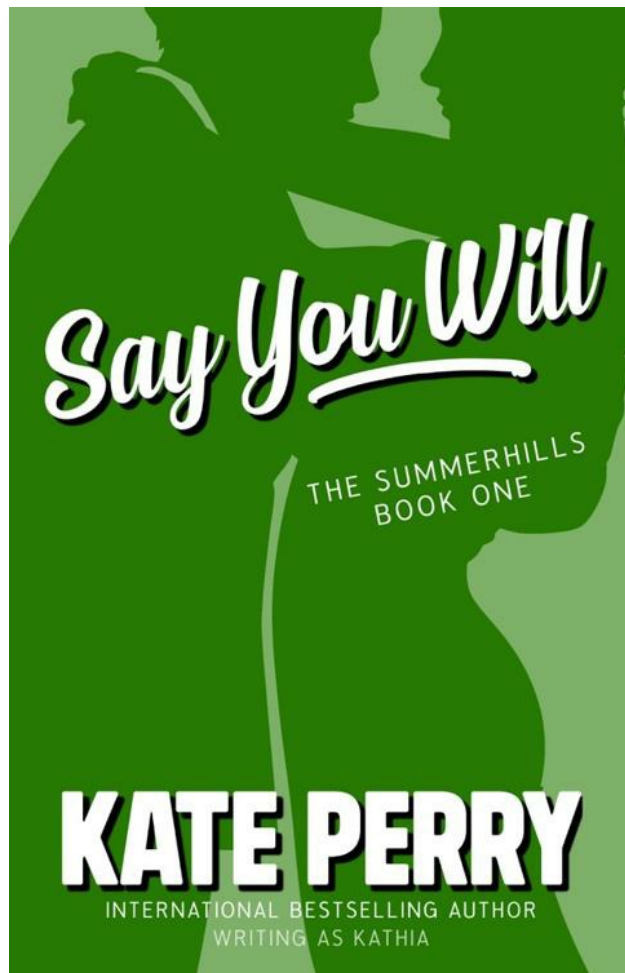
[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

LOOKING FOR A SERIES TO BINGE?



If you're looking for...

instalove;
a girl squad;
a hero with an accent;
best friend siblings;

*a secret baby (who's all grown up);
a swoony beach romance...*

You've found the perfect book.
Proceed with abandon.

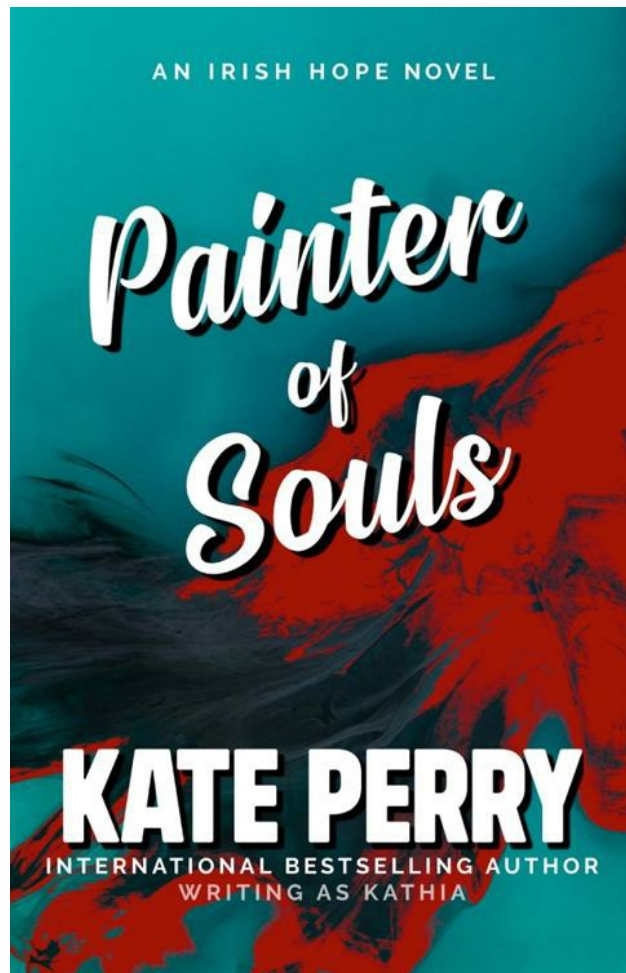
"I find the Summerhill books filled with mirth, love, lust, passion, happiness and joy. I smile the whole time I read them."

GOODREADS

Jump right into [SAY YOU WILL!](#)

Available wherever books are sold.

SOMETHING MYSTICAL TO GO WITH YOUR
ROMANCE?



An act of love that backfires.
A desperate quest that sends her to Ireland.
A hope for healing when everything looks impossible...

From readers like you...

"Highly recommend delving into this magical Irish story!"

"Although this isn't the type of book I usually read I was sucked in."

"Loved this book. Perfect amount of everything."

Take a magical trip to Ireland with [PAINTER OF SOULS](#).
You won't be disappointed.

LOOKING FOR SOMETHING NEW?

BINGE READ ONE OF KATHIA'S FAVORITE SERIES, THE MERRIAMS, THE
INTERNATIONAL BESTSELLING SERIES BY AVA MILES.

International travel, a matchmaking duo, and everlasting love...

Meet the Merriams.

You'll want to spend your holidays with this family.

WILD IRISH ROSE

LOVE AMONG LAVENDER

VALLEY OF STARS

SUNFLOWER ALLEY

A FOREVER OF ORANGE BLOSSOMS

A BREATH OF JASMINE

Ava has more books, and they're all fab. Be sure to check out [her entire booklist](#).

ABOUT KATHIA



With over 6 million books sold (and counting), Kathia's novels have been #1 bestsellers around the world. They've received starred reviews from Booklist, have consistently earned Editor's Picks for Best Romance, and have been featured by publications like *O*, *The Oprah Magazine* and *Entertainment Weekly*.

Kathia (as Kate Perry) has written over 50 books so far, some translated into several languages, all about hope and dreams and the bonds of friendship and family. She's also written a couple screenplays and various poems (her ode to the color orange is particularly moving).

For more, check out...

www.kathiaherself.com

You can also find Kathia in all the usual places...



DON'T FORGET TO SIGN UP FOR THE NEWSLETTER!

Get news and other stuff.

"Like what other stuff?" you ask, curious.

Like snippets from life, stories, and other sundries, a couple times a month.

[Do it. It's a piece of cake.](#)